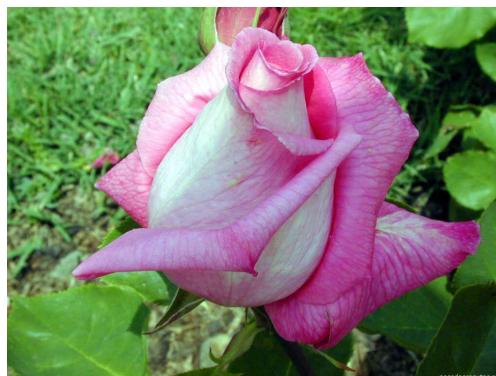
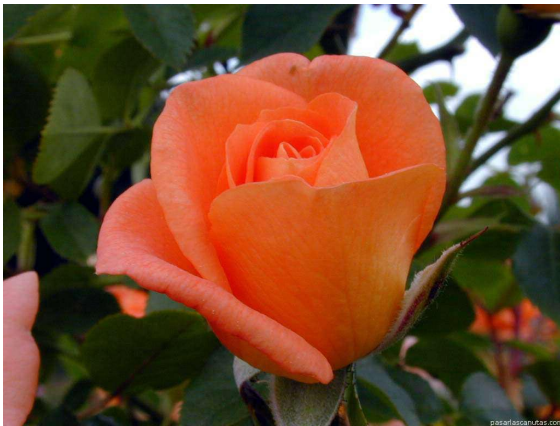


ROSAS

RELATOS DESDE EL INTERIOR

Una Rosa, un Sentimiento, un Desenlace



Índice

| Rosa | Título | Página |
|-------------|----------------------|---------------|
| nº1 | Pasión..... | 9 |
| nº2 | Esperanza..... | 13 |
| nº3 | Arrepentimiento..... | 17 |
| nº4 | Venganza..... | 21 |
| nº5 | Fe..... | 27 |
| nº6 | Amor..... | 32 |
| nº7 | Amistad..... | 35 |
| nº8 | Desengaño..... | 39 |
| nº9 | Felicidad..... | 47 |
| nº10 | Nostalgia..... | 54 |
| nº11 | Tristeza..... | 61 |
| nº12 | Dicha..... | 67 |
| nº13 | Confianza..... | 73 |
| nº14 | Melancolia..... | 77 |
| nº15 | Alegría..... | 81 |
| nº16 | Miedo..... | 85 |
| nº17 | Paciencia..... | 89 |
| nº18 | Triunfo..... | 95 |
| nº19 | Soledad..... | 100 |
| nº20 | Bondad..... | 105 |
| nº21 | Soberbia..... | 111 |
| nº22 | Constancia..... | 117 |

Rosas

A mi gran apoyo,

A mi amigo,

A mi compañero,

A mi pareja, mi amante y mi cobijo.

Quien busca el sentido, primero encontrará la culpa.

Si acepta la culpa, se revelará el sentido.

Rosas

Lo que encierran las Rosas...

Cada vez que me pongo a pensar y te miro, siento que sin ti nunca nada será lo mismo.

Cada vez que tus ojos azorados me miran, me apetece, todo se torna más y más intenso.

Nada es por pura coincidencia. Está claro lo que debo hacer. No volver a mirar atrás.

Cuando pienso, se hace evidente. El entusiasmo se apodera de mí. Ya nada es lo mismo, nada es igual. Ahora me purifico todos los días.

Cada vez que te cruzas en mi camino, olvido las horas perdidas en aquel lugar oscuro al que nunca regresaré.

Cada vez doy un paso más hacia el equilibrio, reconociendo la armonía.

Siento como la tranquilidad me invade, ya no tiemblo, ni siento escalofríos.

Porque no tengo miedo.

Consigo percibir el perfume de la primavera. Mi ánimo no desfallece, pues sé que todo esfuerzo tiene su justa recompensa.

Nunca nada podrá ser peor que el día anterior. Porque cada vez tengo más claro cuál es mi camino...

ROSA n°1

Todas las pasiones son buenas mientras uno es dueño de ellas, y todas son malas cuando nos esclavizan.

Jean Jacques Rousseau.

PASIÓN

Cada vez que te miro siento como si el corazón se me acelerase y me fuera a salir por la boca. Cuando noto tu aliento, es como si una corriente eléctrica me traspasara la piel. Cuando te miro agradezco el placer de poder gozar de tu belleza, de la ternura de tu rostro, de la profundidad de tus ojos, firmes, llenos de luz.

Ocurrió un día de invierno. ¿Lo recuerdas? Aquel día nos conocimos, tú venías de trabajar, tus manos estaban heladas, ásperas, enrojecidas por el frío, Muy diferentes a tu rostro, de piel suave y de una belleza cegadora. Me miraste, me clavaste tu mirada. El corazón me latía rápidamente, tan rápido como la sangre me hervía. Llevabas un precioso vestido que se adivinaba bajo el viejo abrigo grueso y usado, de lana verde con botones nacarados del mismo tono, el mismo color que el de tus ojos. Caminabas con la cabeza baja, pensativa. Tuve curiosidad por entrar en tus pensamientos, te absorbían, por lo tanto debían ser muy interesantes, soy curioso por naturaleza.

Cada vez que te veo recuerdo aquel día, un día inolvidable para mí. No tenía ni idea de como iniciar una conversación, pero tenía el impulso de hacerlo, sabía que lo tenía que hacer. La atracción era irrefrenable. No fue en ningún momento una atracción sexual. Tus ojos me

Rosas

hablaban y me aclamaban a un tiempo. Que mirada, que elegancia. No puedo recordar una mirada similar.

Al día siguiente, me acerqué hasta la parada del autobús, allí donde sabía que tú bajabas siempre de lunes a viernes. Escondido en un rincón del portal de enfrente, te estuve observando con disimulo. Mientras tú caminabas con la cabeza bien alta y con tu especial encanto, aquel movimiento de caderas, tan sensual, tu pelo, largo, brillante, negro, cautivador. Casi era capaz de percibir tu perfume, intuía el olor, de rosas frescas, rosas tan frescas y agradables como tú. Caminabas calle arriba, sin prisa, sin pausa, directa a tu objetivo. Hechizadora. No me atreví a seguirte, me parecía una travesura. Entonces cuando te perdías en la distancia, entre la multitud, daba por finalizado el que era para mí el momento más entrañable del día. Así pasaron días, semanas, meses, no recuerdo cuantos. Si algún día no conseguía verte, aquella noche no dormía esperando a la mañana siguiente. No hubiera podido soportar la idea de que te ocurriera algo. Aquello habría sido mi perdición.

Aquella tarde llegaba con retraso a nuestra “cita”. Tú no me conocías, no sabías nada de mí. Pero yo en cambio lo quería saber todo de ti. Llovía, el viento soplaba fuerte, pero que más daba. Iría igualmente, nada ni nadie me podían frenar, nada me lo impediría. Tan pronto llegué, supe que ya te habías marchado. Pasaban casi diez minutos de la hora de llegaba de tu autobús. La decepción me embargó. Nunca me habías fallado. Era yo quien te había defraudado a ti, quien había perdido la oportunidad de refrescar mi mirada con la tuya. Las lágrimas se apoderaron de mí, de mi alma, de mi corazón. Te he fallado por primera vez, me tienes que perdonar. Te he fallado, perdóname.

Fui vagando bajo la lluvia sin saber donde ir. Caminé calle arriba, con la esperanza de encontrarte, de que te hubieras entretenido y así poderte atrapar. Falsa esperanza la mía. Iluso, - pensé.

No recuerdo a que hora llegué a casa. La ropa mojada, empapada de agua me estaba helando. Anhelaba con delirio que se hiciera de día, que pasaran las horas. Me venció el agotamiento. Desperté justo cuando el sol empezaba a asomar, la luz imperturbable de sus rayos, me envolvía. Agradecí su calor. Todavía llevaba la ropa húmeda, no había tenido fuerzas para quitármela. Que enfermedad es el amor. El sentimiento más grande y profundo que un ser humano puede sentir. Siento lástima por aquel que bien por orgullo, bien por impiedad no ha tenido la oportunidad de sentirlo. Un alma sin amor, es un alma vacía. Debería ser contagioso, debería haber una fórmula mágica capaz de penetrar directa al corazón y abrirlo, engrandecerlo y dejarlo disfrutar libremente.

Por suerte, sé lo que es el amor a una madre, a un padre, a los hermanos, a la familia. Desde que te conozco, sé lo que es el amor a una mujer. Desgraciadamente, no sé todavía que es el amor a un hijo. Conozco la amistad, tengo buenos amigos. Conozco la estima por un vecino, el compañero de trabajo, la chica tan simpática del supermercado, el muchacho sonriente de la charcutería, el locutor de la radio a quien nunca he visto la cara, pero es como si lo conociera de toda la vida. Aquella entrañable anciana que día tras día veo en el quiosco de enfrente de casa, como si el tiempo no pasara para ella. Y un largo etcétera de personas que nos rodean.

Desde que te conozco pienso que nunca más podré vivir sin ti. El no podértelo decir me rompe el corazón. ¿Y que puedo hacer...? simplemente continuar observando. Mi amor por ti es imparable. Si tuviera la oportunidad de demostrártelo..., te prometo que no te arrepentirías. Sería tierno, dulce, un amigo, un amante, claro, sincero, divertido. Te podría hacer reír, que sintieras tu cuerpo estremecerse de placer, erizarse tu piel, hasta que lágrimas de felicidad te inundasen las entrañas.

Rosas

Son ya las cinco de la tarde, todavía faltan dos horas para nuestra cita, no importa, saldré ya, te esperaré tranquilo y a la vez impaciente. Al salir del metro, siento la fragancia de las flores, tengo un impulso, un impulso terrible de comprar flores. Miro rápidamente a mí alrededor y busco la tienda por la que se precipita el penetrante aroma. Pido una Rosa roja, hecha de terciopelo, con un perfume parecido al tuyo. Estoy entusiasmado. Pienso que ha sido una buena idea, la Rosa me ayudará, me dará valor para mirarte a los ojos y decirte que te quiero. Corro hacia el portal, sólo faltan cinco minutos para que llegue tu autobús. Se me hacen larguísimos. Tres minutos. Miro el reloj cada treinta segundos. Siento como si unas mariposas aletearan dentro de mi estomago, no sé bien porque, pero estoy nervioso. A medida que se acerca el momento, mi cabeza empieza a girar. Me reconpongo. Ningún día he tenido un sentimiento tan fuerte como el día de hoy. Hace frío, pero ni siquiera lo noto, sopla el viento, un viento gélido que lo congela todo menos los sentimientos. Es la hora. Miro a lo largo de la calle, hacia arriba, ya veo el autobús, baja en medio del tráfico. El corazón me late con violencia. El bus se para a tan sólo unos metros de donde estoy. Espero a que se vaya para buscarte, para observar como te abres paso entre la gente. Ya ha arrancado el autobús. Te busco. No te encuentro. No te puedo ver. ¿Dónde estás? Cruzo la calle sin mirar, oigo los cláxons de los coches que han tenido que frenar violentamente, un sonido me atraviesa la cabeza. Empujo a la gente para abrirme paso. Buscándote con desesperación. Sigo sin verte. No es posible. Algo ha tenido que ocurrir. Nunca hasta ahora me habías fallado y ahora de repente, en tan sólo dos días, nos hemos fallado el uno al otro. ¿Que ha pasado Margarita...?

Lloro, lloro como un niño que no encuentra a su madre. Lloro como un niño perdido entre un sinfín de peligros. Lloro sin consuelo alguno, con la desesperación de pensar que aquello que da sentido a mi vida puede haberse acabado brutalmente. Sé que no soy racional. Sé que es muy posible que haya una sencilla explicación. La obcecación no me permite ver

con claridad. Camino sin rumbo. Dos días seguidos sin ti, no creo poder soportarlo. Eres mi vida, eres mi luz.

Decido marchar, no sé a donde ir, no sé hacía donde dirigirme. ..

De repente, escucho una voz dulce a mi espalda. Insiste. Me está llamando. Me vuelvo para mirar. No me lo puedo creer. Estás aquí, a mi lado. Me miras directamente a los ojos. Puedo sentir tu amor. Me sonríes, sé que es una sonrisa sincera. Me acerco a ti, el cuerpo me tiembla, no me sostienen las extremidades. Por un instante creo que voy a desfallecer. Te tengo más cerca que nunca. Ahora ya a un sólo paso. Cojo la Rosa que abrazo entre mis manos. Te la ofrezco. Balbuceo, pero por fin las palabras me salen solas, con naturalidad, tal y como mi corazón las siente.

- Esta Rosa es para ti, Margarita, porque te quiero.

Rosas

ROSA n°2

En el corazón de todos los inviernos vive una primavera palpitante, y detrás de cada noche, viene una aurora sonriente.

Khalil Gibran

ESPERANZA

Cada vez que pienso, sé que sin ti, nunca nada será lo mismo. Tu pequeño cuerpo, diminuto, tu carita, redonda con esa nariz que parece un minúsculo botón, bajo esos grandes ojos que parecen lucecitas. Luces que se apagan cada día que pasa. Sé que eres fuerte, que luchas, pero no es suficiente. Ni tan siquiera los equipos electrónicos a los que estás conectado, ni mis plegarias, ni mi fe, consiguen que el latido de tu corazón sea estable.

Aprovecharé estas horas que dispongo para estar a tu lado, para explicarte como empezó todo. Como conocí a tu padre, al amor de mi vida, al único hombre al que siempre amaré.

Estaba en clase de Historia del Arte, en la Universidad, Violeta, a mi lado como siempre importunando, no me dejaba escuchar a la profesora. Te diré que la historia siempre me ha entusiasmado. Finalmente y para que de una vez se callara le pregunté que narices quería... Entonces me señaló dos filas más adelante, en la parte izquierda. Un chico de piernas largas calzaba unas botas tipo motoristas, preciosas. Vaya pie más enorme, - pensé. Quedaba justo de lado a mí, sólo podía verle el perfil y sus cabellos largos, negros, ondulados y fuertes. Una poderosa nariz y unas manos grandes como sus pies, era todo. Todo y suficiente para hacerme

una idea general. Sentí una atracción irresistible. No recuerdo el resto de la clase. Reaccioné, cuando todo el mundo se estaba levantando. Violeta empezó a darme con el codo, diciéndome que espabilara que ya habíamos acabado. El chico, se levantó, cogió sus cosas y paso por mi lado, casi me roza. Lástima, - me quejé para mis adentros, por no ser así. Violeta percibió mi repentino enamoramiento. El resto de la semana se la pasó incordiándome para que me decidiera a entrar en contacto con él. El joven, ajeno a todo, pasaba totalmente de mí. No me descubrió hasta que en un arranque de extrema valentía, me enfrente a él y le dije toda decidida:

- Vamos, te invito a un café.

- ¿Cómo? Me hablas a mí, - miró a su alrededor buscando a alguna otra persona.

- Sí, es a ti. ¿Que tal? Soy Verónica. Voy a la máquina a tomar un café ¿te apetece...?

- Pues,... – dudó durante unos instantes interminables -. Bien, si te acompaño, pero yo tomaré un té, no soporto el café.

Horror, ya he metido la pata – pensé. Que poco acierto que tengo para estas cosas. Justo le invito a algo que no le gusta. Si ha aceptado, a pesar de ello, es porque le debo parecer interesante. Hay esa posibilidad.

Este fue el inicio de un grande y eterno amor. Solamente había pasado un año desde este encuentro, cuando ya estábamos unidos como pareja. Aunque la convivencia siempre es dura, si hay amor de verdad, la tolerancia y el respeto se hacen los dueños, no hay quién pueda con ellos.

Era un atardecer a principios de septiembre, aún disfrutábamos de unas pequeñas vacaciones bien merecidas, volvíamos de la playa, sentía un terrible dolor de riñones, como si fuera a tener la regla, hacía más de una semana que se me retrasaba. Sentí el impulso de entrar en una farmacia y comprar uno de esos aparatitos que en unos minutos te disipan las dudas.

Rosas

No le dije nada a él, quería que fuera una sorpresa. En cuanto tuve la respuesta, fui en su busca, lo encontré descansando, aguardando la puesta de sol para salir a pasear. Llevaba el chivato en mis manos.

- ¿Que prefieres, niño o niña? – lo sorprendí de verdad.

- Siempre me han gustado los niños, - sentenció - pero y las niñas... que preciosas... Me gustaría un niño y también una niña.

Reía y me besaba, sin saber todavía que pronto tendría o una cosa o la otra. Le puse el bastoncito con el resultado delante de la cara.

- Positivo, Daniel, ha dado positivo, mira ¿lo entiendes...? – le pregunté exultante.

- ¿Que es esto? – su voz se volvió balbuceante.

- Un test de embarazo, tonto...

Me cogió en brazos y me levantó en el aire dándome vueltas sin cesar, con una energía excepcional.

- ¿Quieres parar...? - le advertí - Me estoy mareando.

Reímos, como nunca antes lo habíamos hecho. Durante todo el tiempo del embarazo no dejó un sólo día de acariciarme el vientre, no dejó nunca de hablarte, de notar como crecías. Fuimos juntos a todas las visitas del médico. El 2 de abril viste la luz por primera vez, de forma prematura. Tú la luz, nosotros el sufrimiento. Nunca olvidaré cuando la comadrona te puso sobre mi pecho, estabas grasiento, mojado y arrugadito, todo tú encogido, con cara de pocos amigos, como si estuvieras enfadado. Por un momento, abriste los ojos, me miraste y me reconociste, al tiempo, los volviste a cerrar. Creo haber notado como nos regalaste una ligera sonrisa. Estuvimos llorando y riendo para volver a llorar. Nos mirábamos y reíamos, y así repetidas veces sin poder parar. Hasta que una enfermera se te llevó. Desde aquel preciso instante en que nos separaron de ti, nunca más hemos podido reír y llorar los tres juntos.

Porque ya no volviste a nuestros brazos. Ya nunca más volvió a ser lo mismo. Ahora eres un cuerpo ligado a un montón de cables, que van a parar a un sinfín de maquinas, llenas de luces y de ruidos agotadores. No me dejan cogerte y mecerte en mis brazos. Te damos de comer con un biberón que tiene una pequeña tetina, después de succionar un par de veces ya estás agotado. Rogamos a Dios para que te ayude a salir adelante o bien que se te lleve antes que verte sufrir.

Esta misma mañana he sabido que te podíamos recuperar, lo he sabido porque he visto tus ojitos, me has mirado, haciendo un terrible esfuerzo y me has vuelto a sonreír. He percibido tus ganas de vivir, me lo has dicho sin palabras. He sabido que había llegado el momento para la esperanza. Es por eso que no pienso moverme de tu lado, no pienso dejarte ni un minuto. Estaré a tu lado para verte remontar. He visto la luz. He gritado llamando a tu padre, no se lo podía creer. Lloro a mi lado como un niño. Ha llegado la Doctora, ella tampoco parece creérselo. Parece un milagro. Yo sé que es un milagro.

Les pido que me dejen cogerte, sé que lo necesitas, sé que eso te ayudará a coger fuerzas para seguir adelante. Ellos dudan pero yo insisto. Te mezo en mis brazos, te beso, ya casi no recordaba tu olor, la suavidad de tu piel. Estamos los tres juntos otra vez, por fin podemos reír y llorar a la vez.

Tu padre nos ha traído un ramo de Rosas frescas, frondosas, plagadas de verde, el color de la esperanza.

Rosas

ROSA n°3

Hay que amar lo que es digno de ser amado y odiar lo que es odioso, mas hace falta buen criterio para distinguir entre lo uno y lo otro.

Robert Lee Frost

ARREPENTIMIENTO

Cada vez que sus azorados ojos me miran, siento un fuerte mal estar en la boca del estómago que me hace tambalear. Como hoy, justo al entrar por la puerta, me ha comenzado a gritar:

- Vete de aquí, me molestas...

- Lo lamento, no me había dado cuenta, - que mal humor tiene éste otra vez, pensé. - Voy a salir a dar una vuelta, tardaré sólo unos minutos, - le informé, con la confianza de que a mi regreso ya se le habría pasado.

Acabé con mis quehaceres de casa lo más rápido posible. Tenía que airearme, me sentía atrapada, como si me estuviera ahogando, prisionera, desganada, en fin, con un abatimiento general de complicada solución. Era consciente de que debía plantar cara y al mismo tiempo me creía incapaz, metida en un lugar sin salida. Tuve el presentimiento de que cuando volviera a casa continuaría enfadado, como siempre, esto no tiene remedio, no lo soporto, no así. Continué lamentándome durante algunos minutos más mientras la feroz lluvia caía sobre mi sin tan siquiera calarme, de tan ensimismada que me encontraba con mis pensamientos.

Volví para casa, arrastrando los pies sobre el húmedo suelo, sin fuerza ni energía alguna, por simple costumbre. El agotamiento estaba a un paso de apoderarse de mí para siempre. Sólo tenía ganas de tomar un vaso de leche caliente y acostarme. Dormir, dormir un montón de horas seguidas y soñar que despertaba en un hogar seguro y acogedor, plagado de cariño y afecto, donde la calidez impregnara las paredes, el techo y hasta el suelo. Abrí la puerta con sigilo y algo de temor a un tiempo.

- Has tardado más de veinte minutos. ¿Dónde estabas? – me miró desafiante. Me asusté.

- Ya te lo he dicho he ido a dar una vuelta. – Me daba rabia de mi misma cada vez que mi voz se tornaba temblorosa bajo su mirada inquisidora.

- ¿Porqué has tardado tanto? ¿Con quien estabas...? - insistió con desconfianza.

- Con nadie, - hice el gesto de darle la espalda, estaba empezando a asustarme. Su cara reflejaba asco hacía mi, eso me hirió de verdad, muy profundamente.

Se acercó, a pasos cortos pero decididos. Yo lo veía como un gigante, presentía que alguna cosa quería de mi, algo que no podía entender. Se me puso delante a tan sólo un palmo de distancia. Me miró fijamente. Soy una cobarde incapaz de reaccionar. Me quedé petrificada, no me atrevía a moverme, ni siquiera a respirar. No era ésta la primera vez que se comportaba así. Hacía solamente cuatro meses que estábamos casados. Antes siempre se comportó como un chico normal, con sus manías, es cierto, pero no con esta obsesión enfermiza por controlarme, por saber en todo momento, donde estoy, que hago, con quién voy y hasta en qué pienso. Estar a su lado es vivir en una prisión. No me ha pegado nunca. Pienso que es capaz de controlarse hasta ese punto. Que no se atrevería a hacerlo. Cuando descubre que ha conseguido atemorizarme como pretendía, cambia radicalmente de conversación y actúa como si aquí no hubiera pasado nada. Que cara más dura que tiene.

Rosas

Se me han ido las ganas de tomar nada, quiero dormir, es vital para mí. Le preparo la cena y me voy a la cama, no quiero pensar, quiero olvidar, creer que todo es pasajero.

Estoy a punto de dormirme. Noto como se mete en la cama. Noto el olor a coñac. Ya estamos. Tiene el hábito de beber una, o a veces dos copas todas las noches, más la que ya lleva de por la mañana, la cerveza del almuerzo, el vino de la comida, la otra cerveza de media tarde y más vino para cenar.

Llevo un pijama grueso, es invierno, hace frío. De repente da un tirón al nórdico, con rabia, lo lanza al suelo dejándome destapada, a sus expensas. Me da un susto de muerte. ¿Qué hace ahora? Se me sube encima, como un animal, me arranca los pantalones y los botones de la camisa. Estoy temblando, nunca me había hecho esto antes, no con esta violencia. No me atrevo a abrir la boca. Cuando sé que esta a punto de penetrarme, cierro los ojos y pienso en otra cosa, no deseo mirarle. De repente siento como me coge la cara, me obliga a mirarlo y gritando me dice que nunca, nunca en la vida se ensuciaría con mis fluidos. Que le doy asco, que soy fea, gorda, mal hecha, una bruja, una puta. Que no estoy a su altura, que nunca lo estaré. Veo el odio reflejado en su mirada, una mirada que nunca antes había visto, una mirada que da escalofríos, que te hiela el corazón y te lo acelera a tanta velocidad que te piensas que se va a parar de repente, para siempre. No tengo lágrimas para llorar por mí, lloro por él. Como es posible este cambio. ¿Qué tiene? ¿Qué le ocurre...? ¿Qué se ha hecho de la persona de la que me enamoré? ¿Qué se ha hecho de Enrique? Sé que éste no es él. Algo lo domina. Él no es así.

Se ha quedado dormido, a mi lado. Tengo ganas de acariciarlo, de decirle lo mucho que le quiero, de que vea que el amor existe, que no se ha acabado a pesar de su comportamiento. Lloro, lloro con desconsuelo. ¿Cómo lo puedo recuperar? Sé que todavía queda un resquicio de él.

Han pasado tres meses, los episodios de violencia se han repetido en diversas ocasiones, desencadenados por diferentes motivos, todos ellos absurdos, sin razón, incoherentes. Nunca se arrepiente de lo que hace. No habla del tema, ni cuando me ve con los ojos irritados de tantas lágrimas infértiles, no le importa nada. Es como si se pusiera una venda, con tal de no ver lo que no le interesa. No quiere reaccionar. Yo sé que puede hacerlo, quiero creer que puede. Y mientras..., no puedo dejar de amarlo, incluso, cada día que pasa más y más. Porque sé que me necesita. Debo encontrar una solución.

Fue un 21 de octubre. Acababa de llegar del trabajo. Sonó el teléfono, alguien me llamaba, sabía mi nombre completo. Era la policía. Llegué al hospital en diez minutos, sacando el hígado por la boca. Él estaba en la UCI, muy grave, muriéndose. Me dejaron verlo. Le cogí de la mano. Los bomberos tuvieron que intervenir para poderlo sacar de entre los hierros, se le había seccionado la pierna, se había estado desangrando durante más de quince minutos. En la cabeza tenía diversas contusiones importantes, estaba semiinconsciente. Algún día tenía que pasar, el alcohol había contribuido a la pérdida del control del coche.

Me miró de reojo, en cuanto supo que era yo quién estaba a su lado. Le hablé al oído, flojito, con mucha ternura. Lo que sentía, lo que me dictaba el corazón. Él me había odiado, nunca sabré porque, pero yo lo querré siempre. Él no me podía responder, pero no hacía falta, lo tranquilicé, no quería que continuara sufriendo. Le prometí que continuaría a su lado, que juntos superaríamos este desagradable momento que nos había tocado vivir, que no se preocupara por nada. Que ahora tenía la oportunidad para ser una nueva persona, para recuperar al Enrique de hace tan sólo unos meses, aquel Enrique del que me enamoré perdidamente. Percibí unas lágrimas sinceras, resbalando suavemente por su rostro, un rostro apagado, sin brillo, a un paso de esfumarse.

Rosas

Le dije que le perdonaba, que no tenía que preocuparse por nada, que lo único que tenía que hacer era dejar salir a aquel Enrique que lo desvirtuaba y dejar entrar al Enrique tierno y amoroso. Al verdadero.

Haciendo un terrible esfuerzo, me susurró al oído:

- Te quiero Rosa, te quiero de todo corazón, te quiero como nunca he querido a nadie. Te quiero, perdóname, necesito tu perdón. – Pronunciaba a duras penas, con el corazón roto por el dolor y la voz temblorosa, pero al mismo tiempo sincero, percibí la sinceridad en sus ojos, tenían, incluso otro aspecto. Yo asentí. Sentí una emoción como nunca había sentido, lloré y también reí, le llené la cara de besos mezclados de lágrimas...

ROSA n°4

Yo no hablo de venganzas ni perdones, el olvido es la única venganza y el único perdón.

Jorge Luis Borges

VENGANZA

Cada vez que le apetecía, cada vez que tenía ganas, ni se lo pensaba dos veces, subía a la furgoneta y aceleraba tanto como su instinto se lo pedía. Circulaba por la izquierda en una camioneta vieja y destartalada. Era un sinvergüenza, un cara dura. Cuando salía del trabajo, se dirigía casi siempre a ver a aquella “chati”, como él la llamaba. Una caliente braguetas, de las buenas. Se encontraron en aquella esquina, en una revuelta a la salida del pueblo. Para su sorpresa, aquel día su comportamiento fue diferente, no subió al vehículo como solía, enseñando más de un palmo de pierna, haciendo un gesto de reojo para comprobar como tanto los viejos como los jóvenes la observaban deleitándose con sus caderas, casi perfectas. Realmente, era guapa, cabello negro, largo, hasta debajo de los hombros, liso y brillante. Las piernas largas, bien formadas, de cintura pequeña y pechos prominentes. Unos ojos negros y una boca carnosa, muy sensual. Hoy, tampoco se besaron como acostumbraban, retozando con lujuria. Se la miró, con excesiva sensualidad, hizo el gesto de tocarle un pecho, que ella sutilmente rechazó. Se acercó bruscamente para lamer su pezón a la vista de todos, pero Petunia volvió a rechazarle con disimulado desprecio. Se sorprendió, no estaba acostumbrado a aquella actitud. Su entrepierna le aprisionaba. Estaba totalmente empalmado, como a ella le

Rosas

gustaba y la tonta iba con miramientos. Aceleró el motor y salió disparado, dedicando una amplia sonrisa a los morbosos viandantes que los contemplaban alucinados.

Mientras conducía rápido a su destino, le cogió la mano para que ella le frotara la bragueta y notara como su poderoso miembro la perseguía desenfrenado. Atravesaron el largo camino sin asfaltar que los llevaba al barracón donde solían saciar su calentura. Con un brusco giro de volante, aparcó el coche, dejándolo atravesado en medio del camino.

- Si dejas así el coche, Alfredo no podrá pasar, - le advirtió ella, sin mostrar demasiado interés.

Jaime, se rió a gusto, con el aire chulesco que le caracterizaba.

- Pues que espere a que acabemos. Esto es más urgente. – Fue taxativo, iba tan caliente que el dolor se hacía insoportable.

Bajó con rapidez del auto, dio la vuelta para abrirle la puerta, antes de que ella lo hiciera. En un arranque de desesperación, le arrancó violentamente las bragas. Petunia le reprochó con fastidio lo que acababa de hacer. Él, ignorándola, le separó las piernas bruscamente para poner su mano en la entrepierna. La chica reaccionó dándole un fuerte empujón, para apartarlo y bajarse del coche. Jaime pensó que se estaba comportando de una forma muy extraña. Interpretó que quizás lo que quería era “guerra”. Le resultó tremendamente interesante la propuesta. El morbo que le causaba la violencia se apoderó de él. Sonrió, malicioso.

- Ya entiendo lo que te gusta, - le dijo en un susurro que aterró a su pareja. La sujetó rápidamente por detrás, impidiéndole cualquier movimiento de manos o brazos y la condujo hacia el interior de la casucha con decisión. La lanzó con fuerza sobre el colchón sucio y pestilente, sin miramientos, como un poseso.

Ella, evidentemente aturdida seguía sin participar en el malévolo juego. No estaba dispuesta a hacerlo. Jaime no había entendido nada.

Pensó en el extraño comportamiento de Petunia, pero la propia obsesión por consumar el acto no le permitió ver más allá, ni pensar con claridad, solamente tenía un objetivo y no pensaba renunciar por nada ni por muy extraño que resultara todo. Dejó entonces de preguntarse cual podría ser el motivo de aquel desprecio por parte de Petunia, su amante más felina.

Estaba en pleno calentamiento, cuando les sorprendió el brusco ruido de la bocina. El sonido se tornó insistente.

Petunia, en un alarde de valentía, le advirtió:

- Te lo dije, debe de ser Alfredo, no puede pasar con su coche. – Respiró aliviada al ver que finalmente interrumpían lo que parecía inevitable.
- Que se espere, cojones, no puedo ir ahora, - se mostró terriblemente enfadado por la inoportuna interrupción.

La tenía fuertemente cogida sin ninguna intención de dejarla ir, ni siquiera para hacer un inciso. El sonido del claxon volvió a insistir. De repente absoluto silencio. Tornó rápido a su objetivo. Al poco otra vez el claxon. Viendo que no había manera de dejarlo tranquilo, finalmente se levantó muy exaltado, los improperios manaban por su boca como un ligero fluido pestilente. Se volvió a poner los calzoncillos con la intención de decirle cuatro cosas al imbécil ese de Alfredo. Salió al exterior encontrándose con una sorpresa. No era Alfredo quien le esperaba impaciente sentado en el coche, si no Rosa, su mujer. No se lo podía creer. ¿Cómo lo había localizado...? ¿Cómo sabía que estaba allí? y ¿Cómo podía ser que esperase, allí sentada, dentro del coche, qué quería? De repente su ira se convirtió en desesperación, todo estaba ya perdido, no había excusa posible, como otras tantas veces. Estaba vez tenía

Rosas

mala pinta. Su dinero, todos sus caprichos, se esfumarían en pocos segundos. Qué excusa poner. Como convencerla para el perdón. Sus piernas flaquearon, su voz se quebró y volvió ronca. En un gesto indeciso, atinó a saludarla, al tiempo que ella bajaba del coche. Se dirigía hacia él decidida. Jaime intentaba disimular su balbuceo. Era tanto el empuje que llevaba que se asustó por un momento, no tenía ni idea de qué podría ser capaz.

- ¿Qué haces aquí, qué quieres...? – le preguntó realmente nervioso.

- De ti nada, - contestó con absoluta serenidad sin tan siquiera mirarle a la cara.

Dudó por unos instantes en acercarse, pero Rosa miraba a sus espaldas, a la puerta del barracón, no a él. En el friso de la entrada, la esperaba con una amplia sonrisa en la cara, Petunia. Todavía estaba medio desnuda, no se había acabado de poner toda la ropa que arrugada, asía en sus manos. Le costó poco darse cuenta de que las dos mujeres se conocían. Rosa, caminó con paso firme hacia la puerta, cogió por la cintura a Petunia y la besó en los labios, parecía ciertamente un beso de amor, un beso de verdad, largo y profundo, pleno de esencia.

Jaime no salía de su sorpresa, no lo podía creer. ¿Cómo aquellas dos mujeres se conocían y encima se besaban de aquella manera, delante de él, como sí fueran íntimas? Petunia lo invitó a entrar, con un gesto irreconocible en su rostro. Miró a Rosa, en ella parecía no existir un ápice de rencor. Quizás todo fuera una alucinación de su mente, quizás todo aquello no estuviera ocurriendo en realidad. Volvió en sí, cuando notó el roce de los dedos de su mujer, resbalando por sus nalgas, lo que provocaron que su poderoso y inagotable miembro, volviera a erguirse ávido de placer con sólo imaginarse participando en aquella bacanal que se intuía.

Las mujeres se cogieron de las manos, con un deseo desesperado en sus miradas, con una fogosidad nunca vista. Se tumbaron sobre la cama, con delicadeza. Mientras le observaban de reojo, se besaban ardientes, recorriendo lentamente los diferentes rincones de sus torneados cuerpos, con los labios y con las manos, mientras él se las miraba extasiado, muy caliente, tan caliente que poco le faltaba para estallar.

Cuando le pareció que había llegado el momento de participar, se acercó, lentamente, como un felino cuando se dispone a atrapar a su presa. Entonces, inesperadamente, ellas se pararon para mirárselo a los ojos, directa y fijamente a los ojos. Decididas, sin titubeos, sincronizadas, exclamaron:

- No te queremos Jaime, no queremos saber nada de ti, vete y no vuelvas nunca más. Olvídanos, - fueron taxativas, no había lugar a la réplica. Fue Rosa, quien se encaró, con el apoyo de Petunia.

No se podía creer lo que le estaban diciendo. ¿Cómo se atrevían a rechazarlo? Ninguna mujer en la capa de la tierra, se había atrevido nunca a hacerlo, que se habían creído aquellas dos furcias. Empezó a reír, pensaba que le estaban tomando el pelo, que sólo se trata de una estúpida broma. Pero pronto se dio cuenta de su error. Distinguió en sus miradas, odio, desprecio por su persona y por aquello que había sido. Un hombre vacío, que no conocía lo que era el amor, ni el respeto, ni la ternura, ni el cariño, ni tantos y tantos sentimientos posibles, que se pueden dar a una persona. Solamente sexo y más sexo, placer por el simple hecho de satisfacer su instinto más básico. Tanto daba el mal que pudiera hacerle al otro, eso no era relevante, una minucia comparado con el placer de su orgasmo. Un placer que le hacía volar, sentirse el más grande, el más poderoso. No todas las mujeres le entendían, pensó que estas dos sí, que le habían comprendido y que estaban dispuestas a gozar con él, con su

Rosas

poderío y atractivo irrechazable. Ahora sabía que estaba equivocado que aquello iba en serio, mucho más serio de lo que se pudiera imaginar.

En cuanto reaccionó, Rosa y Petunia le confesaron que estaban enamoradas, que se querían y que él no les interesaba para nada. Que no había nada que hacer. Era inútil insistir, el amor había sido más fuerte que cualquier otro sentimiento. Habían tenido la suerte de compartir algo agotado y caduco, que no era ni más ni menos que su pene. Compartían un miembro eréctil, no una persona, un hombre, pues como hombre no le conocían.

Sin todavía creérselo del todo, les preguntó porqué le habían hecho aquella encerrona. Estaba claro, sólo querían pagarle con la misma moneda, con el mismo comportamiento que él había tenido con ellas siempre. La indiferencia por sus sentimientos. Venganza quizás... quizás se pudiera llamar así.

Las dos mujeres se disponían, listas para marchar cuando Alfredo los interrumpió en plena conversación.

- Tenéis las maletas en el coche, - les indicó muy serio.

- Ya vamos, - aseguró Petunia, con un porte de altivez, recientemente recuperado.

Jaime se quedó alucinado, Alfredo también estaba al corriente de todo. Que sinvergüenza, - pensó herido en lo más profundo, más por el ridículo que por otra cosa, pues el único que no se había percatado de nada había sido él, como un ignorante, como un auténtico burro.

Observó desde la puerta como subían al coche de Rosa. Petunia de lejos le gritó exultante de belleza:

- Yo he encontrado mi Rosa, porque esta Rosa es para mí, no para tí, - sonrió feliz.

Alfredo por su parte, subió al todo terreno. Antes de acelerar, también se dirigió a Jaime:

- Para ti, desgraciadamente, no hay ninguna Rosa. Las Rosas son para los sentimientos y de eso tu no tienes ni idea. – Y se marchó decidido.

Rosas

ROSA nº5

El alma del hombre es inmortal, y su futuro es el futuro de algo cuyo crecimiento y esplendor no tiene límites.

The Idyll of the White Lotus

FE

Cada vez era más intenso. Escuchó un fuerte ruido, un estallido, alto y claro, venía de fuera, del exterior. No podía salir, puede que todavía no hubiese llegado el momento, quizás fuera pronto. Tanto daba si gritaba, si callaba o si se lamentaba, nadie en toda la capa de la tierra haría nada por él. Estaba atrapado.

El ruido no le era desconocido, tenía una sospecha acerca de lo que se trata, pero no estaba claro. Se esforzaba repetidas veces en adivinar que lo provocaba. Era un sonido seco, contundente, continuo. Cerró los ojos y respiró hondo. Utilizaba a menudo ésta terapia para relajarse. Notaba un dolor en la nuca que iba en aumento, sabía que si no conseguía tranquilizarse aquel dolor se volvería insoportable. ¿Cómo podría controlarlo? Casi estaba a punto de perder las esperanzas, incapaz de conseguirlo. De repente, algo lo hizo reaccionar. Fue una voz suave y dulce, al lado, justo en su oído, fue una voz que le dio bienestar, fue quien le dio la solución a su problema.

Nevaba, hacía un aire glacial, solamente una piel curtida, propia de aquel lugar, podía suportarlo. Era un frío que se calaba hasta los huesos, casi se podría decir, inhumano. Arrastró los pies a duras penas, cada paso representaba un suplicio, pues su propio peso le hacía

hundirse hasta casi las rodillas y así durante metros y metros, kilómetros de camino sin fin. Un camino plagado de infortunios, un camino que no conseguía ver donde acababa, aún sabiendo, que el final estaba cerca. Así se lo había asegurado la voz. Una voz dulce y suave, tierna, melosa, que nunca podría olvidar. Algo maravilloso que le había dado la clave de su salvación. Nunca hay nada perdido. Siempre, siempre, debe haber un ápice de esperanza, hasta en ese momento en el que todo parece acabado o extinguido. Si se desea con fe, con puro convencimiento, será atorgado, - le dijo.

Todavía era capaz de ver el ligero resplandor del sol, que con una tímida pincelada teñía el cielo de tonos amarillos y azules. El hielo que se le acumulaba en los párpados, casi no le permitía mirar y disfrutar de aquella maravilla, en cambio era consciente de que otro día se estaba levantando y que él estaba allí para explicarlo. Un súbito dolor en el estomago le hizo recordar que era necesario alimentarse. Se detuvo por unos momentos para sacar de la mochila un pedazo de carne de las últimas provisiones que le quedaban. En menos de dos días, sus provisiones, se agotarían. Todavía recordaba haber leído que en estos casos se puede subsistir unos días más alimentándose de los excrementos y de la orina. No descartó esa posibilidad.

Comió sin detenerse. Si lo hacía, no tenía claro que pudiera volver a arrancar de nuevo. Sólo se pararía para dormir el rato que el cuerpo le exigiera. Su pánico era, quedarse dormido y que la nieve lo cubriera, enterrándolo para siempre bajo una densa capa. No pudo evitarlo, lloró como un niño pequeño, perdido, sin una mano a la que cogerse, sin un motivo por el que continuar. Sólo aquella insistente voz que lo guiaba, le iba dando indicaciones a cada paso que daba, indicándole el camino. Aquella melodiosa voz, le hacía compañía, lo consolaba, le obligaba a levantarse cuando su cuerpo desfallecía. Le mostraba la luz del astro solar, le hacía observar las nubes, la extensión de nieve que se abría ante él, la belleza del

Rosas

magnífico y espectacular entorno en el que se encontraban, olvidándose del frío, del hambre y de la soledad.

Mientras respirara habría esperanza, mientras sintiera habría esperanza, mientras pudiera ver habría esperanza, pero sobre todo mientras pudiera sufrir, habría esperanza.

Le agradecía a aquella voz insistente su ayuda, se lo agradecía de corazón, pero los dos sabían que aquel esfuerzo no llevaba a ningún sitio, era absurdo, perdido desde hacía no se sabe cuantos días, en aquel lugar a quilómetros de cualquier zona habitada. Imposible. No creía en los milagros. No existían, - se repetía. En contra de sus pensamientos, la dulce voz a quien decidió ponerle el nombre de Rosa, le continuaba inyectando fuerzas, pero sobre todo fe en Dios y en su misericordia.

- No seas débil. Tu espíritu es fuerte, no lo dudes. No puedes flaquear ahora, después del esfuerzo que has hecho. Nada ocurre por casualidad, todo tiene un porqué, una razón de ser. Tienes que creerme, continúa, camina, resiste. Eres fuerte, de una fortaleza indescriptible. Como puedes pensar que ahora te abandonaré.

José escuchaba atentamente, incrédulo, seguro de que no estaba alucinando. Rosa lo seguía, estuvo con él todo el tiempo, constante y confiada. Fue entonces cuando él supo que ella nunca le abandonaría. Se hizo de noche. El frío y el temor a morir, lo mantuvieron tenso y expectante. Pasar aquella noche sería una prueba de fuego. Finalmente, decidió detenerse, no le quedaban fuerzas, sus piernas se habían convertido en inflexibles barras de hielo, no notaba los dedos de los pies, ni los de las manos. Como pudo, sacó la manta que, antes de partir, encontró de entre la montaña de maletas y de ropa de los pasajeros. Revivió en tan sólo unos instantes todo el accidente. Hasta ese momento, no se había preguntado, cómo había conseguido sobrevivir. No tenía más que algunas contusiones, ni un sólo corte o hueso roto. Que mala suerte sería, entonces, morir en aquellas condiciones, después de haber conseguido salvarse de aquel brutal accidente, después de haber sido el único superviviente.

El sueño le invadía, sabía que de un momento a otro se sumergiría en aquel placer que ni que fuera por unas horas le sacaría de aquella pesadilla. No quiso recordar nada más. El sopor le venció de forma imparable, transportándole a un lugar diferente, donde se sintió a gusto. Pudo percibir la calidez de su hogar, de su familia. Ellos lo rodearon formando un círculo de energía que pudo distinguir con absoluta claridad. Notó los besos, caricias y abrazos que sus familiares le daban con todo el amor del que eran capaces, el que salía de sus corazones.

Los observó con detenimiento, ¿qué les ocurría, porqué no estaban contentos? Lloraban, le acariciaban la cara, parecía que le estaban dando el adiós.

- No me voy, he vuelto. ¿Por qué os despedís...? – notaba que aquello era muy extraño.- No lloréis estoy bien. Ellos no le oían, no podían escuchar sus palabras, se dejó los pulmones gritando con desesperación, al tiempo que una inmensa e imparable fuerza le empujaba hacia la luz. ¿Que era aquello? Una luz blanca, de un blanco puro, más blanco que la nieve que le rodeaba. Una luz, justo ante él, en medio de toda aquella oscuridad. Alguien al otro lado de la luz, alguien que le pedía la mano, gritaba su nombre, con insistencia. Quería ir hacia allí. Decidió caminar en aquella dirección, intentaría averiguar de que se trataba. De repente otra vez aquellos golpes, aquel ruido, seco, continuo. Tenía claro que se trataba de un sonido conocido. Y después la voz... Rosa todavía estaba con él, fiel, a su lado hasta el final.

Reaccionó, por fin supo que eran aquellos perseverantes golpes, aquel latido insistente, continuo, que no se detenía, que siempre marcaba el mismo ritmo. Era ni más ni menos que el latido de su propio corazón, alto y claro. Estaba vivo. Estaba bien. Ahora ya podía salir. Había llegado el momento. Abrió los ojos, todo era claro y nítido. No había hielo en sus párpados. El frío había desaparecido por completo, una paz inundó su alma. Observó con detenimiento a su alrededor. Se vió rodeado de maquinas, conectado a extraños cables. Se sentía mareado, la

Rosas

desorientación le provocó un ligero vahído. ¿Donde estaba...? ¿qué hacía allí estirado...? Esa no era su casa.

- ¿Rosa donde estás? ¿Dónde te has metido, no te oigo...? - imploró su presencia, se sentía solo y desamparado, en cambio no obtuvo respuesta. Silencio, el más absoluto silencio.

Las lágrimas se apoderaron de él, acababa de perder una buena amiga. Lo había abandonado. No comprendía el porqué de aquella separación repentina. Se detuvo, alguien acababa de susurrarle al oído, quizás fuera ella.

- José, bienvenido, - escuchó con total claridad.

- ¿Quién eres...? tu no eres Rosa, ¿dónde está Rosa? Que vuelva..., pídele que vuelva - gritó desesperado.

- ¿Quién es Rosa, hijo...? ¿de qué hablas...? Tranquilízate, estás alterado, es normal. Llevas mucho tiempo en cama, te sientes débil, no te preocupes, es normal... quédate tranquilo, ya ha pasado todo. – Era su madre, quien le hablaba a la vez que lloraba y le acariciaba el cabello áspero y sin brillo.

No entendía nada. Parecía una habitación de hospital, puede ser por el accidente... debieron rescatarlo, el accidente, claro... lo habían rescatado, - balbuceó entre dientes.

- ¿De qué accidente hablas...? ¿Que estás diciendo...? No has sufrido ningún accidente, - sentenció la madre con palabras de consuelo.

- Quiero hablar con Rosa, la quiero a ella... ella me ha salvado la vida...la necesito... ¿Qué es esto, qué hago aquí? – sintió desesperación, por no entender nada.

Su madre no conocía ninguna Rosa, no podía darle aquello que su hijo le pedía. Sólo podía dar las gracias a Dios por habérselo devuelto, después de tantos años. Lo que no sabían era que Rosa continuaba allí observándolos, orgullosa y feliz.

ROSA nº6

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas. No te preocupes de la finalidad de tu amor.

Amado Nervo

AMOR

Cada vez la intensidad del sonido era más fuerte. Reaccionó, por fin se dio cuenta de donde venía el ruido. Estaba oscuro. No encontraba el interruptor de la luz. Se peleó con las sábanas para conseguir salir de la cama. Tropezó con el mueble y dio con la cabeza en la puerta, pensando que estaba abierta. El ruido del timbre era insistente, hasta tal punto que le provocó exhalar un grito de calma, vista la desesperación del visitante. Estaba a punto de abrir la puerta cuando se percató de que iba prácticamente desnudo. Unos diminutos calzoncillos eran toda su vestimenta. Quién quiera que fuera debía tener mucha prisa, pues continuaba insistiendo pese a que Ramón le había advertido ya en voz alta y clara que abriría en un minuto, tan pronto consiguiera unos pantalones que ponerse. Volvió corriendo a la habitación, tropezando con las cajas que aún restaban en medio del pasillo. Rebuscó entre pilas de ropa usada. Finalmente, localizó unos viejos y raídos tejanos, que se abotonaba al tiempo que abría la puerta de entrada. Quedó perplejo, completa y absurdamente alucinado. No se lo podía creer. Le pareció algo sorprendente, irreal, imposible. ¿Cómo le había encontrado...? ¿Qué hacía allí, en su propia casa? Casi le da un ataque al corazón. No le salían las palabras. ¿Qué decirle...? ¿Cómo reaccionar...? en definitiva, ¿qué hacer?

Rosas

Fue entonces ella, quien tomó la iniciativa. Toda resuelta, con total desenvoltura, se le lanzó a los brazos, sin pensárselo, gritando de alegría, dándole besos por todas partes, apretándolo con fuerza contra sí, para seguidamente llorar. Llorar de felicidad. Mientras él continuaba extasiado con la chica colgada de los brazos y las piernas temblando, el corazón encogido y la cabeza dándole vueltas. Era demasiado impresionante para ser cierto. Entonces la empezó a tocar, cogió sus manos, rozó su cara, le acarició el sedoso cabello, mientras la miraba fijamente a los ojos. Sólo necesitaba salir de dudas, tener claro que ella era real, que Rosa estaba con él por fin, que aquello no era una pesadilla, que la pesadilla se había acabado, que lo que estaba ocurriendo no era un sueño otra vez.

Hacía tiempo que había renunciado a encontrarla, hacía años que ya había desistido. Pensó que era inútil continuar buscando. Aunque en su interior más profundo, siempre mantuvo una pequeña llama encendida, por sí acaso. Una llama que ciertamente le causaba más dolor que ninguna otra cosa, pues le recordaba que ella podía aparecer en cualquier momento, en el momento más insospechado. Se veía incapaz de apagarla, pese al dolor. Iba con esa pequeña llama encendida a todas partes. De tanto en cuanto y dependiendo de las circunstancias que envolvían el día a día, la llama se intensificaba o contrariamente parecía irse agotando por sí misma. Más o menos, como le pasaba desde hacía unos días, últimamente todo se había vuelto negativo, nada tenía interés, le parecía que cada cosa que hacía no le aportaba el placer que en otros momentos hubiera podido sentir. Todo era estéril, vacío, inerte. Se consideraba un hombre atractivo, sensible, inteligente. Tenía la edad adecuada, justo aquella que gusta a las chicas jóvenes, a las mujeres no tan jóvenes y a las maduras, una edad ideal. Se ganaba bien la vida, con un trabajo interesante que le llenaba como persona. Se mantenía en forma practicando a menudo deporte, lo que le reportaba el tener un cuerpo muy aceptable, exhibía ufano su corpulencia muscular, se podría decir que no era ni demasiado

alto, ni demasiado bajo, una estatura media. Estaba rodeado de buenas amistades, amigos de verdad, aquellos que siempre están en el momento oportuno y en los momentos más críticos de la vida. Tenía una familia que lo apoyaba en todas las decisiones, unos padres magníficos y unos hermanos fuera de serie. Pero pese a todo, se sentía sólo, perdido... Cada día que se levantaba, cada nuevo despertar tenía un único pensamiento, lo primero que se le venía a la cabeza: ¿Dónde estaba Rosa...? ¿Dónde se había metido...? ¿Cómo era posible que hubiera desaparecido de la capa de la tierra?

Aunque su íntimo amigo no cesaba de animarlo, asegurándole que pronto Rosa aparecería, no se lo acababa de creer. Su recelo, seguramente, se debía a la cantidad de desengaños que se había llevado hasta el momento. Hacía poco tiempo que había conocido a unas mujeres atractivas, alguna irresistible, alguna que otra de fácil complacencia, otras muy sensuales, pero actualmente ninguna que le llenara, ninguna que consiguiera ocupar su corazón. Sólo tenía que mirarlas a los ojos para rechazarlas sin remedio. Era cierto, que ni tan siquiera les daba una pequeña oportunidad. No lo hacía, porque sabía que era una pérdida de tiempo probarlo. Que no hacía falta. En los ojos estaba la respuesta.

Aquella mañana, de repente, una mujer a quien no se esperaba encontrar, se presentó de improviso a una hora intempestiva de la noche, para lanzarse en sus brazos, haciéndole subir a las nubes, desconcertándole de pies a cabeza, haciéndole volar. Sólo fue un instante en el que se encontró sin saber como reaccionar, fueron solamente unos segundos de indecisión, para después, reaccionar y convertirse aquél en un encuentro determinante. Sus ojos, la clave estaba en sus ojos.

La separó tan sólo unos milímetros de su cuerpo, con la única intención de volver a observar aquellos ojos, de poder mirar con detenimiento su profundidad, lo que se hallaba tras ellos, tras esa dulce mirada. Fue un pinchazo doloroso el que sintió, fuerte y directo al

Rosas

corazón, una sensación difícil de expresar con palabras. Fue tan intenso e irrefrenable que las lágrimas nublaron la imagen de la belleza que tenía ante él, controlando su cuerpo emocionado y tembloroso de placer. Fue en ese momento cuando supo que era ella, que ella era Rosa. Que por fin había encontrado quien llenaría el vacío de su corazón, que por fin había acabado aquella búsqueda agotadora, que por fin podría cesar de buscar, pues había sido ella quién en el momento adecuado se había presentado, lo había localizado para no dejarlo jamás.

Por fin había conocido a Rosa.

ROSA nº7

La amistad es un alma que habita en dos cuerpos; un corazón que habita en dos almas.

Aristóteles

AMISTAD

Cada vez tenía más claro que nada era por pura coincidencia, que el que se hubiesen conocido no había sido una simple casualidad. No coincidieron hasta que tuvieron 20 años. Aunque el destino las había conducido a estudiar en la misma escuela y posteriormente a trabajar en la misma empresa. Recordaban perfectamente como se produjo el encuentro. Rosa iba con su inseparable bata blanca, con una multitud de bolígrafos en el bolsillo, junto con espátulas de diferentes tamaños y formas y otros utensilios desconocidos para Camelia, sin olvidar los salpicones de ácido y otros líquidos nocivos sobre la corroída bata. Por encima de todo, lo que Camelia recordaba era como Rosa se desenvolvía por los pasillos del laboratorio con aquella mirada típica suya, inteligente, sabia, de saber lo que se hace, de seguridad en si misma, decidida, franca, honesta, clara,..

Durante los primeros años, poco a poco fueron reparando una en la otra. Breves saludos, conversaciones de pasillos y poco más. Buenas compañeras simplemente. Fue más adelante, cuando el traslado, por aquella época de movimientos, de incertidumbre en sus futuros inmediatos, de cavilaciones, de sospechas. Época también de asentamiento, de buscar aquello que no acababan de encontrar, aquello que les faltaba, aquello que tanto las uniría. La necesidad de una estabilidad, de transitar por la vida con fluidez, sin perder de vista el entorno más cercano, aquel que en algunas ocasiones da emotivas sorpresas y otras veces

Rosas

imprevisibles chascos. Pero siempre dándose apoyo mutuo. Cavilando juntas, indagando juntas, abriéndose paso juntas y también, evolucionando juntas. Sin prisas y sin freno, con auténtico empuje, tal y cómo en realidad son. Sabiendo que cuando una se acelera en demasía, la otra siempre está a su lado para echar el freno, para advertirla t aconsejarla. Que cuando una se desencamina o no encuentra la salida correcta, la otra siempre está ahí para orientarla, para mostrale y para acompañarla hacia la parte más alta, ahí donde surge la claridad, ahí donde realmente se debe mirar, por donde se obtiene respuesta.

Camelia sentía deseos de decirle a Rosa todo lo que pensava y percibía, pues hacía mucho que se había fijado en todos aquellos detalles. Se percató rápidamente de que su intuición acertaba una vez más. Quería que su amiga suepiera cómo se había fijado en su persona, en su posado, tan modoso y amable, en su forma de expresarse, en su delicadeza, en sus ojos negros, elocuentes, que lo dicen todo, que no se esconden. En los que se reflejaba su sabiduría, de los que aprendía cada día. Pues Camelia tenía claro que era ella quién le daba alimento, era de ella de quién se nutría para avanzar. Tenía muy claro que era de ella de quien debía copiar los aspectos más francos, sencillos y sinceros del alma, aquellos que algunas veces el orgullo nos oculta. Aquellos que de vez en cuando quedan escondidos por sentimientos incontrolables, de envidia, de ambición o de vanidad, algo que Rosa desconoce, que seguramente no sabe ni que significan, pues estaba convencida de que no los había conocido nunca.

También quería decirle, que desde del primer momento supo que la suya, era un alma pura, era un alma llena de luz, que emite la claridad más blanca que se pueda conocer, de una pureza inalcanzable para muchos, quizás, para la mayoría. Deseaba recordarle la infinidad de situaciones que habían vivido conjuntamente, situaciones mayoritariamente duras, muchas veces difíciles. Era cierto, que Rosa había tenido una vida plena de obstáculos, llena de

pedras, que en ocasiones podían parecer gigantescas rocas, pesadas e imposibles de mover. Pese a su escuálida complexión, consiguió siempre apartarlas una tras otra de su camino. Cierta era que haciendo un terrible esfuerzo, pero firme, con el ánimo fuerte, con una fortaleza indescriptible, porque Rosa también era fuerza.

Camelia, sumergida en sus profundas cavilaciones, tenía muy presente que nunca el esfuerzo realizado, era suficiente, ni las ganas que se volcasen en favor de una amistad como aquella. Aunque presentía que su amiga Rosa ya lo sabía, quería confiarle sus pensamientos. Que supiera que estaría a su lado siempre, no exclusivamente, cuando ella le reclamara ayuda, si no también cuando pensase que no la precisaba. No solamente cuando creyese que lo conseguiría por ella misma, si no también cuando se pusiera en marcha para conseguirlo. Quería que supiera que siempre estaría, fuera cuál fuese la situación. Del mismo modo que Camelia sabía que el sentimiento era recíproco. Pues era esta la verdadera amistad, la que nacía de la pureza, en la que el rencor, el recelo, el odio, la envidia y similares no tenían cabida. Porque eran éstos, sentimientos simplemente inexistentes. En ocasiones, Camelia se sorprendía al intentar entender como podía haber un corazón tan grande en un cuerpo tan pequeño. ¿Cómo lo había conseguido? Le preguntaría, le pediría que le confesase el secreto.

Habían pasado desde entonces ya 20 años, desde que se conociesen y compartiesen el día a día. Ya habían cumplido los 40, y podían decir con orgullo y total certeza que la amistad continuaba tan intacta como el primer día. Seguían respetándose la una a la otra, practicando cada día algo tan sencillo como era escuchar sin juzgar, ni valorar ni cuestionar.

Aquel día, la volvió a mirar a los ojos y volvió a distinguir la chica de veinte años atrás, con la misma bata llena de utensilios en los bolsillos, pero también con los bolsillos llenos de amor, que reclamaba a gritos ser transmitido, que deseaba ser volcado a raudales.

Rosas

Era tanto lo que cavía en sus bolsillos, que se tardarían siglos en agotarlo. Camelia se consideraba una privilegiada por poder percibir su estima, su calidez. Hubiera querido que pasaran muchas veces veinte años y que todavía no se le hubiese agotado ni un ápice, pues siempre creyó que aquel enlace, era una unión lejana, que debía tratarse de un lazo indisoluble, porque en realidad se trataba de un enlace eterno.

Rosa la escuchaba, atenta, como hacía siempre. Había llegado el momento de que su amiga le dijese lo que pensaba. Se habían emocionado, era normal, pues ella era todo sentimientos. Camelia, se continuó sincerando, diciéndole como le gustaría llenar su cajón de Rosas, Rosas frescas de todos los colores. Por su amistad, por su paciencia, por su humildad y la más grande de las Rosas con la esperanza de que aquella amistad no se agotase nunca.

ROSA nº8

Nos equivocamos a menudo en el amor, a menudo herido, a menudo infeliz, pero soy yo quien vivió, y no un ser ficticio, creado por mi orgullo.

George Sand

DESENGAÑO

Cada vez estaba más claro que lo tenía que hacer. Era ya de día, un día soleado. Una brisa rozaba el ambiente húmedo por la proximidad del mar. Un mar azul, tranquilo, pacífico, que si te esforzabas un poco, podías verle hasta las entrañas de tan transparente. La chica le esperaba impaciente, no cesaba de mirar el reloj, una vez y otra. Era la hora y en cambio, no se había presentado, ¿que narices estaba pasando? ¿A qué era debida aquella tardanza? No le gustaba nada, algo debía haber pasado, algo imprevisto, pues Carlos no se equivocaba nunca, o casi nunca. Era un hombre pulcro en sus decisiones y si se había comprometido, no le fallaría. Aquel inesperado retraso la hacía dudar, buscar una respuesta a lo que adivinaba podría representar un grave problema, un imprevisto que podría desbaratar aquello que tan escrupulosamente habían planeado. No era posible que le pasara esto, no se lo podía creer.

- Otra vez no, por favor, - rogó, mirando al cielo despejado y limpio -. No puede ser, él no me lo haría nunca.

Rosas

Pasaban ya veinte minutos de la hora prevista, caminaba nerviosa arriba y abajo por el trozo de calle desde donde no perdía de vista el lugar por donde supuestamente y de un momento a otro tenía que presentarse Carlos. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Que mala sensación acababa de percibir...

Sacó el móvil por enésima vez en dos minutos. Silencio absoluto. Sabía que no podía romper el pacto, no podía hacer la llamada, no la podía hacer. Ese era el acuerdo. Para sumar a su indecisión, algo le decía que tenía que reaccionar, no podía quedarse más tiempo allí plantada sin hacer nada, pero tampoco podía hacer nada que pudiera perjudicar el trato.

- Que dilema, Dios mío, - se lamentó con una mueca de desesperación en su mirada.

Estaba sumida en malsanos pensamientos cuando la sorprendió la melodía estúpida del teléfono, con aquella música impertinente, tan desagradablemente aguda. La llamada no era de él, pero de todos modos, descolgó. Fue un impulso irrefrenable, tenía necesidad de sentir la voz de alguien, de saber que no estaba sola, que aunque las cosas no estaban saliendo como preveyera, realmente no estaba sola, además serviría para detener el insoportable sonido del teléfono.

- Si, ¿quién es?

- Carlos no vendrá. Puedes irte... – alguien habló de forma taxativa y rotunda, sin titubeos.

- Pero, ¿quién eres? ¿cómo sabes que no vendrá?

- Márchate, él no vendrá, no le esperes... – insistió, sin tan siquiera identificarse. Seguidamente se escuchó el más absoluto silencio, evidencia de que quién fuera había colgado.

La aseveración de aquel desconocido la acabó de perturbar aún más. Realmente el problema era terrible. Cada vez que pensaba en que todo se podía acabar en ese punto, sentía un agudo dolor en el corazón. Las piernas le temblaron, el temblor ascendió por el resto del

cuerpo recorriéndole hasta el último rincón. Buscó el número de aquella extraña llamada. Identificación oculta, decía la pantalla. Por más que se esforzaba no podía poner una cara a aquella voz, una voz clara y precisa, sin titubeos, directa al grano. Alguien que sabía tanto como ella, como mínimo, pero que intuía debía saber mucho más. Carlos no le había hablado en ningún momento de una tercera persona, todo el plan se había trazado entre los dos. ¿De donde había salido aquel hombre?

Después de mucho pensar, decidió poner fin a aquel nerviosismo y hacer la llamada, aquella llamada prohibida que se había comprometido no hacer bajo ningún concepto. Buscó el número con prisas, pero al mismo tiempo indecisa. Lo puso visible en la pantalla y se detuvo, la decisión era lo suficientemente importante como para no precipitarse. Debía tener un mayor control de sus impulsos.

- Piensa y valora la necesidad de romper el pacto, - se dijo a si misma, en un punto de reflexión - . Si no llamo, continuaré indefinidamente perdida y atrapada en este sin saber que me trastorna, me quedaré estancada de por vida en un punto insalvable, en un camino que no lleva a ninguna parte. Nunca podré superar esta desgracia, nunca podré llegar allí donde me había propuesto llegar desde hacía ya meses, casi un año.

Esta deducción la llevó a pensar que la única solución era llamar. Hacerlo y esperar a ver que pasaba, cual era la consecuencia, pues el desenlace a su impaciencia no lo conocía. Cogió aire, en una inspiración digna de alguien con mucha valentía y finalmente apretó el botón verde. Se escuchó el primer tono, el segundo, un tercer tono... se empezaba a arrepentir de lo que estaba haciendo, el cuarto... por un instante se le cruzó por la mente la idea de cortar la comunicación, entonces escuchó claramente el quinto tono, el sexto y súbitamente durante el séptimo tono alguien al otro lado descolgó.

- Hola bienvenida. Te estábamos esperando...

Rosas

Era una voz dulce, de mujer, una voz de ángel, tierna, amorosa, tranquilizadora. No sabía que contestar, no tenía ni idea de que debía decir. Cogió empuje y por fin contestó.

- Hola, soy Begoña, ¿con quién hablo? – preguntó sumamente curiosa por saber.

- Con tu guardián, - me aseguró.

Que extraño, - pensó - que quiere decir con eso...

- Me alegro de que hayas decidido hacer esta llamada, - la voz hablaba melodiosa.

- Pero no entiendo, ¿donde estoy llamando...? Carlos me dio este número, pero me dijo que nunca lo tenía que utilizar...

- Entonces, ¿para que te lo dio...?

- Pues tienes razón...no se entiende.- Pensó: Ciertamente sino tenía que haber hecho nunca en la vida ésta llamada, para que me da un móvil y un número de teléfono y después me hace prometerle que nunca lo utilizaré, bajo ningún concepto. Que burrada, como no me he dado cuenta de esta tontería, - se lamentó.

Con verdadera curiosidad continuó hablando con su interlocutora.

- ¿Cómo te llamas?

- ¿Cómo quieres que me llame...?

- ¿Es que no tienes nombre...?

- Tengo el nombre que tu me quieras poner.

- Pero normalmente todos tenemos un nombre, todos tienen un nombre de nacimiento, ¿de alguna manera te llamarás...?

- Me gustará el nombre que tu me pongas, - me aseguró con sinceridad.

- Bien, pues, no sé, nunca me había parado a pensar en poner un nombre a alguien que no conozco. Te gusta..., por ejemplo... ¿Rosa?

- Sí, está bien, Rosa, me gusta.

Begoña sonrió, no podía ver a su interlocutora, pero aún así parecía agradable, sabía que se llevarían bien. Se animó a hablar un rato con ella para intentar adivinar quien era, donde estaba, cual era su conexión en todo aquello, pues todavía le rondaba por la cabeza que Carlos la enredara de aquella manera y encima la dejara plantada, sin dar señales de vida. No lo entendía. Había quedado muy claro. Una vez juntos y con todo solucionado, sólo les quedaba irse, llegar a su destino y empezar una nueva vida unidos, sin que nada ni nadie les molestara. No como hasta ahora, que todo eran impedimentos en su relación, cuando no era por una cosa era por otra. O bien su exmujer lo perseguía o bien a ella la coaccionaba su antiguo novio, por no hablar de los compañeros de trabajo, a nadie les parecía correcta aquella relación. Con los amigos ni contar, no querían ni oír hablar. Era cierto que Carlos era un poco extraño, puede que demasiado extravagante, incluso poco normal, pero era con quien ella se sentía fuerte y segura, con quien se apoyaba y soñaba todas y cada una de las noches, desde que lo conocía. Era con quien sabía podía trazar aquel camino que la conduciría a no se sabe dónde, a algún lugar seguro, un lugar donde el bienestar está por encima de todas las cosas. Él sabía como llevarla hasta allí, no había nadie más que lo pudiera conseguir. Ninguno que se pudiera interponer en el camino. O al menos así lo creía, pues este tropiezo no lo tenía previsto. La confianza en Carlos era tan fuerte que no se hubiera creído nunca que se pudiera romper en tan sólo unos segundos, por el simple hecho de no cumplir con el pacto. ¿Por qué había roto Carlos el pacto? ¿Por qué lo había hecho? ¿Quién era aquel hombre que conocía tan bien el acuerdo? La alianza era de dos, nunca de tres, lo repitieron hasta la saciedad, nunca en la vida de tres. Sólo tu y yo, - recordó con los ojos vidriosos por la tristeza que la embargaba.

Ahora tenía a alguien al otro lado a quien preguntarle por todo, esperaba que aquella nueva amiga le diera un punto de claridad donde poder percibir o al menos intuir las

Rosas

consecuencias de aquel giro en el camino, de aquel nuevo horizonte que se abría, que había aparecido en un fuerte momento de desesperación. Solamente con escuchar su voz dulce, cálida y sensible, ya le aportaba la paz interior que tanto ansiaba disfrutar. Quiso volver a la conversación con Rosa.

- Estoy confusa, en estos momentos no sé que pensar ni que hacer. Esto no me lo esperaba. Ya sé que no estás entendiendo nada, que no sabes de que te hablo, pero... es que me cuesta mucho hacerlo, no sé por donde empezar, como decirlo.

- No te preocupes Begoña, lo sé todo. Sé perfectamente de que me hablas y también sé el porqué. Quiero que ahora hagas lo que te voy a decir. Te lo diré solamente una vez y después sólo tendrás que decidir que quieres y como deseas continuar. – Se mostró muy seria utilizando estas palabras.

- Bien, si te digo la verdad cada vez estoy entendiendo menos lo que pasa, ahora me estas diciendo que tu también sabes de mí, que tu también conocías el pacto. ¿Como es posible? He sido la única estúpida que no se ha enterado de nada de lo que estaba pasando. Siempre acabo cayendo en lo mismo. No me lo puedo creer... – lloriqueó quejicosa y cabizbaja.

- Él no es para ti, Begoña. Él ha creído que tú eras para él y te ha hecho creer lo mismo. ¿Por qué conocemos el pacto? Por que un pacto sin fuerza, un pacto débil y vulnerable no lleva a ningún sitio. Es violable por cualquiera que quiera conocerlo, sólo es necesario tener más fe. Es lo que a ti te falta, fe un ti misma y en tus posibilidades. Quiero que me escuches atentamente. Nada de lo que tienes y de lo que conoces es por pura casualidad, todo tiene una razón de ser, todo tiene un motivo. Falta que tu misma lo descubras y te pongas en marcha. Camina Begoña, camina sin miedo, camina por suelo firme porque caminando llegarás lejos.

- Pero, ¿que quieres decir con esto...? – las piernas le comenzaron a temblar de nuevo, imparables, estaba verdaderamente asustada.

- Quiero decirte con ello, que me escuches. Cuando me hayas escuchado y te dirijas a tu destino con firmeza, sin dudas, directa al objetivo, como a de ser, no como los demás quieren que sea. Eres tú y solamente tu quien debe guiar tus pasos. En los caminos de la vida se pueden coger calles sin salida, aprende a evitarlos, aprende de tu propia experiencia, no dejes nunca de aprender.

- Son muy interesantes tus consejos. Me dan que pensar. Pero ahora no estoy todavía en mis cabales como para tomar decisiones tan importantes. Todavía no tengo del todo claro lo que quiero en la vida, ni lo que siento en mi interior, porque me lo han ensuciado con falsedad y mentiras, porque me lo han dirigido por caminos equivocados y sé que no es así como funciona, que todo tiene sentido cuando encuentras aquello que buscas, cuando sabes que lo puedes conseguir, aunque sea a cambio de sufrir, pues el sufrimiento es parte del camino.

- Veo que razones y lo haces con el corazón en la mano, que empiezas a entenderme. Ahora tengo que dejarte. La próxima vez que me llames, te ruego que sea para darme una respuesta. La que tú hayas decidido será la correcta, no lo olvides. Al momento se escuchó el tono, conforme Rosa había cortado la comunicación.

Se sentía feliz, estaba contenta, el nerviosismo empezaba a esfumarse por momentos, las dudas se le empezaban a aclarar, una a una, ante ella. Pensó en Carlos, verdaderamente le había hecho daño, la había engañado, pero en el fondo lo más importante era que la había ayudado a encontrarse a sí misma y a encaminarse hacia donde realmente tenía que caminar. La huída no habría sido la solución, la huída solamente la hubiera llevado a calmar el desasosiego durante un tiempo, un tiempo corto, seguramente, después hubiera vuelto al mismo punto, porque estaba claro que aquella no era la solución y que sólo su corazón podía dictarle sus pasos, hacía donde dirigirlos y a donde buscar. Con total libertad, con fe y

Rosas

esperanza en encontrar lo que quería. Le daba las gracias a todos, a todos que de alguna manera habían incidido en su destino.

Decidida miró el móvil, llamó a Rosa y le dejó muy clara su determinación. Rosa al otro lado, sonrió agradecida, sin decir nada, astuta y reservada, como había sido siempre. Cuando acabó la conversación, cogió el móvil y con una fuerza casi inusitada en ella lanzó el aparato al agua. En pocos segundos, observó como éste se hundía, poco a poco, lentamente, en las profundidades del mar, a la vez que ella se sentía liberada. Notaba como el peso que la atormentaba, comenzaba a difuminarse, hasta esfumarse por completo. Ahora ya no necesitaría el teléfono para comunicarse con Rosa, porque aquella Rosa formaba parte de sí misma, era su guía interior, quien velaba por ella.

Entonces empezó a caminar mojándose los pies por la orilla del mar. Observaba como las olas resbalaban por encima de la arena y se llevaban las conchas de los moluscos.

De repente, aún con lágrimas de felicidad en los ojos, pudo distinguir los trazos de un dibujo hecho sobre la arena blanca de la playa. A lo lejos no podía asegurar de que se trataba, parecía una flor. Se acercó intrigada, quería saber que era, ¿quizás una flor para ella? Casi al llegar a la altura, una inoportuna ola cubrió ansiosa el dibujo, llevándose entre sus burbujas aquello que alguien parecía haberle dejado.

ROSA n°9

Algún día en cualquier parte, en cualquier lugar indefectiblemente te encontrarás a ti mismo, y ésa, sólo ésa, puede ser la más feliz o la más amarga de tus horas.

Pablo Neruda

FELICIDAD

Cada vez que miraba hacía atrás era como si una leve tristeza se le viniera encima. Volvía a obsesionarse en aquello que había sucedido entonces, lejos, hacía tiempo. Siempre lo mismo, un día y otro, lo mismo. Era como si todo el planeta se pusiera de acuerdo para hacerle la puñeta. Tenía la sensación de que todo el mundo a su alrededor supiera como resolver sus problemas, menos ella. Tan pronto como lo intentaba, se venía abajo. Le parecía un fraude, era como si la suerte no se hubiera hecho para ella. Estaba harta, había llegado el momento de ponerse a caminar con sentido. Percibió como si de repente una puerta se hubiera abierto ante ella. Miguel no se había equivocado al asegurarle que las cosas funcionaban de esa manera, que cuando menos te lo esperas, llega el destino y te sorprende.

Intentaba cada día que pasaba sentirse más segura, y poco a poco lo estaba consiguiendo. Lo palpaba en el aire que respiraba, lo palpaba en todos los poros de su piel. Una piel, puede que castigada por los años, puede, que poco cuidada, pero en definitiva su piel. Fue un cambio significativo, como si desde aquel momento en el que descubrió la puerta abierta de par en par, las cosas hubieran cambiado en un instante, repentinamente. Aunque

Rosas

algunos días se levantaba claro y algunos pocos, todavía turbio y grisáceo. Un brusco vaivén que no le permitía encontrar la armonía, que no acababa de satisfacerla en absoluto. Eran esos turbios días los que continuaban provocándole un nerviosismo que hacía que la alegría se tornara tristeza, que la paz se volviera lucha, que el placer se asemejara al terror. Uno de esos días observó sus manos, éstas tenían un color pálido que evidenciaban que ya no eran lo que había sido en otra época. Su cuerpo, alto y delgado, enclenque, denotaba que ya no era lo que había sido hacía tan sólo unos años, pocos años atrás. Incluso su cara, con rincones de nostalgia que se percibían sobre todo alrededor de sus ojos, estaba marcada por la pena, una pena del alma, un alma sabia, un alma adusta debido al sufrimiento, también un alma fuerte, sensible, intuitiva, pero por encima de todo nostálgica.

Desde hacía tan sólo unos días parecía que todo podía cambiar, como si por fin un ángel se hubiera acercado para ofrecerle su ayuda. Se puso su mejor ropa, le apetecía sentirse guapa, que algún hombre bien plantado se volviera para mirársela, hacía mucho que no exteriorizaba esa coquetería que le hacía crecer como mujer. Era bien cierto que ya tenía una edad, pero también era bien cierto que se conservaba suficientemente atractiva como para atraer la mirada de un hombre.

- ¿Y porqué no? - pensó, dándose a si misma una pizca de esperanza.

No pretendía encontrar un hombre para toda la vida, no lo había pretendido nunca, no era esa su meta. Aunque de tanto en tanto le viniera de gusto sentirse adulada por el sexo contrario, notar que después de todo el sufrimiento todavía le quedaba un poco de encanto y saber que si se lo proponía seriamente podía gozar de una noche de placer. A la mañana siguiente volvería a casa cabizbaja, pensando en que todo había acabado, pero su alma estaría contenta al verla a ella contenta, no como ahora, que no se sacaba de encima la expresión agria que velaba su belleza exterior.

Estaba decidida a detener ese estado. Se había levantado con otro pensamiento en la cabeza, algo que por fin le mostró un camino por el que comenzar su nueva etapa, una etapa que pensaba podía cambiar significativamente su vida, porque no. Salió disparada de casa, glamurosa y sensual. Los tacones le daban todavía más seguridad, no era muy alta, en cambio lo parecía cuando se ponía aquellas botas de talón de aguja, la estrecha falda negra y la blusa blanca, a medio abrochar, lo justo para insinuar su pecho, no demasiado prominente, pero todavía firme.

Le daba la sensación de que regresaba a su época de juventud, cuando la tormentosa etapa de su vida aún estaba por llegar. Que poco sospechaba entonces lo que sucedería más adelante, que poco se lo imaginaba, ni que se lo hubieran jurado y perjurado se lo habría creído, era demasiado increíble como para que ocurriera. Ahora que ya había pasado todo, aún, todavía había días que se preguntaba el porque de todo aquel sufrimiento y nunca, nunca obtuvo respuesta alguna. Había llegado a un punto en el que decidió no continuar haciéndose más preguntas y comenzar a buscar respuestas por sí misma, dejándose guiar por su instinto que era lo que no le fallaba casi nunca.

Caminaba calle arriba, por la acera derecha, al tiempo que los comerciantes empezaban a levantar las puertas y a sacar el género. Saludó a la chica del quiosco, iba a pasar de largo, pero se lo pensó mejor y se detuvo a comprar la prensa del día. No se entretuvo a mirar ni tan sólo la portada. Se la leería más tarde, tomándose un café. Pocos pasos más adelante un hombre bien plantado, un poco más joven que ella, se la miró con deseo, al tiempo que de su boca emergía un simpático piropo. Sonrió, el día comenzaba a ir como esperaba, se presentaba interesante. Mientras paseaba calle arriba, volvió a venirle a la memoria aquella época llena de contradicciones, plagada de problemas y de sufrimiento. El estómago se le revolvía, le provocaba vomitera. ¿Cómo lo había podido soportar?, esa era la

Rosas

cuestión. Si aquello no había sido digno de ser soportado por nadie. Cuando no era su padre, era su hermano y cuando no su marido, y vuelta a empezar un día y otro, a todas horas, como si fuera un juguete para ellos. La utilizaban, se llenaban de ella y después la despreciaban. Que gran día aquel que supo que su padre y su hermano habían tenido un accidente de automóvil y que habían fallecido en el acto. Fue como seguir un ritual, le salió de su interior más profundo. Llegó a casa, Juan no estaba. Mejor, - pensó -. Cogió una botella de coñac, no le gustaba nada el alcohol, pero eso que más daba. Se llenó una copa, puso música, las cuatro estaciones de Vivaldi, sonaban maravillosas. Se sumergió en las notas, estrepitosas, vivas, en las agudas y en las graves, en las débiles y en las fuertes, en todas, en todas las notas a un tiempo, a la misma vez que bebía con delirio, dejando que el alcohol entrara y penetrara por todos los rincones de su mente, haciéndola temblar, vibrar y por fin olvidar. Una parte de aquella angustia diaria, se acababa de esfumar para siempre. Solamente le quedaba liberarse del nudo que todavía la mantenía ligada de manos. Porqué los nudos en su corazón hacía años que se habían desprendido. Se dejó llevar por los efectos de la bebida. Se sentía mejor que nunca. Volvió a llenarse la copa, llevaba ya casi media botella y no tenía ninguna intención de parar. Le restaba un último trago, cuando escuchó perfectamente el ruido de la puerta. Juan acababa de llegar, se la encontraría de aquella manera, tanto daba. Se le reiría en la cara, sin esconderse de nada, pues ella si que no tenía nada de lo que esconderse, nada que ocultar.

Casi era incapaz de distinguirlo, todo era borroso, las imágenes saltaban confusas por su cabeza, iban y venían, sin control. Notó como Juan se acercaba, más y más, como estaba a punto de tirarse encima suyo. No se lo permitiría, otra vez no. Estaba a punto de atraparla, cuando una fuerza descomunal, algo difícil de imaginar la hizo resurgir, la obligó a reaccionar. Fue como si por arte de magia el alcohol se hubiera volatilizado de sus venas. Un esfuerzo mental fuera de control, provocó que Juan se detuviera antes de alcanzar su objetivo, incluso le pareció verle en la cara un gesto de terror. Reculó, incrédulo, aquello no se lo

esperaba, ¿qué había ocurrido? aquella mujer no era la suya, aquella era otra mujer, diferente, con capacidad, con una fuerza descomunal. Ahora era mucho más fuerte que él, increíblemente más fuerte. Si ella no se dejaba, no le interesaba continuar jugando, se podía ir a la mierda. Hizo un segundo intento, pero la mirada de ella era feroz, era como si hubiera construido un telón impenetrable a su alrededor, un telón de acero que no se podía violar de ninguna manera. ¿Cómo había hecho ese cambio en tan poco tiempo? ¿Cómo lo había conseguido?, parecía imposible. En un ataque de rabia por su impotencia, empezó a insultarla, la intentó intimidar con amenazas pero la mujer se lo miraba impasible con una ligera sonrisa en la boca, una sonrisa de satisfacción, de placer, de victoria, una sonrisa que le devolvía la belleza perdida. Ahora sabía que había ganado, sabía como lo tenía que hacer para ganar tantas veces como se lo propusiera, sólo tenía que creer en ella misma, en su fortaleza, en su persona, era este el principal pilar de su fuerza. Creer. Nunca más sería utilizada, nunca más se sentiría un perro apestado, jamás.

Juan, recogió sus cosas en absoluto silencio, no tenía ninguna intención de dar explicaciones, estaba desconcertado, no se hubiera podido imaginar nunca este cambio en la idiota de su mujer. Ella lo observaba de lejos, a distancia a la misma distancia que el siempre la había querido mantener, apartada de su corazón y de sus sentimientos. De un sólo sorbo apuró las últimas gotas que restaban en la copa. Se sentía plena, con ganas de vivir, de gritar, de disfrutar de su libertad, también de llorar, pues casi no se lo podía creer. Era libre, libre para pensar, para sentir, para hacer y para creer en lo que quisiera creer, era libre para actuar sin que nada ni nadie le indicase hacía donde debía dirigirse o lo que tenía que hacer en todo momento.

- ¡Liiiiiiibre!!!, - gritó emocionada - que palabra más bonita.

Rosas

Estaba sumida en sus intensas emociones disfrutando de aquella repentina felicidad cuando escuchó la puerta cerrarse de un fuerte golpe, con la brusquedad habitual en aquel desgraciado ser que por fin la abandonaba para siempre.

Ahora todo sería diferente, comenzaba una nueva vida. Continuó enérgica, caminando decidida calle arriba, sabiendo que podía empezar de nuevo, que si se lo proponía podría conseguir aquello que quisiera. Entró en un café a tomar un bocado, los efectos del alcohol habían desaparecido por completo, se sentía famélica, llevaba casi dos días sin ingerir nada sólido. Un camarero muy atractivo, se le acercó para tomarle nota. Lo observó interesada, era más joven que ella, alto, corpulento, de ojos verdes, interesantes, muy interesantes, parecía extranjero, pues su piel y su pelo eran más oscuros, aunque hablaba claro y sin acento. Él también se la miraba interesado, le pareció una mujer preciosa. En un gesto típico masculino, la mirada se le desvió hacia la insinuante abertura de la blusa, percibió la firmeza de aquellos pechos, bien torneados, subió la vista rozándole el cuello, la boca, sensual, con un tono rosado fascinante, la nariz, acabada en punta con carácter, las mejillas, sonrosadas ligeramente por el sol, y por fin los ojos, unos ojos increíbles, los ojos más bonitos que había visto en su vida, unos ojos negros, perfilados, con una fuerza desmedida, que te penetraban tan profundamente que parecía que abrías las puertas del cielo para dejarte acariciar sin miramientos, con total confianza, pues eran aquellos unos ojos valientes, inteligentes, sabios, eran los ojos de la belleza infinita, de la bondad, de la luz, de la fe y de la paz. Si te sumergías en ellos podías sentir todos los placeres del universo, uno a uno o todos a la vez, todo era posible mirando aquellos ojos. Nada ni nadie, nunca podrían velar su mirada, porque era una mirada que podía penetrar en la tuya, porque era la mirada del saber, era la mirada de la verdad. La verdad tan ansiada, tan buscada, ella la había conseguido, había descubierto su verdad, quien era y lo que valía. Ahora podía respirar tranquila, aunque la

nostalgia la continuaba atrapando, pues la búsqueda había llegado a su final y ella era una mujer inquieta. Bien valía el esfuerzo realizado.

Pidió al camarero un buen bocadillo, un café y una copa de coñac. No entendía el porqué de repente el coñac le empezaba a gustar, le hacía sentirse tranquila. Abrió el periódico, tenía todo el tiempo del mundo para leérselo, no había prisa. Lo ojeó despacio, recreándose principalmente en los titulares, éstos, para variar, decían lo de siempre, nada había cambiado salvo ella. Comió y consumió su bebida durante largos minutos. Entre bocado y bocado, descubrió al camarero en diversas ocasiones observarla con detenimiento, incluso podría decir que con curiosidad, aquello la satisfizo, se dejó querer...

Al volver la página central, le llamó la atención una pequeña fotografía en la esquina superior izquierda. Era una flor, en concreto una Rosa, preciosa, de color indefinido, la Rosa más maravillosa que jamás hubiera visto.

Sorprendentemente había una nota al pie:

ESTA ROSA ES PARA TI, TE LA HAS GANADO.

Llevantó la mirada, buscando, no sabía el qué. Parecía que el mensaje era para ella, pero quién se lo había dedicado. Tropezó con los negros ojos de aquel camarero tan especial. Se sonrieron y al mismo tiempo él le hizo un significativo guiño.

Rosas

ROSA n°10

El hecho de ser habitados por una nostalgia incomprensible sería, al fin y al cabo, el indicio de que hay un más allá.

Enrique Ionesco

NOSTALGIA

Cada vez que lo pensaba era más evidente, estaba tranquilo pues no iba desencaminado cuando imaginó que todo aquello sucedería un día u otro. Estaba claro, no se podía desafiar así al destino, el destino era irrefutable, era la única parte de nosotros mismos que no podíamos controlar, porque el destino no se puede modificar. Decidió levantarse tan pronto como la luz penetró por los pequeños orificios de la persiana a medio bajar. Hacía rato que daba vueltas en la cama, como en las últimas noches, desde que Rosa se había ido para no volver. Había sido clara:

- No estoy enamorada de ti, - le dijo mientras llevaba en una mano la maleta y en la otra el libro al que se aferraba como si fuera un tesoro.

Se empezó a vestir lentamente, escogiendo con precisión la ropa que se pondría, era pulcro hasta en eso, una manía como otra que le venía desde pequeño. A veces se remontaba a la época de la infancia, pues de allí le asaltaban los mejores recuerdos, fue realmente feliz. Cuando empezó el Instituto todo fue progresivamente a peor, quizás sería exagerar, algún que otro problemilla, sobre todo sentimental. Se inició en el sexo un poco más tarde que sus amigos, era su timidez la que se lo impedía, al igual que colaborar en las gamberradas a las

que estaban acostumbrados sus compañeros de clase. Él no se sentía bien con aquel comportamiento, estaba claro que era otro tipo de persona que nada tenía que ver con aquella cuadrilla de energúmenos. Esos eran tiempos pasados, historias que ahora sólo perduraban en su mente como retazos de su vida de juventud. El desengaño más fuerte, sin duda lo sufrió con Rosa. Él lo había dado todo, se había sacrificado por aquel amor que le pareció que podía ser para toda la vida, un amor sincero, al menos por su parte, un amor desinteresado, sin ligaduras que no fueran más allá de la fidelidad, de la auténtica pureza.

Recordó como la había conocido. Ella estaba sentada en un banco, en el parque, cerca de la estación del tren, en la parte más céntrica del pueblo. Leía un libro, estaba totalmente sumergida en la lectura, pues ni tan sólo se dió cuenta de que él se había sentado a su lado. Tenía el día libre, era domingo y ningún plan familiar, ni con los amigos, por delante. Le apetecía dar una vuelta. Paseando se fijó en ella y sin saber porque decidió conversar. Fue quizás su templanza, sus cabellos, su aspecto delicado o quizás lo fue todo a un mismo tiempo, todo en aquella mujer le atrajo irresistiblemente. Realmente parecía un ángel. El sol penetraba de pleno en sus dorados cabellos, la iluminaba de tal manera que el reflejo era cegador. La observó detenidamente mientras ella era transportada por la narración de aquel libro. Sintió intriga por saber de que trataba aquella lectura que parecía tan interesante. De vez en cuando la observaba tímidamente de reojo, le parecía una impertinencia interrumpirla, fue por ese motivo por el que pensó que mejor esperaría a que ella diera la lectura por finalizada. Transcurrió una rápida hora, ni tan siquiera había pestañeado, parecía que no tenía ninguna prisa por acabar. Se dió cuenta de que le quedaban todavía muchas paginas. No tenía prisa, esperaría.

Transcurrió otra hora. Por un momento creyó que estaba decidida a acabar el libro durante aquella mañana primaveral. La verdad era que se estaba muy bien en aquel lugar que la chica había elegido para pasar la cálida y tranquila mañana. Hasta ese momento, no se

Rosas

había percatado de que próximos a ellos había gente paseando, algunos niños jugando tranquilamente, sin molestar a nadie. Otros, que como ellos, se habían acomodado en un banco leyendo el periódico o bien hablando. Todo era perfecto, agradable, pacífico. Si el tiempo se hubiera detenido en aquel preciso instante, la postal hubiera sido una de las más maravillosas que se podían obtener sobre las imágenes de la vida. Era muy cierto que no tenía ninguna prisa, pero tampoco tenía intención de quedarse allí todo el día. Decidió entonces, esperar unos minutos más, si para entonces la chica seguía sin dar señales de concluir, iniciaría una conversación. Dejó volar su mente, pensativo, sumergido en agradables recuerdos al tiempo que disfrutaba observando a los niños que jugaban delante de él. De repente una inoportuna motocicleta, haciendo un ruido estrepitoso, se paró detrás de ellos. Los gases desprendidos por el tubo de escape y la rabia de aquel motor, rompieron el encanto de la postal.

Se volvió, curioso. Un joven, alto y delgado, vestido con tejanos, camiseta y botas, se estaba sacando el casco de protección, para poder llamar a una tal Rosa. Quedó sorprendido, le pareció que el motorista se refería a la chica del libro, a su chica. Viendo que ella le ignoraba, se entrometió, haciéndole ver que alguien detrás de ella la estaba llamando. Sin muchas ganas de parar la lectura y bastante molesta por aquella interrupción, se giró para ver quien la llamaba. Jesús, no pudo reprimir su curiosidad, permaneció atento a los acontecimientos como un auténtico entrometido, observando con detenimiento el desarrollo de la escena. La pareja se saludó, ella cerró el libro y se levantó del banco para acercarse al motorista. Evidentemente, debido al ruido del motor y la distancia no pudo escuchar lo que hablaron. Se hubiera querido marchar en ese mismo momento, la chica presumiblemente tenía pareja, en cambio, sentía una fuerte atracción por ella, cada minuto que pasaba le intrigaba más aquella mujer. Estaba decidido a mantener una charla en cuanto se presentara la ocasión, si se marchaba, no tendría oportunidad alguna. Decidió esperar, ya no importaban unos

minutos o unas horas más o menos, Rosa era su prioridad. No tenía ni idea de qué le hablaría..., puede que del libro. Pero no podía hablarle de un libro del que no conocía siquiera su título, ni tampoco el autor. Tanto daba, eso era insignificante, de alguna forma se las arreglaría.

Pasados unos diez minutos aproximadamente, el joven motorista y la chica se despidieron, no con demasiada efusividad, algo que le extrañó. Mientras él dirigía su motocicleta calle arriba, ella se encaminó calle abajo, decidida, dando largas zancadas. A Jesús le sorprendió aquella repentina prisa. Sino se espavilaba, no la atraparía, y toda la mañana quedaría perdida en nada. Aceleró el paso, hasta llegar justo a su espalda, sin más, se expresó tal y como le salió del alma:

- Rosa!!!, - gritó.

Ella se giró, con una sensualidad especial, quizás algo feroz. Cuando vió que era él no se sorprendió lo más mínimo.

- Hola, te estaba esperando... – sentenció, con una ligera sonrisa dejando entrever sus blanquecinos dientes, perfectamente alineados.

Jesús, se quedó boquiabierto ante aquella aseveración.

- ¿A mí me esperabas? - preguntó confuso.

- Sí, a ti. Tú eras quien estaba sentado a mi lado toda la mañana...

- Sí, pero... creí que... – balbuceó como un tonto, sin saber que decir ni que hacer. Resultaba que se había fijado en él y ahora lo había reconocido. Increíble.

- ¿Qué quieres? – le preguntó melosa.

- No, nada, sólo charlar un rato contigo, me pareces muy interesante, - se mostró honesto.

- ¿Hablar sobre qué...? – se hizo la interesante.

Rosas

- Sobre tu libro, por ejemplo, - atinó a decir, arrepintiéndose al mismo tiempo.
 - No hay nada de que hablar. Tu no lo conoces, por tanto no puedes darme ninguna opinión, - continuó mostrándose fría y algo distante.
 - ¿Cómo estas tan segura...? – se aventuró a decir sin saber el porque de aquella pregunta.
 - Porque lo sé muy bien. Nadie conoce este libro, solamente lo conozco yo, por eso nunca me podrías hablar de él.
- Rosa le estaba defraudando, no era la chica dulce que se esperaba, más bien todo lo contrario.
- Bueno, veo que no te apetece hablar. Lo siento... me he equivocado, quizás otro día. – Se detuvo con la intención de dar por finalizada la conversación.
 - No! – exclamó -, espera, no te marches. Lo siento, te habré parecido una estúpida, - parecía sincera -. ¿Te apetece tomar un café... y comenzamos de nuevo? – sonrió con disimulado salvajismo.
 - Si, por supuesto.

Pidieron un aperitivo en lugar de un café, algo más adecuado por la hora del día a la que habían llegado. Iniciaron una agradable conversación tocando diversos temas, hablaron de libros, de otros libros, por supuesto, de música, de cine, de gastronomía,... Sin darse cuenta se les hizo la hora de comer, decidiendo hacerlo juntos. La dinámica de la conversación era tan fluida y apasionante que los dos se sentían agradablemente a gusto el uno con el otro.

Aquel fue el comienzo de un gran amor, un enamoramiento de los de verdad, de aquellos que te pasan únicamente una vez en la vida o bien no te pasan nunca.

Era mucha la pereza que le daba vestirse y salir, pero no le quedaba más remedio. Su vida había dado un vuelco tan brusco que le costaría tiempo adaptarse. Cada día la recordaba, recordaba sus manías absurdas, pero también su encanto, tan especial que lo hacía volar tan sólo con mirarla. Ya no la tenía delante, era consciente de que nunca la volvería a tener, de que nunca volvería a volar. A veces se culpaba a sí mismo, pensaba que quizás no había sabido tratarla como debía y que ella harta de que él no reaccionara, se había cansado. Cuando se la imaginaba, la podía recordar con aquel extraño libro en la mano, aferrada a él como el primer día. No supo nunca que leía. Algo que jamás se acababa, pues parecía que tuviera miles de páginas, que no existiera un final.

Él había intercedido en su destino, la había apartado de su camino, sin intención de provocarle aquel dolor, sin ninguna intención que no fuera otra que la de disfrutar con ella, de aquel sentimiento que le atrapaba con violencia y que no le dejaba respirar. No fue intencionado. El arrepentimiento era importante. Tardó días en saber que ella no le pertenecía, que ella era libre. Él había conseguido volar y puede que ya hubiera volado suficiente, ahora eran tiempos para aterrizar. Sentía aquella nostalgia que se siente por algo que ya no se volverá a sentir, que sabes que únicamente permanecerá suspendido en el recuerdo como algo pretérito. Se sentía liberado al pensar que al menos había tenido más suerte que muchos otros en el mundo, pues él, al menos había podido conocer lo que era el amor.

Bajó a la calle, triste pero a la vez decidido. No tenía prisa. Caminaba cabizbajo, ofuscado en sus pensamientos. Repentinamente, una fuerte luz le hizo levantar la vista del suelo. La luz potente del sol se reflejaba en el cristal de un gran escaparate. Una imagen se reflejaba a su vez. No se lo podía creer, ella estaba detrás de él, la podía distinguir perfectamente a través del vidrio que hacía de espejo. No se atrevió a darse la vuelta por miedo a perder la visión. Le brindó una amplia sonrisa. Rosa estaba tan guapa como siempre, o quizás más, llevaba un bonito vestido primaveral, de fondo blanco y estampado con flores

Rosas

de muchos colores. Le costó distinguir aquello que Rosa asía en su mano con delicadeza. Finalmente, se dió cuenta, era una preciosa Rosa, de color azul como el cielo, una Rosa fresca, tan bonita como ella.

Decidió darse la vuelta con la única intención de mirarla por última vez, pero sorprendentemente, Rosa ya no estaba. Qué decepción. Pensó que pudo haber sido un efecto de su imaginación. Prosiguió, cabizbajo pero también contento por lo sucedido, aunque formase parte única de su imaginación. Un ruido estrepitoso le hizo sobresaltarse, una veloz motocicleta atrevesó la calle. Alguién iba tras el motorista. Era ella, ella era quien iba sentada detrás, con su libro bajo el brazo sujeto con fuerza para no perderlo. Para su sorpresa en la otra mano mantenía aferrada una Rosa azul. Al llegar a la altura de Jesús, la lanzó, haciéndola girar en el aire sutilmente, mientras sus pétalos caían sobre él como si fueran plumas.

- Gracias, Rosa. Nunca te olvidaré.

Continuó su camino con una mueca de nostalgia, aunque esta vez más sereno que nunca, sabiendo que ella por fin era feliz.

ROSA nº11

Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias.

Miguel de Cervantes Saavedra

TRISTEZA

Cada vez estaba más entusiasmado. El saber que avanzaba, aunque fuera lentamente, le hizo levantar el ánimo. Ya le tocaba, ya era hora de respirar tranquilo. El ahogo sufrido tenía pinta de haberse disipado definitivamente. Había sido una meta costosa, algo difícil de conseguir, pero había quedado demostrado que no era imposible. Las cosas se podían ver con otra perspectiva a la que estaba acostumbrado. Cada día que pasaba lo tenía más y más claro. Su intención era contagiar su positividad a todo el mundo, a todo aquel que estuviera dispuesto a transformarse tal y como él lo había hecho. Una transformación derivada del espíritu de superación que poseía. Ahora sabía que los ánimos no deben decaer con la facilidad que lo hacían antes, porque ahora tenía lo más magnífico que un ser humano pudiera tener. Era poseedor del conocimiento necesario para valorar la vida, tenía la creencia y el amor suficientes para enfrentarse a las dificultades, conocía la piedad, había hallado la paz interior, conocía los valores más elementales de la vida, unos valores que eran los más difíciles de encontrar, pues las dificultades del camino, las bifurcaciones, las piedras, los baches, los profundos surcos, con los que nos sorprende la vida, pueden hacer flaquear estos valores, pueden, en consecuencia, provocar un súbito rechazo a la vida y a sus maravillas. Pero si se dispone de la paciencia suficiente, siempre llega el momento en el que una puerta se

Rosas

nos abre a nuestro frente para ser traspasada. Alguien nos da unas precisas indicaciones, alguna herramienta se nos ofrece que si la sabemos utilizar puede ayudarnos en nuestro resurgir. Como le ocurrió a Jordi.

Él lo había sufrido en su propia piel, sabía de que hablaba, de que se trataba, pues había sido el suyo un camino lleno de curvas, donde la altura de los precipicios le hizo desfallecer en algunos momentos. Entonces, como siempre pasa, llega ella, tan fresca y espléndida, con esa firmeza propia de su naturaleza, una naturaleza sabia, que la conduce allí donde la necesitan. Se mostró tranquila, su serenidad en ocasiones, hacía poner nervioso a sus destinatarios, pero ella sabía muy bien lo que se hacía. La primera vez que se encontraron, cara a cara, Jordi no reparó en ella, en Rosa. Pasó por delante suyo, poniéndose a sus espaldas y él, ofuscado, ni siquiera la distinguió. No se percató de que estaba allí, allí mismo, cerca, justo a su lado, mirándole, con sus ojos penetrantes, transparentes, con aquellos ojos que lo dan todo. La ceguera de Jordi era importante, la venda que le cubría los ojos se oscurecía cada día que pasaba, hasta no dejarle ver más que sus propias fantasías.

Continuaba remando, desahogándose, obcecado en sus pensamientos, buscando en su interior una salida rápida. No podía hacer frente a aquel sufrimiento, era demasiado para su alma. No podía continuar de aquella forma, no era capaz de vivir sin su familia, el maldito accidente se había llevado para siempre a Begoña y Amapola, todo lo que tenía. ¿Cómo un hombre, trabajador, cariñoso, con toda una vida por delante, se había quedado de repente sin nada...? No podía parar de darle vueltas, una y otra vez a ese desgraciado desenlace, a la agonía que lo consumía cada día un poco más, arrastrándole a límites insospechados. El mar estaba tranquilo. Las suaves olas, el color azul que se confundía con el azul del cielo, un cielo despejado, sin ninguna nube, donde el sol brillaba, intenso, clavándole su luz en pleno rostro.

Un rostro apagado, de mirada perdida, triste, añorando momentos pasados, sin fe, sin esperanza...

La barca flotaba, avanzando lentamente, aunque Jordi remaba con fuerza, la fuerza volcada no era suficiente para conseguir mover el peso de la tristeza. Sintió por un momento ganas de abandonar, de darse por vencido. Pensó que aquella era la mejor salida. Le gustaba navegar, le gustaba el mar, le fascinaba la luz del día, se encontraba en el paraíso, en su paraíso. Era el momento de dejarse llevar, de volver al lugar del que había venido y así olvidarse para siempre de todo. Miró a su alrededor, estaba rodeado de agua por todas partes, era un diminuto trozo de materia perdido en medio del espectacular océano. Se sentía insignificante delante del universo. No sintió ningún tipo de miedo, no tenía ningún otro sentimiento, sólo no sentir, solamente indiferencia. Recogió los remos, con lentitud, decidido. Afortunadamente estaba solo, nada ni nadie le podrían hacer desistir. Con los remos en las manos, se puso en pie sobre la barca y en un acto de valentía los lanzó al agua. Las lágrimas le humedecieron las mejillas, enrojecidas por el sol. Ya no había vuelta atrás, ya no disponía del único medio que lo podría llevar hasta tierra firme. Ahora estaba en manos del destino. Se desnudó, sacándose toda la ropa que llevaba y la lanzó al mar, observando como la marea la alejaba. Pensó que cuando su madre lo trajo a este mundo, lo hizo desnudo. Ahora volvería de idéntica forma, desnudo de corazón y alma. Se colocó lo más cómodo posible, estirado en el centro de su barca, dejando que los rayos quemaran su piel. La piel de un hombre acabado, la piel de un hombre sin salvación, de un ser que había renunciado a lo más preciado que uno posee, que había renunciado a su propia vida. Algo que no le pertenecía y sobre lo que no tenía potestad para deshacerse. Él no era quien para poder decidir. La vida le fue atorgada para ser abandonada en su momento, nunca antes, siempre en el momento que corresponde. Y aquel no era su momento. Él no podía elegir su momento.

Rosas

Estaba extrañamente tranquilo, respiraba de forma acompasada, intentando dormirse, pensando que así la muerte se lo llevaría sin que se diera cuenta. Mientras lo hacía, por más que quisiera evitar el dolor que le causaba el recuerdo, no cesaban de llegarle a la mente imágenes de su mujer y de su hija. Perdió totalmente la noción del tiempo. Habían transcurrido ya muchas horas desde que permaneciera desnudo expuesto a los designios del destino. Casi sin darse cuenta, empezó a percibir en su piel el frescor de la noche. Se negó a abrir los ojos, pensó que era preferible mantenerlos cerrados, no le interesaba nada de lo que pudieran ver, sólo quería verlas a ellas. Recordó que si llegaba a un estado de conciencia alejada de la realidad podría ser capaz de no notar el frío. Dejar de tener sentimientos no le hacía falta, pues eso ya lo había conseguido. Pero aquel frío lo empezó a poner nervioso. Pasaban las horas y continuaba temblando, no conseguía concentrarse para dejar de sentir, por más que lo intentaba. Hacía muchas horas que no ingería alimento y su estomago se empezaba a quejar. Conforme pasaba el tiempo allí estirado, el dolor se hacía más insoportable, la sequedad de boca por la falta de ingesta de agua, también lo empezó a incomodar. De repente, sintió un ligero calor, era muy ligero, suave, casi imperceptible, un calor agradable, que en aquellos instantes de desesperación le reconfortó. Le hizo darse cuenta que la muerte no lo había atrapado todavía, pero si continuaba atrapado en aquella profunda tristeza que le envolvía al completo. Todavía estaba vivo, pese al mal trago que había pasado. Se quedó desconcertado consigo mismo, pues tuvo un sentimiento, ciertamente aquello había sido un sentimiento. Era un sentimiento de gratitud. Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que agradecía, si él no tenía nada que agradecer...? Se resistía a abrir los ojos. Había tomado una decisión y no pensaba detenerse, ahora no. Ni que quisiera volver atrás no podía, ya no disponía de los remos, ni de ropa para vestirse, estaba perdido en el océano, solo, sin nadie que pudiera oírlo y a no se sabe cuantos metros de la primera orilla. Cogió fuerzas y se

mantuvo firme. Continuaría con su decisión. Olvidó la gratitud que le había embargado por unos segundos.

El sol había vuelto para hacer su labor diaria. Notó de nuevo su agradable calidez. Las tripas insistían, pero Jordi las ignoraba, no les hacía caso, aunque, si hubiera querido, con sumergirse en el océano y bajar unos metros, hubiera podido apagar el hambre con los frutos que el mar le tuviera reservados, lo que le supondría sobrevivir y darle fuerzas para continuar navegando. Era una decisión sencilla, continuar viviendo o dejarse llevar. Entre tantos pensamientos confusos se quedó dormido, sumido en un profundo y presagiente sueño. Se despertó sobresaltado, sudoroso e indefenso, había tenido un sueño terrible, un sueño que le había hecho temblar de terror. Había soñado que una gran ola con toda su bravura, chocaba violentamente contra su barca y lo lanzaba al agua mientras dormía, sin que pudiera despertarse para sujetarse e intentar salvar su vida, su cuerpo, inerte era engullido por el abismo, mientras podía ver claramente como un gran tiburón blanco, con una boca grande y temible se dirigía directamente hacía él para devorarlo entre sus fauces. Fue así como reaccionó. Fue así como su instinto de supervivencia le obligó a levantarse, a abrir los ojos y a reflexionar seriamente sobre su futuro. Fue en ese momento de reflexión, cuando repentinamente sus sentimientos afloraban uno a uno a su corazón, imparables. Fue cuando abrió los ojos para mirar al cielo y gozar de su luz, cuando por fin se decidió a lanzarse al agua a recoger los frutos del mar, no temió al tiburón, pues algo le decía que mucho le quedaba aún por vivir. Se puso a comer aquellos alimentos con auténtico deleite, llenándose de ellos para dejar atrás el hambre y que ya no le atormentara más. Fue cuando después de sentirse bien lleno de corazón y espíritu, se lanzó al agua, pero esta vez con una fuerza y una fe fuera de lo normal, con una fe inimaginable, que le permitía nadar, utilizando su cuerpo, sus pies y sus brazos, para llegar a tierra firme, para tocar con los pies en la tierra. Se sintió

Rosas

una persona nueva. Estaba desnudo, libre, caminaba seguro de sí mismo, feliz, lleno de amor para dar y regalar. La tristeza se había desvanecido, sólo le embargaba la alegría, la incertidumbre de un nuevo horizonte. Había sobrevivido a su propia locura. Había conocido la desesperación más absoluta, el sufrimiento más profundo, se había topado con la roca más pesada con la que uno se puede topar en su camino y la había apartado del medio y además, para siempre. También había reconocido su equivocación, su error al creer que estaba solo, que nadie en la tierra lo podía escuchar ni ayudar. Rosa había estado en todo momento con él, acariciándole y obligándole a sentir, transportándolo a ese sueño tenebroso que lo haría reaccionar. Meciéndole al tiempo que conduciéndole a los extremos de su resistencia. Haciendo ni más ni menos que su trabajo, lo que debía hacer.

Rosa lo observó de lejos, caminando por la arena. Al momento, no le sorprendió ver como Jordi se ponía a correr, gritando, riendo y llorando. Parecía increíble cuanta fuerza había recuperado en pocas horas. Cuando quedó agotado, se detuvo en seco. Levantó la mirada y los brazos al cielo y pidió perdón. Después del perdón, vinieron los agradecimientos. Cuando creyó que ya había concluido y que se marcharía, Rosa, que todavía esperaba paciente, se llevó una agradable sorpresa. De repente Jordi, se volvió para dirigirse a ella:

- Eres la Rosa más preciosa que nunca he conocido. – Y continuó su camino, tranquilo.

ROSA nº12

La dicha de la vida consiste en tener siempre algo que hacer, alguien a quien amar y alguna cosa que esperar.

Thomas Chalmers

DICHA

Cada vez lo mismo, siempre igual. Hacía tiempo que esperaba, se estaba haciendo tarde, esperaría un poco más y si no se presentaba, tal como habían quedado se marcharía. No era la primera vez que la dejaba plantada, lo hacía habitualmente, siempre que se ponía de mal humor. Estaba de su humor hasta las narices. Si con un poco de suerte se lo encontraba agradable, dicharachero, no había problema, todo iba como la seda. En cambio, como estuviera girado..., ya podía mantenerse alejada, contra más alejada mejor. Que mal carácter. ¿Qué le ocurría a aquel hombre para tener un humor tan variable? Alguna vez había intentado razonar con él, aconsejándole ir a consultar a un especialista. Le llamaba especialista por que no osaba nombrar al psiquiatra. Una tontería, pues hoy en día quien más y quien menos, deberíamos ir a ver a uno, al menos una vez en la vida. Pero Óscar no, no quería de ninguna de las maneras. La trataba de tonta cuando se lo insinuaba y encima se hacía el ofendido. Ofensa que le duraba el resto del día y a veces hasta el día siguiente. Lo cierto era que la tenía muy harta. No era capaz de comprenderle. Se veía atada a una persona inestable, incoherente y por encima de todo, egoísta. Si no tuviera aquel carácter desordenado, haría lo posible para estar bien, para llevar una convivencia tranquila, aquello era imaginar lo imaginable. Nunca

Rosas

se preocupaba por nada de lo que pudiera pasarle, sentir o ocurrir. Ni siquiera se dignaba a preguntar lo más obvio, tanto le daba su estado de ánimo, sus penas o sus alegrías, si se encontraba bien o mal. Estaba convencida de que no representaba ninguna preocupación, era un simple objeto más en la casa. Ella, pese al continuo desprecio se mostraba entera, fuerte y orgullosa. Quizás eso era lo que ha oscar le hacía pensar que Rosa podía cuidarse sola, que no necesitaba nada ni a nadie. No se le ocurría pensar que ella también necesitaba ser amada, sentir el cariño, saber que alguien se preocupaba por su persona cada día, saber que compartía su hogar con un ser que sufría si ella lo hacía y que compartía sus sueños y alegrías. No entendía que después de tanto tiempo, no se diera cuenta de nada. Éste cúmulo de negativos pensamientos la atormentaban día tras día, sin encontrar solución alguna a su futuro inmediato.

Pero aquel día se había levantado diferente, con un empuje y decisión que debería aprovechar, pues muy probablemente no se repitiera en mucho tiempo y a aquellas alturas, no estaba dispuesta a ceder más tiempo. El tiempo transcurrido había sido más que suficiente. Estaba decidida a poner freno de una vez por todas, a dejar las cosas claras y a marcharse si Óscar no se decidía a cambiar. De todos modos, le conocía tan bien, que sabía de antemano que no sacaría nada en claro de la conversación, tanto era así que preveyendo el desenlace, portaba con ella sus maletas. El día anterior había, además, alquilado una habitación a Hortensia, una buena amiga que la había ayudado y aconsejado siempre que lo había necesitado. Hacía ya mucho que su amiga le había intentado hacer ver la realidad de la situación. Llevaba demasiado tiempo en un camino sin salida a ninguna parte, Hortensia le había enseñado que si se lo proponía con verdadera fe, encontraría la salida correcta, allí por donde realmente tenía que caminar. Seguro que si lo hacía, tarde o temprano encontraría alguien que la pudiera satisfacer, que la mimara y valorara como se merecía.

Estaba a punto de marcharse, cuando alguien gritó su nombre, a su espalda. Se sorprendió por ello gratamente. No había visto nunca a aquel hombre y en cambio él la había llamado por su nombre.

- No te vayas... Espera, por favor, - le rogó, encarecidamente.

- Perdona, pero no nos conocemos...

- Si, tienes razón. Soy Narciso, - se presentó, al tiempo que hacía una leve inclinación frontal.

- ¿Cómo es que me conoces? No te había visto nunca antes.

- Bueno, quizás no me recuerdas. Esa es una larga historia... ¿Te apetece un café y hablamos?

- se ofreció adulator.

Rosa no tenía claro que hacer. Por un lado, le parecía interesante Narciso, pero por otro..., le quedaba una conversación pendiente con Óscar, que seguía sin acudir a la cita.

Narciso, se la miró a los ojos, insistiendo con su franca y limpia mirada.

- De acuerdo, vamos, pero solamente un rato... – dijo al fin, no sin ocultar sus dudas.

- No te preocupes más por él, sabes que no vendrá. Te ha vuelto a dejar plantada. Es un cara dura, - sentenció, esperando la reacción que aquella aseveración causaría en la chica.

Rosa quedó alucinada. ¿Cómo aquel desconocido sabía todo aquello? Ahora, más que nunca, le quedaba claro que debían tomar ese café juntos. Le pediría explicaciones y después se marcharía para encontrarse con Óscar y dejar clara la relación.

- Veo que tenemos mucho de que hablar...

Le devolvió una encantadora sonrisa que causó una ligera perturbación en Rosa. Rosa era una mujer realmente atractiva, sus manos estaban dirigidas por unos largos y delgados dedos de aquellos que llaman de pianista. Caminaba, con un contoneo casi imperceptible, con unas largas y esbeltas piernas, bien torneadas, avanzando a pasos suaves y ligeros, provocando un encantador movimiento de caderas que incitaba a que más de un viandante se volviera para mirársela con deseo. Ella lo sabía, era consciente y se notaba que disfrutaba

Rosas

provocando. Lucía una larga cabellera oscura, casi negra, con unos ligeros rizos que la hacían parecer algo más juvenil de lo que en realidad era. De su cara destacaban un salpicado de pecas y unos ojos grandes y negros que fascinaban a cualquiera que coincidía con ellos.

Llegaron a la cafetería más cercana, se sentaron en una mesa apartados del resto, donde disfrutarían de un poco más de intimidad. Aquello sorprendió a Rosa, pues iba con un total desconocido y sin ninguna intención de ir más allá que charlar un rato. No se le había pasado por la cabeza nada más, ni mucho menos. Primero tenía que acabar lo que tenía pendiente y puede que más adelante, se planteara retomar una relación. En aquellos momentos, una nueva relación sería imposible de empezar. Desconfiaba de todos los hombres, al fin y al cabo, la gran mayoría eran iguales. Encontrar a su alma gemela debía ser una hazaña inalcanzable, maravillosa, pero inalcanzable, una utopía.

Un camarero con rasgos hindúes, guapísimo, se acercó para atenderles. Pidieron los cafés y tan pronto como se quedaron solos, Rosa lo acribilló a preguntas.

Narciso, al contrario que ella, era un hombre tranquilo, pausado y sobre todo muy discreto. Le pareció que la chica iba demasiado acelerada y la quiso tranquilizar, no tenía ninguna intención de preocuparla y tampoco tenía nada que esconderle. Si él, ciertamente la conocía, era por que tenía claros motivos para hacerlo y ella muy poca memoria para recordarlo.

- Me gustaría que te lo tomaras con más calma. Te veo agitada y puedo garantizarte que no debes temer nada. Tampoco pretendo ocultarte nada. Te veo demasiado ansiosa y eso no es bueno. No estoy aquí por casualidad, estoy aquí para ayudarte. – Se le veía sincero.

- Pero no entiendo, ¿cómo sabes mi nombre? ¿qué sabes de mí...? – hablaba en voz baja, con la intención de que nadie alrededor se percatara de aquella extraña conversación que mantenían dos desconocidos.

- Hace tiempo que sé de ti. Hace tiempo que te observo. Reconozco una persona valiosa con sólo mirarle a los ojos, y tú eres una de estas personas. Me haces padecer con tu nerviosismo,

un día y otro. Hoy por fin me decidí a hablar, pues ya no podía esperar más, – se hizo un largo silencio que provocó que Rosa se pusiera aún más tensa.

- Me gustas, - lo dijo claro, con toda la serenidad que emanaba de su ser.

Mantuvo la mirada fija en la profunda mirada de ella, sin pestañear ni una décima de segundo. Quería que ella sintiera la sinceridad y la calidez de sus palabras. Que no le quedaran dudas. La duda impediría todo contacto, rompería todo el encanto y nublaría la realidad del encuentro.

Notó como ella temblaba tímidamente, como su alma luchaba por entenderlo, por saber lo que le estaba pasando. Por qué Narciso le provocaba que su vello se erizara de arriba a bajo, era una vibración que recorría su cuerpo, una sensación de bienestar difícil de explicar. Reaccionó de pronto sonrojándose. Su piel ligeramente tostada por el sol, lo disimuló, pero Narciso se dio cuenta. Sin pensárselo, le acarició el rostro con una ternura inusitada, una forma de contacto que nunca hasta entonces había percibido su frágil piel. En un impulso, le sujetó la mano, lo que le permitió apreciar la suavidad, la fuerza y el vigor que conservaban. Eran las manos de un hombre cálido, que estimulaba todos los sentidos, que la portaba a las nubes y la descendía con toda la suavidad y delicadeza que uno pudiera imaginar. Para dejarla reposar con los pies en el suelo, abriéndole los ojos a una nueva vida, al amor, al estallido de los sentidos.

Se quedó boquiabierta durante largo rato. Ninguno de los dos se atrevió a retirar la mirada. Era tanta la fuerza de atracción que les fue totalmente imposible. Continuaban entrelazados de manos y alma. Rosa sentía en su interior como si conociera a aquel hombre de toda la vida, de repente ya no le parecía un extraño, todo lo contrario. Aquellos ojos, aquella mirada, aquel tacto, hasta su voz le era familiar. Le parecía un recuerdo lejano, puede que de la infancia, pero por más que lo intentaba, no lo recordaba. Era una situación muy extraña la que estaba viviendo, pero tan intensa que no quería dejarla escapar.

Rosas

Pasados unos largos minutos, reaccionó, aterrizando sobre tierra firme. Fue en ese momento, cuando los sentidos fueron conscientes de lo que estaba ocurriendo, cuando se sintió incomoda. Fue entonces, cuando se percató de lo que le estaba pasando. Por un instante, tuvo el fugaz instinto de levantarse para salir huyendo, sin más, pero cuando quiso intentarlo, fue tanta su timidez que sus piernas no la siguieron. Fue como si las tuviera metidas en un bidón de hormigón fraguando. Narciso, intuyendo lo que sucedía por la mente de Rosa, decidió rodearla con sus brazos, ofreciéndole su cojín, hecho de suave algodón, para que reclinara su cabeza y tuviera tiempo de pensar.

Rosa se tranquilizó, volvió a sentirse plena de nuevo. Era aquel, un ir y venir sin saber donde ni porqué. Era un mecerse inagotable, que no la dejaba parar. Ahora con Narciso apretándola en un cálido abrazo, el empuje del balanceo cada vez era más débil, como si estuviera perdiendo fuerza. Como si por fin encontrase la ansiada armonía.

La liberó de sus brazos en cuanto percibió el paulatino ritmo de su corazón. Le hizo ver, dando un toque de vanalidad a la situación, que todavía no habían probado el café, que éste estaría frío. Rosa, rió, viendo lo insignificante que aquello era comparado con la afloración de sus sentimientos más profundos. Él sonrió, complacido, siempre había tenido fe en aquella mujer y por supuesto, no se había equivocado. Tenía muy claro que Rosa nunca le volvería a dar la espalda, que a partir de ahora siempre le miraría a los ojos y le hablaría, le confesaría sus sentimientos más profundos sin orgullo, sin miedo, pues había notado como no había ninguna duda en sus ojos, que su mirada transmitía sinceridad, pureza y ganas de continuar aprendiendo de la vida, sin perder nunca de vista, sin olvidarse que Él siempre estaría cerca para orientarla cuando lo necesitara. Que siempre encontraría un abrazo sincero. Una palabra de aliento, una mirada.

Quedaron en que cada día se encontrarían un rato y hablarían, todo el tiempo que les hiciera falta, daba igual la hora del día, el lugar o la situación, Él iría a encontrarla siempre.

Fue sólo entonces cuando Rosa consiguió levantarse de la silla y marchar. Ahora era capaz de dirigir su vida, porque a su lado tenía un gran amigo que la escuchaba a todas horas.

Al salir de la cafetería, miró hacia el interior a través del cristal, buscando la mirada de Narciso. Observó claramente, reflejado en el vidrio como Narciso le ofrecía una preciosa rosa blanca, para que la llevase siempre encima. Aquella Rosa era muy especial, era mágica, nunca se marchitaba.

Rosas

ROSA nº13

La confianza en sí mismo es el primer secreto del éxito.

Ralph Waldo Emerson

CONFIANZA

Cada vez utilizaba con menos frecuencia los utensilios de limpieza personal. No cuidaba de sí mismo. Se estaba abandonando poco a poco..., por momentos. Cada día que superaba se encontraba más agónico. Era como si todo fuera ya indiferente. No existía en aquel momento nada interesante que le avivara el fuego interior que en pocos días había perdido y que sería demasiado complicado volverlo a encender. Entraría en la oscuridad más absoluta de la que no podría salir. Su dejadez le había convertido en alguien repulsivo, sucio y superficial, feo y desgarbado. La gente a su alrededor se daba cuenta e instintivamente le daba la espalda o directamente lo rechazaba sin ningún miramiento, algo que le indignaba. Se le empezaba a acabar la paciencia. No permitiría que lo continuaran menospreciando de aquella manera. No lo consentiría ni un sólo día más, no soportaba ser rechazado por su aspecto, debía recuperar la confianza en sí mismo. Se había convertido en lo contrario de lo que actualmente era normal para la maldita sociedad en la que vivía y que obligaba a seguir absurdas modas que no aportaban ningún valor a su persona, con falsas excusas estéticas. Recogió sus pertenencias y se puso en marcha. Tenía claro lo que quería hacer. Todos se darían cuenta de lo que realmente valía, si después de aquello no se producía el cambio

esperado, estaba dispuesto a acabar con todo. Esta era la última oportunidad que se daba. Entonces o nunca.

Habían pasado ya unos años desde que puso en marcha su plan. Le había costado mucho llegar hasta donde había llegado, catalogado como pura supervivencia. Ahora sólo le quedaba comprobar si el plan había dado sus frutos. Arrancó el vehículo y empezó a conducir a toda prisa hasta la parte más alta de la ciudad, desde donde se podía disfrutar de las mejores vistas, la parte más elevada. Sacó los prismáticos y se dedicó a observar con detenimiento el movimiento de la población, de los vehículos. La actividad en las calles era terrible, los ruidos, desesperantes, el aire irrespirable. Como era posible que a la civilización le gustara aquel alboroto, aquel cúmulo de suciedad, aquella intolerancia, la agresividad de las personas que circulaban, la insensibilidad que se denotaba en sus rostros apagados por el estrés, la falta de ternura que constataban dándose empujones los unos a los otros por ver quien llegaba el primero,...y un largo etcétera de circunstancias absurdas. Retiró los prismáticos. ¿Había sido su imaginación o entre todo aquel enredo, realmente había distinguido un oasis lleno de belleza...? Lo pensó dos veces antes de volver a mirar. No podía ser... El temblor de manos no le permitía acertar a enfocar sobre el mismo punto donde había tenido aquella extraordinaria visión. Era tanta la emoción que sentía, que casi no se lo podía creer. Intentaría relajarse y cuando se le pasaran los nervios repetiría la operación desde el principio, haciendo el mismo recorrido, tranquilo, sin desesperar, si eso era real, él lo descubriría, descubriría el lugar. Esta era su siguiente meta.

Aquel día tuvo que desistir, no había sido capaz de volverlo a ver, de encontrar el oasis. Lloró de desesperación. Se preguntó, porqué le daban la espalda, el porque de aquella

Rosas

situación que se había vuelto desesperante. No tenía tanto tiempo y en cambio... nuevas dificultades se acumulaban en su camino.

Recuperó el ánimo, pues en el fondo era fuerte, de una fortaleza extrema, pero a la vez sensible, de una sensibilidad exagerada. Se rehizo, recuperó la confianza, respiró hondo, llenando sus pulmones con el poco aire fresco que quedaba. Volvió a aquel lugar, a las alturas desde donde pensaba encontrar la solución a sus problemas. Estuvo allí todos los días, fiel a su meta, deseando que se repitiera la experiencia, no pensaba desistir hasta recuperar aquella imagen que le hizo tener un ápice de esperanza. Puede que no estuviera todo acabado, puede que todavía hubiera una solución, puede que en algún rincón, encontrase a alguien que lo quisiera y le devolviera la belleza perdida, debía centrarse en esa confianza que nunca le abandonaba. Puede que todofuera una ilusión absurda, en cambio, confiaba, la chispa que hacía un tiempo estaba a punto de agotarse, volvía a encenderse con orgullo.

Pasaron muchos días antes de que tuviera una nueva sorpresa. Hubo días que pensó en desistir, que creyó que no tendría suficiente fuerza para aguantar tanto tiempo, pues cada nuevo día, era un gran suplicio para su persona. El rechazo, la renuncia, las dificultades, los problemas, todo a un tiempo...

Finalmente la recompensa...

Detuvo los prismáticos en aquel punto. Lo podía contemplar con claridad, no había interferencias, no había nada que empañara la imagen. Era algo precioso, algo difícil de definir porque todavía estaba demasiado lejos, a una distancia considerable. Para poderlo definir con más exactitud tendría que comprarse un telescopio, con el que aumentaría la imagen, para acercársela y poder gozar de su infinita belleza. Cuando se creyó suficientemente alimentado por la ilusión, se fue hacia la primera tienda abierta que encontró. Escogió el telescopio de mayor aumento, era muy caro, le costaría sus ahorros, le costaría una

nueva lucha y un nuevo sacrificio, pero su interior le decía que valía la pena, que era aquella la única solución y también la más acertada, que debía confiar. Volvió a casa, cargado y eufórico, la siguiente mañana sería un día importante. Representaría la recuperación de sus habilidades, de su entusiasmo por la vida, de saber que en el fondo siempre hay esperanza. Casi no pudo dormir en toda la noche, no dejaba de darle vueltas y más vueltas, girando sobre si mismo una y otra vez, hasta que se quedó dormido por agotamiento. Cuando el sol le iluminó la cara con su luz, se despertó con más vitalidad que nunca. La noche había sido terrorífica, pero, por fin, amanecía un nuevo día, luminoso y cargado de novedades. Se dio primero una ducha revitalizante con aguas puras y cristalinas que limpiaron todos los rincones, aquellos donde se incrustaba la suciedad acumulada por la dejadez, insistiendo en algunos puntos donde la porquería se propagaba a sus anchas. Después de ponerse sus mejores galas, se cargó el telescopio a las espaldas y empezó a caminar decidido a llegar rápido al mirador. Mientras colocaba el equipo en posición y lo probaba, se detuvo a coger aire, respiró cargando sus pulmones al máximo de su capacidad. Había mucho trabajo que hacer. No perdía en ningún momento la confianza. Una vez orientado el objetivo y hechos los ajustes, se dispuso a mirar con detenimiento. En pocos segundos encontró su tesoro. Sonrió, se sentía feliz. Hizo girar la óptica lentamente, acercando la imagen, dejando que se aproximara a su rostro. La definición era débil al principio pero poco a poco se volvió más nítida. Era tan bonita...

Tardó muchas horas antes de llegar a distinguirla con perfección. Era una visión magnífica que le hizo llorar, pero esta vez de alegría. Realmente alguien lo quería, realmente alguien estaba cuidando de él, le tenía en cuenta y no quería dejar que se agotara. Alguien fuerte, grande, impresionante, alguien que confiaba en su persona, alguien que nunca

Rosas

desfallecía, alguien que podía hacer resucitar al más desesperado, a alguien tan desesperado como él.

La miró, directo a los ojos, la miró con ternura, con suma delicadeza, con una gran gratitud. Miró directamente a Rosa. Aquella Rosa que había germinado a partir de una pequeña semilla que dejó caer hacía ya algunos años. Tenía que ser una Rosa muy fuerte para haber podido llegar a crecer con aquella esplendorosidad y elegancia. Por el momento no la podía percibir sino era mediante el telescopio, pero al menos conocía su existencia. La confianza puesta había dado sus frutos.

ROSA N°14

La melancolía es la felicidad de estar triste.

Victor Hugo

MELANCOLIA

Cada vez que pasaba por delante, lo observaba, se lo miraba. Ese porte, firme, duro, espabilado, los ojos grandes, impenetrables, inteligentes, aquella mirada. Siempre que lo observaba atentamente, escrutando su mente, su interior más profundo, se quedaba a la expectativa. Le daba por investigar, por preguntarse. ¿En qué estaría pensando? ¿Qué deseaba de la vida? ¿Hacia donde pretende ir? ¿Dónde quiere llegar? Sobre todo, se preguntaba con curiosidad el porque de aquella situación. Aunque estaba dispuesta a escuchar, él no le transmitía sus intenciones, callaba, se la miraba y solamente obtenía el silencio por respuesta.

Por fin Rosa se decidió a hablarle claro:

- ¿Qué ocurre Alberto? No se puede continuar con esta incertidumbre, no es buena para ti, no es aconsejable para nadie. No es posible vivir sólo de recuerdos. Piensa Alberto que la vida es mucho más que el pasado. La vida es el presente y también es el futuro. No se puede volver atrás. Oblígate a ir hacia delante. Hoy volvías a tener los ojos llenos de lágrimas, lágrimas que te llegan al alma y que humedecen todo tu interior, para no dejarte dilucidar entre la luz y la oscuridad. La oscuridad, esa ausencia de luz en la que estas metido desde entonces. El pozo de tus tinieblas, donde te empeñas en sumergirte, cada vez bajando más y más. Estas a un

Rosas

paso de tocar fondo y eso me asusta. No te lo puedo permitir. No consiento que continúes por ése camino. Tengo que hablar contigo, tengo que decirte lo que pienso. Pienso que tienes miedo, miedo a enfrentarte a tus propios fantasmas, que te has acomodado a esta situación, es lo más fácil para ti. Hacerte la víctima, pensar que eres un fracasado por culpa de los demás, que no sirves para nada, que nada de lo que haces es correcto. Que lo que tienes te lo han regalado. Dime, qué has hecho tú para que suceda lo contrario, para que todo este cúmulo de circunstancias se solucionen y progresivamente puedas volver a recuperar el control de tu vida. Dime como lo piensas solucionar, o es que no tienes intención de hacerlo, que en realidad lo que pretendes es que alguien te lo solucione. Cada tránsito por la vida, es una experiencia más, una etapa que empieza y acaba sin remedio. El tránsito evocado por el pasado, por una vida anterior, acabó en su momento, ya no tiene sustancia, no se puede tener por sí mismo, porque ya no existe, pertenece a otra dimensión, donde resta suspendido en el tiempo y en los recuerdos sin que tu ni nadie tenga el poder de devolverlos, continuarlos y mucho menos transformarlos. No funciona así, Alberto, la vida es algo más de lo que tu te piensas, es mucho más que un transcurso de sucesos, que un alud de hechos y circunstancias que nos acechan día tras día y que ocupan toda nuestra existencia. No pienses que me olvido, no te imagines que no sé de lo que hablas, del porque de tu enfermedad. Te conozco Alberto, te conozco demasiado para no entender tu situación, tu hermetismo, tu debilidad. Te estás esfumando al mismo ritmo que se va tu alma hacía ese lugar oscuro y profundo en el que te empeñas en estar sumergido. Piensa, medita, entiende el porqué de todo y libérate sin problemas. Problemas, que sólo pertenecen a tu mente, una mente que sufre sin remedio por culpa de su propia ignorancia, al no ser capaz de ver las enormes posibilidades que tiene para conocerse mejor a si misma y quererse.

Ayer te volví a mirar a los ojos. Lloré de pena, tu alma se exprime, poco a poco, tu cuerpo se transforma, ahora eres un ser pequeño, ofuscado en sus recuerdos, que no tiene capacidad para crecer y transformarse en alguien fuerte, decidido, en alguien orgulloso de lo que tiene, de lo que es y de lo que puede llegar a ser, en alguien especial. Emerge, Alberto, emerge de una vez. Mira a tu alrededor, ¿qué ves?, ¿qué hay? Infinidad de cosas mágicas a tu alcance para ser descubiertas, levanta la cabeza al cielo y goza del sol que día a día nos ilumina, goza de los colores, de las formas, de las nubes, de la noche, de las estrellas, de la luna que con el blanco de su luz nos recuerda cada día que la oscuridad total no existe, solamente la creamos en nuestra mente obtusa, irrefrenablemente alterada por pensamientos perversos que no somos capaces de parar, pero que te puedo asegurar, se puede conseguir, sólo te lo tienes que proponer, debes pedirlo con absoluto convencimiento. Pruébalo, prométeme que lo probaras. Sabes que ella no regresará. Por eso, día a día te insistiré, no tengo ninguna intención de pararme, pretendo conseguir mi meta, poderte sacar una sonrisa. Seré fuerte, para transmitirte mi fortaleza, pues sé que si yo flaqueo, flaquearás conmigo y no nos lo podemos permitir.

Hoy he hecho un interesante descubrimiento. Hoy por fin he apreciado en tu mirada un ápice de luz, ha sido por un breve instante, una décima de segundo, pero ha pasado, lo sé, sé que lo puedes conseguir. Tengo fe en tu capacidad, tengo fe en tu persona, pues si no fuera así, haría tiempo que habría desfallecido. Lo puedes conseguir Alberto, no me puedes fallar. No necesitas de los padres para caminar, puedes avanzar solo, sin muletas, sin tropiezos, caminando seguro, tienes que hacerte el propósito. Siempre que te miro a los ojos, percibo tu lento avance, como poco a poco se esfuma de tu faz esa melancolía absurda e incesante, que te acecha a todas horas y que cada vez posee menos fuerza. Veo que me has escuchado, veo

Rosas

que tienes la intención de cambiar, de salir de ese pozo. Así me gusta. Estoy contenta, tan contenta que he decidido darte una sorpresa, espero que te guste, Alberto.

Hacía tres días que lo observaba, su rostro ya no tenía aquel tono pálido y melancólico, ahora empezaba a estar ligeramente sonrosado, la piel estaba recuperando el brillo de otros tiempos. Rosa volvió a situarse ante él, destacando toda su belleza y honestidad:

- Veo que la sorpresa te ha gustado, que la esperanza de encontrar lo que más deseas te ha dado chispa, te ha encendido ese motorcito viejo y oxidado que hacía tiempo que no vibraba. Siempre he sabido que un poco de esperanza es infalible. Te daré un último consejo, vive cada minuto como el último de tu vida, vive con total serenidad, sintiendo el placer en todos los rincones de tu ser. Si lo haces así, nunca te arrepentirás. Olvídate de todo aquello que te arrastre hacia la oscuridad, allí nunca encontrarás nada, sólo sufrimiento y el sufrir no se ha hecho para ti. Quiero entregarte algo que te recuerde que siempre que me necesites, aquí estaré, a tu lado, velándote, vigilando para que no tomes el camino equivocado. Coge esta Rosa, obsérvala con detenimiento, huélela con afición, consévala porque cada vez que la mires, recordarás que estoy contigo.

ROSA nº15

No perdáis vuestro tiempo ni en llorar el pasado ni en llorar el porvenir. Vivid vuestras horas, vuestros minutos. Las alegrías son como flores que la lluvia mancha y el viento deshoja.

Edmond Gouncourt

ALEGRÍA

Cada vez que pasaba por aquel lugar sucio y húmedo, le recordaba las horas perdidas en aquel sitio oscuro al que nunca más regresaría. Era evidente que continuaría adelante, buscando, sin freno, no sin algo de desesperación, pues tenía claro que el futuro le deparaba algo más, algo interesante, algo a lo que no podía dar la espalda por más tiempo. Cogió el viejo abrigo heredado de su abuela y poca cosa más y huyó rápido, sin tan siquiera volver la vista atrás para despedirse, sólo quería mirar al frente, justo hacía delante, era allí por donde el destino la sorprendería inevitablemente, era una intuición, un fuerte presentimiento. Alguien, hacía poco le había dicho con toda la razón:

- Escucha a tu corazón. No vayas en contra, porque entonces nunca encontrarás la tranquilidad.

De aquello hacía ya tiempo. Se sentía bien, por fin estaba serena y ufana, con ganas de todo, con ganas de decirle a todo el mundo cual era su estado de ánimo, de explicar como había conseguido darse cuenta de cual era su verdadero camino, por donde no debía deternese nunca. No le daba miedo el sacrificio que tuviera de hacer, ni las horas de trabajo, ni los ratos

Rosas

de soledad, ni las de recogimiento, todo aquello sería bienvenido, se convertiría en una parte importante de su vida. Era consciente también de que no podía reservar para ella todo el conocimiento que iba adquiriendo, que aquello que aprendería con los años, estaba obligada a compartirlo, por lo tanto, antes debería hacer un gran esfuerzo, un gesto de renuncia, un gesto profundo y de magnitud incalculable, un gesto que la haría dudar, tambalearse y en algún momento arrepentirse, pero era esencial para caminar por aquel camino que había escogido. Todo y todos tenían fe en sus posibilidades.

Estaba sumergida en profundos pensamientos que la llevaban a navegar arriba y abajo, sin dejar de moverse, puede que con demasiada energía, situación que debería empezar a controlar para que no se descontrolase el proceso de aprendizaje. Recordaba con una sonrisa cuando se le presentó el momento de elegir. Fue un momento difícil. Era una decisión muy importante la que debía tomar como para tomarla de forma precipitada. Era el si, o el no. Era el hasta aquí y empezar de nuevo o bien, el todo sigue como hasta ahora, monotonía, aburrimiento, desidia...

Fue un claro día de primavera, temprano, justo a la hora que a ella le gustaba pasear por la playa. Estaba profundamente concentrada en sus pensamientos, en aquella lucha interna que no la dejaba parar ni un solo día, desde que un punto de claridad apareció delante de ella. Se mojaba los pies, notando el frescor del agua y el calor del sol en el resto de su cuerpo. Se lo pensó dos veces antes de introducirse en el agua, estaba todavía un poco fría. No apetecía mucho, en cambio lo hizo, por que sabía que lo tenía que hacer, le gustara o no. Tenía muy claro que el impacto de la piel con las aguas a veces hace reaccionar el cuerpo de forma que lo rechaza, pero que una vez el cuerpo se acostumbra a aquella temperatura, el contacto se vuelve de lo más agradable. Es cierto, que dependiendo de la temperatura del agua, es más o

menos fácil acostumbrarse. También tenía muy claro que la misma energía desprendida por el cuerpo, hacía que el baño fuera más o menos soportable. Entró en el mar dejando que sus pies se cubrieran por las espumosas y rizadas olas. Más tarde, fueron las rodillas y unos pasos más adelante, por fin las caderas. Aquí se detuvo, fueron unos instantes de gran duda interna, volvía a producirse la lucha, tomar una decisión que aparentemente sería rechazada por su cuerpo, en cambio, la atracción por aquellas aguas... era demasiado fuerte. Siempre que se lanzaba lo hacía con todas las consecuencias, siempre consciente de los impedimentos o de las trabas que pudieran aparecer. Ella se sentía capaz, segura de si misma, con absoluta fe en aquello que tanto ansiaba. Hizo una fuerte inspiración y se tiró de cabeza, sumergiéndose por completo, abusando con placer, gozando de aquel increíble momento, aquel rato de espiritualidad tan intensa que la transportaba allí donde quería llegar, cada día un poco más lejos, cada día más arriesgado pero al mismo tiempo con más seguridad. Sentía como el placer se metía en los poros de su piel, como la hacía sentir escalofríos y temblar a la vez, como la sensación de liberación y de sincronización cuerpo alma se acababa de producir provocando aquellas olas de satisfacción.

Estaba profundamente sumergida cuando de repente un ruido a su espalda le hizo dar un salto de sorpresa. Alguien más se había sumergido con ella, alguien la estaba acompañando en el trayecto y hasta aquel momento no se había dado cuenta. Alguien que la quería de verdad, alguien que pensaba todos los días en cuando se produciría el encuentro. Finalmente había llegado el momento. La advirtió de su presencia, con delicadeza, con todo el cuidado que se puede tener con aquello que más quieres. Ella se volvió lentamente con excesiva paciencia, quizás. Lo reconoció sin ninguna duda, supo quien era al instante. Era él, era aquello que tanto deseaba, era su amor, era su tesoro más preciado.

Rosas

Se dieron la mano con ternura, con una ternura que hacía remover los sentidos, para continuar nadando, a veces sumergidos, a veces sacando la cabeza fuera de las aguas para coger aire, llenarse y volver a bucear. Disfrutando de la alegría que la impregnaba por primera vez. Una alegría intensa, un goce difícil de explicar con palabras. En un momento dado, mientras disfrutaban de las profundidades del mar, la chica distinguió de lejos una perfecta Rosa de agua que su acompañante percibió al mismo tiempo. Se sumergió hasta la parte más profunda del océano para coger la Rosa para su amada, arriesgando todo lo que tenía, sin dudarlo un instante. Ella le agradeció el gesto eternamente. Tenía claro que si no hubiera tomado aquella decisión nunca se hubieran encontrado y nunca hubiera disfrutado del placer de la alegría por haber elegido correctamente.

ROSA nº16

El amor ahuyenta el miedo y, recíprocamente el miedo ahuyenta el amor. Y no sólo el amor el miedo expulsa; también a la inteligencia, la bondad, todo pensamiento de belleza y verdad, y sólo queda la desesperación muda; y al final, el miedo llega a expulsar del hombre la humanidad misma.

Aldous Huxley

MIEDO

Cada vez tenía menos facilidad para concentrarse en aquello que estaba haciendo.

Estaba hasta las narices de tantos impedimentos y de tantas expectativas no cumplidas. De la familia, del trabajo, de los amigos... Pensó en tomar una alternativa que pudiera ser la más favorable para acabar de una vez con aquellas dudas y miedos, con aquellos nervios que no lo dejaban ser como era él. Nadie a su alrededor le apoyaba, bueno, alguien si, pero su opinión estaba destinada a perderse en el olvido. Se mantuvo firme, algunos días más, pero finalmente tomó la decisión, dijo basta. Lo dejaba todo, estaba harto y había llegado su momento. Se levantó aquel día con una gran puerta abierta que le decía insistentemente que la cruzara de una vez. Había quien le acusaba de tener miedo a las responsabilidades de la vida, del trabajo, de la familia, los hijos, no estaba en absoluto de acuerdo, no era miedo era necesidad de libertad. Recogió sus cosas en silencio para no despertar a los que dormían. La mesa todavía estaba puesta de la cena del día anterior, los niños en sus habitaciones dormían ajenos a lo que estaba a punto de suceder. Su mujer, como siempre estaba profundamente dormida, luciendo aquellas greñas que tanto la desfavorecían. Se acabó de vestir sin hacer ruido y finalmente pudo cerrar la puerta definitivamente, trás él. Disfrutó de aquella repentina libertad, de notar

Rosas

como desaparecía aquel peso que le caía encima y con el que no podía continuar ni un sólo día más. Ahora, por fin, sería libre y estaba dispuesto a disfrutar de su libertad hasta el agotamiento. Pensó que ya era suficiente sacrificio el que había hecho por su familia, por sus hijos, pero principalmente por aquella mujer, su mujer. Que fracaso de matrimonio, que desastre, si se remontaba al pasado, quedaba estupefacto recordando algunos momentos de su juventud que no acertaba a entender. Que le vio a Violeta, si era un saco de huesos con mucho pelo, fea y arisca. Era cierto que siempre estaba preocupada por él y por los suyos, como una infeliz. No soportaba su carácter, débil y sufridor. Cada día desde el primero se preguntó que le había visto a aquella mujer, sin conseguir entenderse a si mismo. Todo esto, estos recuerdos, su pasado, quedaban ya a sus espaldas. Ahora tenía que mirar hacia delante, caminar y olvidarse, nada, ni tan siquiera sus pensamientos le impedirían continuar. Cierto era, que desgraciadamente también había abandonado unos hijos pequeños de ocho y cuatro años. Le quedaba aquel rincón de culpabilidad por ellos, pero no era aquel suficiente motivo para hacerle cambiar de opinión. Seguro que Violeta saldría adelante, pediría ayuda a su familia y a sus amigos y conseguiría llevar la casa, en eso tenía confianza, era una mujer con recursos. Tendría que huir lejos, esconderse muy bien para no ser reconocido. Se dirigió al banco y vació las cuentas. Marchó hasta el aeropuerto y pidió un billete en primera clase hacia Brasil. Fue subirse al avión y esfumarse todos sus temores para comenzar a disfrutar de la paz que otorgaba el ser libre, no tener ataduras de ningún tipo, ser responsable únicamente de sí mismo.

Hacia una semana de su llegada. Estaba confortablemente instalado y disfrutando de su nueva vida, a la vez que buscaba insaciable nuevas experiencias que lo llevaran al éxtasis. Las mujeres brasileñas eran sus preferidas, el éxito estaba asegurado. Disponía de suficiente dinero para subsistir durante unos cuantos años, antes de ponerse a buscar trabajo. Mientras

gozaba de todos aquellos placeres que le habían sido negados anteriormente. Sucumbió a todos y cada uno de ellos sin reparos, dejando que su cuerpo vibrara cada segundo del día con más intensidad. Vivió cada segundo hasta el mismo abismo de sus posibilidades. Olvindándose de todo y de todos. Nunca más volvió a sentir aquel pánico que cada día le acechaba al levantarse. Miedo al fracaso, miedo a no dar la talla, miedo a no saber estar, miedo al ridículo, un miedo que le provocaba náuseas. Le había costado mucho reconocerlo, pero ahora, después de todo, era cierto que había sentido el miedo en sus entrañas.

Ya habían pasado casi veinte años desde que llegara por primera vez a aquellas tierras. Se había convertido en un hombre viejo, enfermo e irremediablemente insatisfecho. Se había destruido a sí mismo, no había conseguido lo que deseaba y encima lo había perdido todo. Sus únicas riquezas en aquel momento de su desoladora vida, eran las largas conversaciones que casi todos los días tenía con un desconocido paisano de veinticuatro años. El joven Jacinto, se presentaba cada vez que sus ocupaciones se lo permitían. Era consciente de que para aquel muchacho ir tantas veces al Hospital le representaba un gran esfuerzo, pero le daba igual, quería que continuara haciéndolo y así se lo decía todos los días, exigiéndole que volviera a la mañana siguiente y que dejara lo que estuviera haciendo para ir a verlo. Ahora el miedo que le asaltaba se refería a la soledad. Únicamente se sentía vivo estando en compañía. Pensó que su obligación era atenderle, se trataba de un viejo enfermo, al que se le tenía que cuidar. Jacinto, le hacía ver y entender muchas cosas, le enseñaba un mundo y una manera de vivir que él no había conocido. Quizás, algún día le comentaría esas nuevas sensaciones que se estaban empezando a formar en su interior, quizás, hasta, algún día, le agradecería lo que estaba haciendo por él, quizás... algún día. Pero el miedo a la vergüenza de momento no se lo permitía.

Rosas

Jacinto, le escuchaba con atención y no sólo se preocupaba por darle conversación y hacerle pasar un buen rato, sino que también se aseguraba de que las sábanas estuvieran limpias, de que se le hubiesen hecho las curas en la piel, que llagada por horas de inmovilidad, supuraba si no se trataba adecuadamente, con el peligro de coger una indeseable infección que complicaría la situación. Ciertamente, Esteban, sabía que había tenido mucha suerte en encontrar a esta persona o más bien en que éste lo hubiera encontrado a él. Los médicos no le daban muchas expectativas de mejora, su cuerpo respondía muy mal a los tratamientos que desde hacía meses incontables estaba tomando. No quería ni por un instante pensar que la vida se le acabaría en aquella cama, sucio y pestilente, no era posible, le volvió a asaltar el sentimiento de pánico, miedo atroz a morir abandonado. No era posible, al fin y al cabo había sido una buena persona, digna y sacrificada durante algunos años, era cierto que había abandonado una familia, que seguramente en estos momentos no se acordarían de él, ni querrían oír hablar. Era, este hecho de su vida, el único que de tanto en tanto le removía interiormente, pero no se arrepentía, pues había escogido lo que realmente quería.

Estaba sumergido en estos pensamientos cuando Jacinto apareció, sonriente, tranquilo y pulcro, como siempre, con aquellas ganas y aquella fuerza que le caracterizaban. Llevaba una bonita Rosa en las manos, algo que lo sorprendió. Acercó la silla a la cabecera de la cama y se dispuso a iniciar la conversación en aquella tarde de domingo, clara y soleada que invitaba a disfrutarla desde el exterior de aquellas tétricas paredes del Hospital. Pero Jacinto se debía a sus creencias. Le era imposible pensar en dejar morir a su padre, solo y abandonado, sin nadie que le recordara que en el Universo hay personas que saben perdonar, que saben querer sin pedir nada a cambio. Tenía que demostrarle a su padre, quien le había abandonado cuando contaba cuatro años, que aquello había sido una circunstancia del pasado y que cuando supo de su pésima situación no dudó en acudir en su busca, acercarse y

mantenerse a su lado hasta el final. Él sabía que aquella visita sería la última, que su padre haría una última inspiración en pocos minutos. Por eso había querido ofrecerle aquella bonita Rosa, porque era la Rosa que definía perfectamente lo que sentía por su padre.

Esteban cogió entre sus manos la Rosa que le entregó su hijo, tuvo el impulso de preguntar por aquel sorprendente regalo. Se detuvo. No era necesario preguntar. Solamente con percibir de cerca sus pétalos, su aroma, su frescor, aquel color intenso, supo que significaba. Entonces, lloró, rompió a llorar como un niño pequeño, con un desconsuelo desgarrador, lloró hasta el agotamiento. No lloraba por arrepentimiento, tampoco lloraba por amor, ni por gratitud, no lloraba por ningún sentimiento concreto. Lloraba por haberse dado cuenta de que la vida se le escapaba y ya no le quedaba tiempo para ser perdonado. El miedo regreso al acto. Se produjo la última inspiración que se lo llevó lejos a la vez que de la Rosa se deslizaban lágrimas de dolor por haber sido reconocida cuando era demasiado tarde para rectificar.

Rosas

ROSA n°17

La paciencia es la más heroica de las virtudes, precisamente porque carece de toda apariencia de heroísmo.

Giacomo Leopardi

PACIENCIA

Cada vez se sentía más agitado. Pasaban ya horas desde que él y la chica hubieran decidido encontrarse, la casualidad hizo que no coincidiesen, aunque ambos habían acudido a la cita. Sorprendentemente ella se había colocado de espaldas al chico, buscando en la dirección equivocada. Estaba nerviosa, quizás demasiado agitada, aquello no era necesario, se tenía que tranquilizar un poco, pues el estado que llevaba no la ayudaba a tener una visión clara de la situación.

Por otro lado, él, situado justo donde habían quedado en encontrarse, se mantenía a la expectativa, paciente, cauteloso, con un cierto recelo, pero tranquilo, la conocía bien y sabía seguro que en un momento u otro ella miraría hacía donde tenía que mirar y se lo encontraría de frente, con el alma abierta a su amor, tal y como habían pactado en su día, un día lejano pero no por eso inolvidable, un día en el que se juraron amor eterno, un día que nunca el transcurso del tiempo podría borrar de sus memorias. Deslizó los dedos por los pétalos de una Rosa añeja, antigua pero no por ello menos fresca y aromática, notando la suavidad del terciopelo con el que estaban hechos sus pétalos. Trató la Rosa siempre como un tesoro, era lo único que tenía de ella, era aquella Rosa su única conexión. Habían podido gozar tan sólo de

un escaso segundo de felicidad, de aquello que llaman felicidad absoluta, algo que muchos ni se lo pueden imaginar. Es cierto, que fue muy fugaz, fugaz pero intenso. Hacía tanto de aquello...

Recordó el momento, lejano en un rincón profundo de su memoria, recordó como ella paseaba contorneándose, luciendo su esbelta figura y su impresionante altura. Llevaba una falda por debajo de las rodillas que ondeaba al ritmo de sus movimientos sinuosos, una camisa de gasa blanca, casi transparente, dejaba adivinar la belleza de sus pechos, firmes y bien formados, sus cabellos largos, rizados de tonos rojizos como el cobre, sujetos por una lazada hecha con un bonito trozo de tela de hilo, su piel blanca, salpicada por graciosas pecas y aquellos grandes ojos, verdes, geniales... Nunca olvidaría aquella imagen. Caminaba decidida por el centro mismo de la calle, una calle de tierra y piedras que atravesaba el pueblo de lado a lado, la calle principal. A cada paso que daba, levantaba un remolino de polvo que la envolvía sutilmente. Al observarla de lejos y por el efecto del sol que la iluminaba desde atrás, por un momento, le pareció que se trataba de una aparición. Para su sorpresa la chica, que debía tener poco más de dieciocho años, se dirigió hacia donde él estaba, alucinado por su presencia. Se fijó y se dio cuenta entonces que llevaba alguna cosa en las manos que de lejos no pudo distinguir. Cesó en su tarea de guardar las herramientas de labrar sobre el carro, pues no podía apartar la vista de la chica que cada vez estaba más cerca. Notó un fuerte escalofrío y una agradable sensación que recorrió todo su cuerpo, como si le pasara la corriente a muy alta intensidad, recorriendo toda su piel, huesos, músculos y vello, como si de repente tuviera que ocurrir algo inesperado, algo que había deseado toda su vida. La chica se encontraba a tan sólo diez metros de distancia. Sin poderlo evitar, la miró directamente a los ojos, clavándose sus miradas con tanta fuerza que casi se podía percibir la energía desprendida en aquel momento por aquellas dos almas inexpertas pero a la vez llenas de amor. A él le cayó la azada de madera y hierro que llevaba en las manos provocando un fuerte ruido al chocar en la tierra,

Rosas

pero ni siquiera eso le inmutó. La atracción fue tan fuerte que no pudo reaccionar ni tampoco desviar la mirada. Ella le sonrió con un afecto tan inmenso que le provocó temblores imparables. Las piernas no le respondían, no era capaz de articular una sola palabra, la voz se resistía a emerger por su garganta que reaccionó atrofiada. Hubiera querido decirle tantas cosas...

Cuando llegó a su altura pudo notar con claridad su sinuoso perfume de Rosas, hizo una fuerte inspiración para que el aroma le penetrara hasta lo más profundo y llenara su corazón con su esencia. Fue tan fuerte la sensación que unas lágrimas le brotaron imparables. Fue un sentimiento nunca antes conocido. Era la paz que se había introducido por todos los rincones de su ser y lo transportaba a un dulce y acogedor lugar que le hacía volar, como si su cuerpo fuera ajeno a la gravedad. No sabía cuanto tiempo había pasado hasta el momento de recuperar los sentidos, cuando se dio cuenta de que estaba allí, tocando con los pies en la tierra. Fue tan fabuloso...

Ella ya no estaba, debía de haberse alejado por alguna calle perpendicular, pues no quedaba ni rastro de su presencia. Pidió a un hombre que paseaba calle arriba si la había visto. Era muy extraño, aquel hombre no había visto a nadie, en cambio debía haberse cruzado con ella. Una mujer, que venía de comprar, tampoco la había visto, ni aquellos dos niños que jugaban a perseguirse... ¿Cómo se había podido esfumar de aquella manera? Se puso nervioso, no podía perderla, tenía que hablar con ella, la tenía que encontrar. Empezó a correr en la misma dirección, mirando a un lado y a otro de las calles. Su ansiedad no le permitía razonar. En ningún momento se detuvo a pensar que le diría cuando se la encontrara cara a cara, con que excusa la acecharía y que intenciones tendría. Se pasó más de dos horas dando vueltas arriba y abajo sin sentido, preguntando a unos y a otros, entrando en las tiendas y

llamando a las puertas de las casas, sin éxito. El sol estaba bajando, empezaba a refrescar, la tarde se volvió penumbra igual que su pesar. Parecía imposible lo que le estaba pasando...

Cuando fue consciente de que no la volvería a ver, de que quizás todo había sido efecto de su imaginación, decidió volver a casa, no tenía ganas de trabajar, el día para él se había acabado en el mismo instante en el que ella desapareció.

Vivía en las afueras del pueblo, en una casa apartada, sin vecinos cercanos, con una gran extensión de terreno de cultivo. Estaba solo, hacía más de dos años que sus padres habían muerto. Era joven, fuerte y valiente, pero también un poco tozudo y bastante reservado, no tenía muchos amigos, más bien ninguno en el que confiar. Se subió al carro y animó al burro a caminar para regresar a casa. El animal debía notar su abatimiento pues cada paso que daba parecía que le costaba un gran esfuerzo. A Lucas no le quedaban ánimos para azuzarle y lo cierto era que tampoco tenía ninguna prisa en llegar, nadie le esperaba, únicamente cuatro blancas paredes en las que cobijarse y sentirse resguardado. Si ella no estaba, que más le daba todo. Era aquella mujer y no otra la que le había hecho temblar, sin ella, nada tenía sentido.

Entraron, burro y amo, pensativos por la puerta de la verja que rodeaba la finca. Liberó al animal para que pudiera acudir a alimentarse y descargó las herramientas del carro con toda parsimonia. Había perdido las ganas de hacer nada, se había hecho tarde y tampoco tenía ánimos. Entró en la casa, era grande, demasiado grande para él, confortable, sin grandes comodidades, pero con todo lo necesario, se notaba que no había ninguna fémica que la habitara, nadie que le diera aquel toque femenino, como cuando vivía su madre. Se dejó caer apesadumbrado sobre el viejo balancín ya gastado que había pertenecido a su bisabuela. El momento invitaba a balancearse, a balancearse suavemente, como se lo hacía su madre cuando era pequeño y se ponía triste. Cerró los ojos intentando recordar la cara de la chica,

Rosas

para volver a percibir su olor, para volver a sufrir con las mismas sensaciones. Consiguió imaginársela, pero no fue lo mismo. Se sentía tan melancólico que casi no podía ni llorar por aquel amor perdido. Por algo, que en realidad no podía decir que había sido amor ni tampoco que había perdido, porque aquel sentimiento nunca le había pertenecido.

Estaba sumergido en aquellos dolorosos pensamientos cuando alguien llamó con fuerza a la puerta. Se dio un buen susto, no esperaba ninguna visita. El llamar era insistente, reaccionó para salir corriendo a abrir, con un ápice de esperanza en los ojos, con una intuición. Al abrir la puerta se encontró a los dos niños que unas horas antes estaban jugando en la calle cuando sucedió todo, uno de ellos llevaba una cosa en las manos. Al verlo, se quedó boquiabierto, era la misma Rosa que la chica pelirroja llevaba aquella tarde. Se quedó parado sin saber que hacer, el niño más pequeño, el que asía la Rosa, se la ofreció, el mayor dijo:

- Señor, esto es para usted, de parte de la chica desconocida del pueblo.

- ¿Dónde está la chica? ¿Qué os ha dicho...? ¿Os ha dado su nombre...? – Estaba hablando con absoluta desesperación, tomando la Rosa con delicadeza sin dejar que su nerviosismo pudiera perjudicar sus dulces pétalos.

- Se ha ido, nos ha dado esto y nos ha pedido que lo trajéramos hasta esta casa y se lo entregásemos al hombre que vive en ella. Nada más, no nos ha dicho nada más, nos ha dado un beso y nos ha dado las gracias. Es tan guapa...– Aseguró el niño dando todas las explicaciones posibles. Sin entender nada de lo que pasaba entre aquellas dos personas.

- Está bien, gracias chicos por haber llegado hasta aquí, espero que vuestras madres no os estén buscando... No tengo nada para daros, - dudó - bueno, si, tengo unos pocos higos recién cogidos, ¿si os gustan...? – Se los ofreció agradecido de verdad.

- Si, yo quiero uno – Fue el pequeño el primero en hablar.

Les ofreció un plato lleno de higos y les permitió que cogieran todos los que se pudieran comer. Los niños fueron muy educados y solamente tomaron un par cada uno y se marcharon al mismo tiempo que se los comían con deleite, de regreso al pueblo.

Lucas se quedó parado con la Rosa en las manos, sin saber que hacer, no entendía nada de lo que estaba pasando. Cerró la puerta y se dirigió hacia el balancín, cogió la Rosa con ternura mientras se columpiaba con suavidad. Observó la Rosa con detenimiento. Deslizó los dedos por los pétalos notando la suavidad del terciopelo con el que estaban hechos. Bajando a lo largo del tallo, cuando de repente descubrió un papel plegado que lo envolvía. Lo retiró intrigado y emocionado. Parecía un mensaje.

Cuando leyó el mensaje lo entendió todo de repente. Era cierto que nunca podría olvidar aquella oleada de amor que le había invadido. Se sentía feliz como nunca antes lo había estado, unas lágrimas de pura felicidad resbalaban por sus pómulos. Cogió la Rosa y decidió que hacer con ella. Lo tenía muy claro. Todo ahora, sería diferente. Sólo restaba tener la suficiente paciencia.

Rosas

ROSA n°18

Cada hombre es su legislador absoluto, el que a sí mismo se dispensa la gloria o la oscuridad; él decreta su vida, su recompensa y su castigo.

The Idyll of the White Lotus

TRIUNFO

Cada vez que lo veía temblaba y sentía un escalofrío que daba miedo. Lo observaba a distancia, con detenimiento, intentando entrar en su interior, intentando entender aquel estado enfermizo que lo llevaba a estar dentro de la parte más oscura y profunda del alma. Él ni tan siquiera le prestaba atención, aunque sabía que ella estaba allí, que la podría reconocer en cualquier momento, pero no le interesaba, prefería continuar concentrándose en aquello que más vilmente alimentaba su interior, la sed de venganza, el odio, el fracaso, la ingratitud, la desesperación, pero sobre todo la soledad. Aquella soledad que nunca lo importunaba, con la que se sentía pleno, suficiente, donde se creía protegido. La soledad no le molestaba nunca, le envolvía con aquel silencio sepulcral tan bienvenido y le invitaba a pensar que lo que pasara al día siguiente, era indiferente, otro nuevo silencio sería bienvenido. En aquella soledad era donde crecían y se multiplicaban sus emociones, su instinto perverso, sus pensamientos retorcidos, sus extravagancias y sus manías y si encima, la soledad iba de la mano de la negra oscuridad de la noche, era cuando alcanzaba el éxtasis, era cuando se encontraba en sus dominios, donde se mantenía en toda su plenitud.

Rosa lo continuaba observando, cada día un poco más cerca, acercándose con delicadeza, dando pasos muy cortos, acortando la distancia cada día que pasaba. Lo tenía que hacer, debía hacerle ver que ella también estaba allí, que su soledad tenía los días contados, que no lo dejaría continuar solo por más tiempo, porque debía de ser así, este era el trato. Tenía que llamar su atención. Esta era su principal meta. No podía consentir que transcurriera un día más a tanta distancia todavía el uno del otro.

Se lo encontró sentado en la estación del tren, en medio de un montón de personas que iban y venían, que pasaban por delante de él formando una nube que emitía luces de todos los colores y tonalidades. De tanto en tanto, levantaba la cabeza y mostraba una escalofriante sonrisa a todo aquel que le reconocía. Rosa fue elocuente, aprovecharía aquella confusión para sentarse a su lado. Lo hizo, con recelo pero segura de lo que estaba haciendo, notó como él tembló al percibir su perfume y su calidez. Instintivamente, le dio la espalda sin ni tan siquiera asegurarse de quien era, cerciorarse de quien le molestaba con su compañía. En el fondo él sabía perfectamente que Rosa se acababa de sentar a su lado, pero no tenía ninguna intención de darle la satisfacción de mirarla a la cara, era muy peligrosa. Sabía que si la miraba perdería sus facultades, aquellas que lo mantenían despierto. No dudó un segundo en girarle la cara con desprecio. Ella tranquila, le susurró al oído para hacerle notar que estaba allí y que no se iría tan fácilmente. Él la conocía suficientemente bien para no confiarse.

Se levantó, enfadado, no hablaría con ella, no tenían nada que decirse. Debía hacer alguna cosa para perderla de vista, para esconderse y que lo dejara solo, la soledad no le molestaba y en cambio ella si. Empezó a caminar al lado de las vías del tren, demasiado cerca, quizás. Caminaba decidido, paralelo al camino que marcaba la línea del ferrocarril. Ella se levantó para seguirle los pasos, justo a su espalda, fuerte y segura de lo que estaba haciendo. Lo atraparía, se pondría a la par y en cuanto él se diera cuenta de su error, lo avanzaría sin titubear un segundo.

Rosas

Él iba ahora demasiado deprisa, pero esto no fue ningún impedimento para Rosa, estaba bien entrenada y era mucho más ágil de lo que parecía. De repente, él se giró, dándole un buen susto, no se esperaba aquella reacción, no en aquel preciso momento. Se había puesto unas gafas oscuras que le impedían verle los ojos, constató su firmeza, aunque se cubriera los ojos, tenía delante a un ser respetable. Por un momento, se quedó parada, sin saber que hacer ni como reaccionar. Ciertamente la había cogido desprevenida. Se pusieron cara a cara, plantados a dos pasos de la vía. Ninguno de los dos se decidía a actuar, era peligroso para ambas partes. Finalmente fue Rosa quien le ofreció su mano y le pidió que caminaran juntos, uno al lado del otro, con respeto. Él hizo ver que se lo pensaba, pero al final accedió. Se cogieron de la mano para continuar caminando, esta vez a la par. No se dirigieron la palabra en ningún momento, era mejor así. Ninguno de los dos podía bajar la guardia. Evidentemente no se fiaban el uno del otro. Hicieron kilómetros y kilómetros en perfecta armonía. Ella de tanto en tanto se lo miraba e intentaba acertar a ver su interior. Él que se lo imaginaba, levantaba una pared infranqueable para no dejarla acceder. Rosa no paraba de darle vueltas, no dejaba de pensar, en realidad él le inspiraba ternura y compasión, si se hubiera dejado, lo hubiera mecido en sus brazos para apagar su fiereza, pero eso era un imposible. Nunca se podría producir. En realidad no podían vivir el uno sin el otro. Al tiempo que sentía estas emociones y de forma involuntaria, apretó con más energía de la necesaria la mano de él. Él respondió con una agresividad fuera de lugar, al percibir como la calidez le subía por el brazo, la soltó, antes que le pudiera llegar al corazón, culpándola, recordándole que eso no formaba parte del trato. Gritando que en cuanto la atrapara le arrancaría hasta el último pétalo, que la dejaría desnuda, que borraría su perfume para que se confundiera con el aire. Fue entonces, cuando ella en un ataque de valentía, apretó a correr para adelantarlo, para ponerse delante de él y así poder superarlo. Corría con una rapidez fuera de lugar, era ágil como una gacela. Él, justo detrás, le lanzó una amplia y provocadora sonrisa y acto seguido, la persiguió. No le

hacía falta esforzarse demasiado, aquella mujer era patética, ella solita había caído en el engaño. En pocos metros aparecería un túnel, se adentrarían en él. El ansiado túnel atravesaba la montaña de lado a lado, se trataba de un túnel oscuro y excesivamente largo para que ella tuviera la suficiente energía como para conseguir llegar al otro extremo y escapar. Fue justo en el instante en que la oscuridad de la gruta la envolvió, cuando se dio cuenta de que había sido una auténtica estúpida, que sin quererlo, había caído en una trampa de la que tenía muy pocas posibilidades de salir victoriosa. Las piernas le empezaban a desfallecer, la fatiga, el cansancio, el agotamiento, sensaciones que se acumulaban por todo su cuerpo. Era ahora, un ser debilitado y vulnerable por la oscuridad que lo envolvía y que pretendía abrazarla en un gesto destructivo. Le era totalmente imposible distinguirlo, sólo era capaz de escuchar sus estruendosas risotadas, su jocosidad, su fanfarronería. Le pareció notar una ligera vibración. Abrió todos los sentidos para captar aquello que podría ser su salvación. Efectivamente, se mostró atenta y rápida. Si era avispada podría sorprenderlo y no sólo librarse de él, sino que además, ganaría aquella batalla.

Él, sumergido en su prepotencia, no se daba cuenta de nada, continuaba ufano, creyendo convencido que todo estaba acabado para ella, que la volvería a mantener a raya, alejada a su espalda tanto tiempo como le viniera de gusto. Estaba demasiado entretenido, tan orgulloso de su habilidad que sus sentidos estaban cerrados a cualquier otra percepción ajena a sus emociones.

Ella percibió claramente su ignorancia, tuvo muy claro que lo tenía que continuar distraendo hasta que llegara el momento oportuno. Y así lo hizo. Hizo ver que era débil, que era vulnerable, que realmente se sentía cautivada por su persona, por su fortaleza e inteligencia, le hizo creer que lo quería, que sería solamente suya, que haría todo lo que él quisiera, que no opinaría, si él no se lo pedía, que sería en definitiva su esclava.

Rosas

El tren estaba ya a punto de pasar a la altura de ellos. Se encogió, algo que a él le pareció magnífico. Se volvió pequeña, casi invisible, para que él quedara convencido de su servilismo, de su imposibilidad, de su dominio supremo. Pocos segundos después, se escuchó claramente, un grito estremecedor, un lamento indescriptible, un dolor inconsolable, que permaneció en las entrañas de la montaña, golpeando en sus paredes, días y días, semanas, meses, años, quizás siglos...

¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo Rosa había podido huir de la oscuridad, como lo había conseguido...? Fue tan rápido, que no tuvo tiempo de darse cuenta de nada, y mucho menos de reaccionar. Ella se giró para mirarlo, desde el techo del tren que la sacó a toda velocidad de aquel lugar profundo al que no pertenecía. Aquel tren que la conduciría a la libertad, que le permitió volver a hacer volar los sentidos, a gozar con la luz, a temblar de felicidad, a sentir el placer en su piel, a dejar que quien quisiera, se llenara con su preciado aroma. Únicamente le había dado tiempo de arrancarle aquellas gafas oscuras que le tapaban la parte más débil y vulnerable. Pudo observar como se encogía de dolor, como la furia se apoderaba de él hasta causarle un dolor que no se calmaría más que con el paso del tiempo.

Rose le contempló no sin ternura, viéndole aparecer caminando aún por las vías, con un aspecto frágil, con la cabeza baja, abrumado, miserable. A pesar de su compasión, era consciente de que no se podía fiar, que aquello era sólo apariencia, que la realidad quedaba oculta, oculta en su propia penumbra. El triunfo de Rosa era el fracaso de él, quien no tenía ni idea, por culpa de su propia ignorancia, que aunque que se le arranquen todos los pétalos a la Rosa, ésta nunca jamás pierde su perfume, porque su esencia va mucho más allá.

ROSA nº19

Amarás a quien no te ama por no haber amado a quien te amó.

Anónimo

SOLEDAD

Cada vez hacía más frío, aunque la primavera era casi perceptible y ya se olía su característico perfume. La suave brisa que soplaba se le metió en los huesos, provocándole un malestar que no fue bienvenido. Se levantó para comprobar que todas las ventanas de la casa estaban herméticamente cerradas. Recorrió toda la planta baja para continuar por la planta superior. Al abrir la puerta de la habitación de su hijo Manel, se volvió a lamentar, permanecía todavía estirado en la cama, con la música a un volumen insoportable y donde el desorden más absoluto se había hecho el dueño de la estancia. Era el caos tan espectacular que le fue imposible llegar hasta la ventana que se encontraba al otro extremo de la habitación. Dudó en cerrarla, pues la peste ácida de la ropa y de los zapatos, se hacía insufrible. Le parecía que era imposible enderezar a aquel chico, nunca en la vida lo conseguiría. Estaba ya harta de su vagancia y abandono, sospechaba que no se debía de haber dado una ducha desde hacía al menos cuatro días. Tenía que tomar una rápida decisión si no quería que su propio hijo acabara bajo las garras de la desidia y el desinterés, para que hiciera algo productivo en su vida.

Rosas

Le pidió que se levantara y que arreglara su habitación, para continuar por el baño y después poner la lavadora, tenía muy claro que esta vez ella no lo haría. Toda respuesta a su petición fue la total ignorancia. Cerró la puerta con violencia para evidenciar su malestar. El ser madre soltera había sido una experiencia muy dura, el hacer de padre y madre a la vez era un obstáculo que nunca acabaría de superar. La soledad la abrumaba desde hacía años. No había día que pasara que no se acordara del padre de Manel. Fue un error de juventud, él nunca se enteró de su embarazo, no hubiera podido soportar ser rechazada, Tomás había sido el amor de su vida, ningún otro hombre podría ocupar su lugar. A las pocas semanas de saber que tendría un hijo, decidió hacer las maletas y marcharse a otro pueblo, lejos, a suficientes kilómetros de distancia como para que nunca la pudiera encontrar, ni él ni ningún conocido que le pudiera alertar de lo que pasaba, tampoco nunca le confió a nadie la verdad. Cuando Manel contaba ocho años, decidió inventarse que su padre era un valiente representante de la ley que había muerto cuando se enfrentaba a unos hombres malos. Una auténtica fantasía, pero era lo primero que se le ocurrió en esos momentos. Quizás, si hubieran educado a su hijo juntos, no tendría esas luchas que mantenía día a día desde hacía años y que parecía que durarían eternamente y tampoco hubiera tenido la necesidad de mentir, no se sentía bien inventándose aquella historia. Manel había sido un niño curioso que nunca había dejado de hacerle preguntas sobre el incidente en el que murió su padre.

Encerrado en su habitación, concentrado en sus fantasías, escuchó un fuerte ruido que provenía de la planta baja, que lo hizo saltar de la cama al instante, provocándole un enorme susto, no podía ser su madre, pues la oyó claramente subir al piso superior. Tenía claro que el ruido había venido de la entrada de la casa, como si alguien hubiera cerrado la puerta de abajo. Salió de la habitación sin apagar la música para no delatarse. Escuchó a la perfección como dos personas susurraban entre ellas. Alguien había forzado la cerradura para entrar en la casa. Se asustó, en primer lugar por su madre, estaba en el piso de arriba, seguramente ajena a

lo que estaba pasando, subiría para asegurarse. Se pegó a la pared ascendiendo las escaleras en absoluto silencio. Se encontró a su madre cerrando la última ventana de la buhardilla, no había oído el ruido, le comentó lo que estaba pasando en la planta baja. Se quedaron parados, pensando que hacer, quienes eran aquellas personas y que querían. No esperaban a nadie, nadie más disponía de la llave de la casa. No podía ser nadie de buena fe si habían accedido a la fuerza, como sospechaban. No tenían riquezas, lo corriente en cualquier casa, electrodomésticos, un viejo equipo de música, cuatro joyas de escaso valor,... si venían a robar encontrarían poca cosa, pues lo único relativamente valioso era un cuadro al óleo heredado de sus padres y que nadie repararía en él si no tenía conocimientos de arte.

Escucharon pasos que subían por la escalera, hablaban creyendo que estaban solos en la casa, creyéndose que no había nadie más. Entraron en todas las habitaciones, una a una, echando una rápida ojeada, como si buscaran algo. Pudieron distinguir las voces, eran dos hombres de mediana edad, en apariencia. Sorprendentemente, no continuaron subiendo hasta la buhardilla, donde madre e hijo se escondían alucinados por lo que estaba ocurriendo. Esperaron unos minutos, en silencio, aguardando indecisos, no tenían muy claro que se hubieran marchado sin más, les resultaba bastante extraño. Finalmente se decidieron a bajar, con el susto en sus cuerpos por el incidente. Revisaron estancia por estancia, rápidamente, buscando si les faltaba alguna cosa. Para su sorpresa todo estaba en su sitio. Manel, mostrándose algo valiente, fue hasta la entrada para comprobar el estado de la puerta. La cerradura estaba forzada, como si hubieran utilizado una palanca, habían dejado la puerta de forma que desde el exterior pareciera que estaba cerrada, en cambio con un pequeño empujón se podía abrir de par en par. No se explicaban lo que había pasado, realmente no se trataba de ninguna alucinación, el suceso era real, tan real como que ahora Manel, por primera vez en muchos años, abrazaba a su madre dándole protección, intentando acabar con el temblor provocado por los nervios que acababan de sufrir. Cuando la madre se hubo relajado un poco,

Rosas

la acompañó hasta la cama, abrigándola y obligándola a que durmiera un rato, mientras él se encargaba de todo. Bajó otra vez, decidido a coger el teléfono para llamar a la policía. En menos de diez minutos una patrulla se personaba ante la puerta de la casa. Los dos policías, una mujer joven y un hombre más maduro, interrogaron al muchacho y examinaron la casa y el estado de la puerta. Cuando acabaron, le pidieron hablar con la madre para explicarle las conclusiones y los consejos que acostumbraban a dar en situaciones similares. Al subir a la habitación, la encontró profundamente dormida, decidiendo que lo más oportuno sería no despertarla. Se ofreció para que hablaran con él, a sus dieciocho años pensaba que podía hacer de interlocutor sin problemas, aunque el policía, le confirmó que volvería a la mañana siguiente para hablar con la propietaria. Probaron que la puerta se pudiera cerrar sin dificultad. El coche patrullaría toda la noche por los alrededores hasta que al día siguiente pudieran avisar a un cerrajero para que cambiara la cerradura. Después de que los policías se fueran, Manel no se quedó tranquilo dejando la puerta tan vulnerable. Se le ocurrió arrastrar un pesado mueble de madera maciza, pero le fue imposible hacerlo solo. Recordó que la policía se mantendría alerta durante toda la noche. Según le había explicado aquel amable agente. Hacía unos días que otros vecinos habían denunciado robos por la zona. A pesar de que a ellos no les había ocurrido nunca nada, no podían descartar que volvieran. Existía la posibilidad de que hubieran entrado a echar un vistazo antes de volver para finalizar el trabajo. La noche se mantenía en absoluto silencio, vulnerado de tanto en tanto por el ligero ruido del motor de algún coche. Manel y Rosa descansaban en la habitación de la buhardilla. Él no podía dormir, estaba demasiado agitado, pendiente de cualquier ruido. De repente un golpe le hizo levantarse sigilosamente. Cogió el móvil en el que tenía ya marcado el número de la policía, sin dudarlo, apretó el botón y en voz baja informó de lo que suponía era un nuevo allanamiento. Despertó a su madre. No quería asustarla, pero era conveniente que estuviera despierta por si pasaba algo. Escuchó a la perfección como los atracadores estaban

revolviendo los cajones de todos los muebles, convencidos de que no había nadie en la casa por la falta de delicadeza con la que actuaban. La madre pudo ver desde la ventana como la policía se detenía ante la entrada y descendían del coche en dirección a la puerta principal.

Habían pasado ya dos semanas de aquella agitada noche, llena de incidentes y de sorpresas. Rosa se mantenía inmóvil al lado de la cama, asiendo fuertemente de la mano a su amor. La mala suerte había hecho que una bala perdida hiriera al policía. El furtivo disparo se había producido desde la pistola de uno de los ladrones que urtaban en casa de Rosa. En tan sólo unos segundos Tomás había vuelto repentinamente a su vida y ahora, después de la casualidad que había provocado el inesperado encuentro, sería demasiado estúpido que todo acabara en nada. Rosa no podría nunca olvidar el momento en el que bajó corriendo al oír los tiros y se encontró a Tomás estirado en el suelo, sangrando por el vientre. Tuvieron el tiempo justo para mirarse y reconocerse antes de que Tomás cayera desmayado. Manel había descubierto como sus padres se habían hablado sin necesidad de usar las palabras. Como se habían entendido con sólo cruzar sus miradas. Como, pese a los años transcurridos, no habían dejado ni un segundo de amarse, con franqueza y auténtica fidelidad. Entró en la habitación del hospital, donde se pasaban día y noche cogidos de la mano, inseparables. No podía evitar llorar de alegría, al recordar como él había encontrado a su padre y al mismo tiempo como su padre había encontrado su Rosa. Y como Rosa y su premonición habían resucitado su amor de juventud. El destino le había obligado a salir de su escondite, pues era ella la Rosa de Tomás y no otra. La soledad se había esfumado para siempre.

Rosas

ROSA n°20

Cuando veas un hombre bueno, piensa en imitarlo; cuando veas uno malo, examina tu propio corazón. No todos los hombres pueden ser ilustres, pero pueden ser buenos.

Confucio

BONDAD

Cada vez su estado de ánimo desfallecía un poco más, la ingratitud mostrada por su esfuerzo la hacía desanimarse hasta tal punto que tenía la intención de dejarlo todo. Se sentía mal consigo misma y con todo lo que le rodeaba, pensaba que la vida no le había otorgado nada que valiera la pena, sólo preocupaciones, problemas, angustias, mala suerte... Estaba convencida de hacer lo correcto, de comportarse como debía, tenía claro el esfuerzo diario por su familia, por el trabajo, los compañeros, los amigos de toda la vida,... inclusive por aquellos que no conocía. En cambio, tenía la sensación de que nadie reparaba en su miseria. Se sentía tan miserable... Había llegado a tal extremo que hacía tiempo que ni se miraba al espejo. No le gustaba su aspecto, se consideraba poca cosa, ridícula, desgarbada, insulsa. La negatividad se había instalado en su interior y se hacía la reina dentro de aquel paraíso de desolación, hurgaba en la herida abierta con excesiva profundidad, causando un mal que podría ser irreparable. Nunca había dispuesto de una solvencia notable, más bien al contrario. Sus padres, trabajadores de toda la vida, habían conseguido algunos ahorros, gracias principalmente a su ayuda, ahora ella llevaba el peso de la casa, su madre incapacitada para trabajar, no podía ni preparar una comida, su padre, enfermo desde hacía meses, estaba

postrado en cama, paciente hasta que la muerte se lo llevara. Trabajaba de sol a sol, en la misma fábrica, donde llevaba tantos años bregando. Tenía la sensación de que todo el mundo se aprovechaba de sus conocimientos para su propio beneficio, quedando continuamente relegada a faenas rutinarias. Nunca antes había pensado en quejarse, pensaba que era correcto así, pero ahora después de tantos años y de no conseguir ningún tipo de reconocimiento, quizás había llegado el momento de decir basta. Con los amigos pasaba lo mismo. Acostumbrados a su buena fe, la utilizaban para que le hicieran favores, incluso había quien se atrevía a pedirle dinero y cuando se reunían o realizaban salidas interesantes, la mayoría de las veces se olvidaban de invitarla y encima alguno tenía la cara dura de dejarle los niños, aunque a ella eso no le representaba ningún esfuerzo, accedía contenta y agradecida, pues aprovechaba estos momentos en que cuidaba los hijos de los demás, para gozar de la experiencia maternal. Ella nunca tendría hijos propios. En cuanto a los hombres... Enamorarse ya no formaba parte de sus objetivos desde hacía mucho tiempo, había renunciado, se había convencido a si misma de que no había hombre en la capa de la tierra que se pudiera fijar en ella, ninguno que la pudiera amar. Nadie querría a una mujer como ella, sin ánimos y sin progreso, con el único objetivo de sobrevivir a los problemas.

Salió muy temprano por la mañana, decidida a cambiar, a dar un giro a su vida, a observar en los demás aquello que a ella le faltaba, a intentar aprender de las actitudes y comportamientos ajenos. Sería la única manera de sacar alguna conclusión valiosa que le diera la clave para recuperar su autoestima. Caminó durante horas y horas, metiéndose por entre medio de la civilización de aquella ciudad estresante que causaba vértigo. De tanto en tanto se sentaba en el banco de un parque a descansar, observando con detenimiento la heterogeneidad de seres que se movían a su alrededor. Reparaba en los hombres y en las mujeres, en los viejos y en los jóvenes, en los ricos y en los pobres, en los altos y en los bajos, en los guapos y en los feos, en los gordos y en los delgados, en los negros y en los blancos, en

Rosas

todos. Aquellos extraños que aquel día se cruzaban en su camino, le servían de maestros para su aprendizaje, sin que ellos lo sospecharan. Estaba totalmente sumida en cavilaciones cuando un hombre de cabellos blancos y ojos azules, se sentó a su lado. Para su sorpresa la llamó por su nombre. Lo observó con atención, para constatar que se dirigía a ella. Decidió no interrumpirlo mientras le daba unas indicaciones muy concretas, sobre lo que había ido a aprender. Después de mucho rato de escuchar sus sabias palabras y sus interesantes observaciones, se despidieron. Estaba encantada por haberse encontrado en un momento tan oportuno un hombre tan sabio.

Era ya noche oscura cuando decidió volver a casa, se encontraba bastante alejada, de todos modos, aquel largo trayecto sería idóneo para recapacitar sobre lo que había aprendido durante el día. Revisaría punto por punto lo que el hombre del banco le había mostrado y seguidamente analizaría sus reacciones en las diferentes situaciones producidas, tal y como le había recomendado. Había sido aquella una jornada realmente enriquecedora. Cuando entró por la puerta de su casa, ya de madrugada se sintió plena. Tenía muy claro con que actitud hacia la vida debía amanecer. Se aseguró de que sus padres durmieran tranquilamente y entró en su habitación. Lo dispuso todo. Empezó desnudándose. Lo hizo con mucho cuidado, fijándose muy bien en cada pieza de ropa que se quitaba, analizando el gesto con profundidad. Cada prenda de la que se desprendía, tenía su valor y al mismo tiempo, sabía que podía prescindir de ella sin problema. Se quedó totalmente desnuda delante del espejo. Nunca antes había hecho ese gesto, en cambio se sentía totalmente preparada para hacerlo. Portaba largos cabellos recogidos en una cola alta, le pareció digno deshacerse de aquella pequeña atadura. Se quitó el coletero que la sujetaba y dejó que sus preciosos cabellos se deslizaran por encima de sus hombros, suaves y aterciopelados, tenía un cabello muy bien cuidado, pero le había crecido en demasía. Había llegado el momento de cortárselo. Cogió las tijeras y sin pensárselo dos veces se lo empezó a escalar. Una de las cosas que había aprendido era que a veces se

tenían que sacrificar cosas para obtener otras. La transformación que quería llevar a término, comportaba algunos sacrificios. Se miró con detenimiento, le había quedado un aspecto más juvenil, le gustó mucho, era preciso que se sintiera cómoda. Cuando creyó que podía continuar, cogió las cremas de limpieza y con un algodón empezó a deshacerse de todo el maquillaje que llevaba, se sacó la pintura de los ojos, de aquellos ojos negros y profundos, de los labios y del resto de la cara, hasta que su piel quedó totalmente limpia. Fijó su atención en sus ojos, hacía mucho que no se los miraba con detenimiento, casi no los reconocía como suyos. Se sorprendió, en realidad eran bonitos, lo mismo que su boca y la nariz, sonrió, realmente tenía una cara bonita, que daba gusto mirar. Observó con atención el resto de su cuerpo. Se detuvo un buen rato en sus manos, grandes, fuertes, de dedos largos y uñas perfectas. Pensó en todo aquello que aquellas delicadas manos eran capaces de hacer, como limpiaban los alimentos y preparaban la comida de sus padres, como lavaban la ropa, planchaban, la doblaban y guardaban en los armarios, como era posible que además limpiaran la cocina, el lavabo, los muebles, el suelo, etc.. Como también podían limpiar el cuerpo inerte de su padre enfermo, vestirlo, darle de comer, ayudar a su madre en su aseo y en todas sus necesidades, y como todavía, después de todo esto, sus manos se movían con agilidad, rápidas seleccionando y empaquetando durante horas, frutas y verduras en la cadena de la fábrica, mientras pasaba toda la jornada en pie. Como, aún y teniéndolas llenas de callosidades y de no poderlas suavizar con cremas, también podían consolar el llanto de los niños que de tanto en tanto cuidaba y como después de todo eso, además tenían suficiente entereza para escribir aquellas poesías llenas de palabras de amor y ternura de las que nadie tenía conocimiento. Se emocionó al ver todo lo que eran capaces de hacer aquellas manos, sus manos. Se acercó un poco más al espejo, quería percibirlo todo, no dejarse nada. Bajó la vista hasta sus pechos, no eran ni grandes ni pequeños, bien torneados, por primera vez se dio cuenta de que hasta quizás le podrían gustar a algún hombre. Iba a bajar la vista para llegar hasta el ombligo,

Rosas

cuando le pareció ver como en un flash, el latido de su propio corazón, como si sus ojos hubieran atravesado la piel y los huesos hasta llegar al órgano palpitante que la mantenía con vida. Parpadeó varias veces para volver a mirar a la altura del pecho, centró la mirada en esa zona con tanta intensidad que nuevamente penetró en su interior.

No sabía cuanto tiempo había pasado mirándose con aquella profundidad. Al reaccionar para volver a la realidad, se sorprendió llorando. Lloraba de alegría, lloraba, emocionada al ver todo lo que su corazón era capaz de querer indiscriminadamente, por todos los sentimientos que cabían en aquel diminuto órgano. No hubiera pensado nunca que todo aquello cupiera en su corazón, que latía alegre, con buen ritmo, un corazón noble y sincero, que difícilmente flaquearía delante de la adversidad, un corazón tan inmensamente fuerte como sensible y delicado. Se metió en la cama desnuda, libre de cualquier atadura que le hiciera presión sobre su delicada piel, después de haber escrito un bonito poema que la transportó a sus fantasías amorosas.

A la mañana siguiente, tan pronto como dejó arreglados a sus padres, volvió a introducirse en la ciudad hasta llegar al mismo banco donde aquel hombre sabio le había dado las indicaciones que tanto la habían ayudado. Volvió a repetir la experiencia, fijándose otra vez en todo el mundo que la rodeaba. Estaba fuertemente atraída por aquel ir y venir de personas de todas las razas y condiciones, personas mejores y peores, de todos los tipos y colores. De repente notó como alguien le rozó la mano con ternura, la miró a los ojos y le dijo cosas que jamás nadie le había dicho antes, ni tan siquiera le habían nunca insinuado. Le habló de su extremada belleza, de su dulzura, de la delicadeza de sus manos, de la sabiduría de sus ojos, de la calidad de sus sentimientos. Le mostró cuantas de aquellas personas que transitaban arriba y abajo, podían parecerse a ella, cuantas de aquellas personas ariscas, agrias, intolerantes, arrogantes,... podían hacer con sus manos lo que ella hacía, o podían

sentir con sus corazones lo que ella podía sentir, podían dar sin recibir nada a cambio o podían vivir sin saber lo que era la envidia, la ambición o la avaricia.

Rosa se despidió por segunda vez del hombre de los cabellos blancos, agradeciéndole todo lo que había hecho, que tanto le había ayudado. Regresaba a casa, sintiéndose válida y más orgullosa de sí misma que nunca. El sol le daba en plena cara, estaba deslumbrada por la felicidad que repentinamente sentía. Caminaba rápida entre un montón de gente. Metida de lleno en sus pensamientos. No se percató en la persona que venía de frente. Tropezó haciendo que aquello que el otro llevaba en sus manos cayera al suelo. Se detuvo para recogerlo. Al entregarle al desconocido la Rosa que le acababa de caer, se produjo un roce de dedos. En ese justo instante una oleada de placer les recorrió todo el cuerpo, una vibración de intensidad extrema. Levantaron la vista para mirarse a los ojos sin reparo ni vergüenza. El joven quedó boquiabierto ante tanta belleza. Ella, tímida como siempre, percibió el cúmulo de sensaciones provocadas durante el encuentro, dándose cuenta que las emociones de él eran sus mismas emociones.

El hombre sabio de los cabellos blancos y ojos azules, los observaba a una prudente distancia. Habían pasado ya unos cuantos minutos desde que permanecieran entrelazados de manos y mirada, sin poder retirar la vista el uno del otro.

Rosas

ROSA n°21

La soberbia nunca baja de donde sube, pero siempre cae de donde subió.

Francisco de Quevedo

SOBERBIA

Cada vez era peor que el día anterior, la suciedad estaba por todas partes, lo envolvía todo, hasta convertir el lugar en irrespirable, hasta provocar náuseas a todo aquel que se acercaba. Salió por la puerta, aún con la peste enganchada al cuerpo, todavía con el estómago regirado por tanta porquería acumulada. Llegó a su casa y sin dudarlo un segundo se desvistió, el nerviosismo causado se mantenía a flor de piel, por lo que decidió darse un cálido baño, largo y perfumado, que consiguiera arrancarle de encima la pestilencia antes de que se le metiera más adentro, antes de que le pudiese atravesar la piel. Sería horroroso oler así por dentro, sería tan menospreciable que se vería incapaz de salir a la calle o de relacionarse. A él, siempre le había gustado oler bien, oler a limpio, pues él era impecable. Tenía muy claro que nunca más volvería a casa de Rosa y mucho menos a una comida familiar. Corrió al lavabo a preparar la bañera con hidromasaje. Echó a lavar toda la ropa que llevaba con la intención de desinfectarla. Estaba sumergido en aquellas aguas coloreadas por las sales de baño y perfumadas con aromas difícilmente descriptibles, cuando distinguió la sintonía del teléfono entre medio de la estridente música rock que invadía la sala. Maldijo a aquel que lo importunaba en un momento de placer como el que estaba teniendo. Se incorporó

para llegar hasta el aparato y con acritud, contestó. Estaba harto de aquella mujer, siempre con las mismas plamplinas, siempre pidiendo explicaciones, siempre persiguiéndolo,... Tenía ganas de sacársela de encima. Le parecía débil, de carácter y de espíritu. Él era un luchador nato, un guerrero sin escrúpulos, no soportaba su delicadeza, ni su bondad, ni su sinceridad, ni su amabilidad, ni tantos y tantos defectos como tenía, que se le acumulaban provocando se tornase irrespirable estar a su lado. Desconectó el móvil y continuó sumergido hasta que notó que la piel se le arrugaba. Se colocó su batín de seda natural, sus zapatillas a conjunto y cambió la música por un disco de heavy. Aquel día se sentía especialmente sucio. Tenía que desprenderse de cualquier olor por insignificante que pareciese. El heavy le ayudaba a hacerlo, le hacía revolcarse en sus más recónditos sentidos. Fue hasta la cocina a calentarse la cena que la criada le debía haber dejado preparada. Dio un pequeño bocado. Probó otro bocado. De repente la rabia se apoderó de él. Comenzó a gritar, despreciando a al inútil de la mujer del servicio, acusándola de no saber ni cocinar ni hacer nada de provecho. Pensó que era una vieja bruja que no tenía donde caer muerta y que él, con su bondad infinita y su buena fe, la soportaba y le daba de comer, trabajando en su casa. Se dio cuenta de que era demasiado bueno con ella, que aquello no podía continuar, pues ya comenzaba a apestar. Tan pronto a la mañana siguiente llegase por la puerta, la despediría. Entoces, se daría cuenta de lo bien que la había tratado. Aún le tendría que agradecer los favores que le había hecho, sobre todo no habiéndola denunciado el día que le desapareció el reloj de oro que había comprado en Londres. Era impensable creer que él lo había podido perder. Nunca perdía nada. Estaba seguro de habérselo dejado sobre el mármol del baño, por mucho que aquella estúpida mujer insistiera que allí no estaba, que se lo debía haber dejado sobre el mármol del baño del Hotel donde se había hospedado la noche anterior. No se tragó aquella patraña, realmente la mujer mentía bien, la reconoció como una gran actriz.

Rosas

Al día siguiente, cumpliendo con lo que había decidido, despidió a la mujer y llamó a Rosa, tenía muy claras las cuatro cosas que le iba a decir. La citó en la habitación del Hotel donde habitualmente mantenían sus encuentros. No consentía que ninguna mujer ensuciara las sábanas de su casa con sus asquerosas emanaciones. Tan pronto apareció por la puerta, la desnudó, con la agresividad que acostumbraba, tal y como a ella le gustaba, algunas veces, la muy estúpida, gritaba pidiéndole que parase, pero él sabía que en el fondo lo que le estaba pidiendo era todo lo contrario. En cuanto se sintió suficientemente satisfecho, se dio una ducha desinfectante para sacarse cualquier pequeña olor que le hubiera podido contagiar Rosa. Al salir del baño, ella aún estaba sobre la cama, desnuda y perpleja.

Le cogió el móvil y le borró todos sus teléfonos de la agenda, así de éste modo, nunca lo podría localizar. Hizo lo mismo en su propio móvil, borró uno a uno todos los números de teléfono de Rosa. Mientras se colocaba su camisa de seda y su traje de diseño, justo antes de darle la espalda para salir de aquella habitación por última vez, le dijo claramente que nunca más volvería a saber de él, que todo terminaba en aquel preciso instante, que era una desgraciada, muy poca mujer para tanto hombre como era él.

Quedó estirada en la cama, inmóvil, incapaz de decir una sola palabra, incapaz de hacer un sólo gesto, incapaz de pensar o de razonar un porqué. Tornó de sus pensamientos al escuchar el violento golpe que dio la puerta al cerrarse. Haciendo un gran esfuerzo se levantó para darse una ducha. No entendía por que motivo ó razón, lo amaba, aún siendo tan grotesco. Cuando salió por la puerta de aquella habitación tenía claro, también, que aquella sería la última vez que lo haría. Dio una nostálgica mirada y continuó su camino, durante el cual tendría que sacarse del pensamiento a Francisco para siempre. Si él no la quería, ella no podía hacer nada por cambiarlo.

Francisco conducía su deportivo a toda velocidad, feliz y contento, por haberse, en un mismo día, desecho de aquellas dos mujeres que apestaban. No era la primera vez que se sentía aliberado. Hacía solamente unos años, justo después de la muerte de sus padres, cuando decidió romper la relación con su único hermano. Aquel imbécil que no paraba nunca de darle extraños consejos sobre los valores de la vida, que no acataría ni el más tarado de la capa de la tierra. Como si él no supiese muy bien lo que tenía que hacer o como se tenía que comportar. Del grupo de incultos de sus escasos amigos, hacía meses que no sabía nada, no tenía noticias. Había llamado un par de veces al burro de Sergio y nunca le contestó.

Era ya noche oscura. Le pareció una buena idea meterse por aquella carretera llena de curvas para poner a prueba sus reflejos. Pensó que antes, estaría bien detenerse para pedirle a alguna de aquellas furcias de carretera que le hiciera un pequeño favor. La chica no estaba nada mal, realmente no hacía tanta peste como Rosa, lo de Rosa era una exageración, insoportable. Arrancó a toda velocidad para encontrar un lugar apartado donde pararse. Apretó a fondo el acelerador para mostrarle a su acompañante con que clase de hombre tendría la oportunidad de disfrutar. La música del compact sonaba estridente en el silencio de la noche. Estaba tan eufórico que le dio por cantar siguiendo el compás de la canción que sonaba en aquel momento. De repente, el absoluto silencio invadió la madrugada de aquel día de octubre.

Abrió los ojos con mucha dificultad, notó que no veía con claridad, como si la inflamación que percibía en la cara no le dejase abrir completamente el ojo derecho. Le dolían todos los huesos, la cabeza y la espalda. Intentaba reaccionar para averiguar donde se encontraba y el porqué de aquel terrible dolor. En aquel preciso instante, intuyó un vestido blanco que le urgaba en su antebrazo. Reconoció a la enfermera. Al ver lo que le estaba

Rosas

haciendo, quiso gritarle advirtiéndole que no se atreviera a tocarlo, pero para su sorpresa solamente pudo emitir un débil quejido, sin carácter ni personalidad ninguna. La mujer, acercó los labios al oído de Francisco para poder escuchar lo que intentaba decir a duras penas. Fue incapaz de repetirlo. La enfermera, con sus años de experiencia percibió la desesperación en los ojos de aquel desvalido. Le comentó que en unos minutos llegaría su Doctora y le explicaría su estado clínico. Tal como le acababa de asegurar la mujer, entró una Doctora, algo entrada en años. Con una gran dulzura le informó con detalle de su situación después del accidente. Le preguntó si podía recordar lo que le había pasado hacía ya dos días. Pero Francisco no recordaba nada, no entendía lo que le estaban intentando decir, quizás lo estuvieran engañando. La Doctora, con toda la delicadeza con la que acostumbraba a tratar a sus pacientes, le explicó que le habían tenido que seccionar una pierna a la altura de la rodilla para poderlo sacar de entre el amasijo de hierros en el que quedó atrapado. Tenía también, varias costillas rotas y le habían tenido que hacer cirugía en el rostro para salvar le uno de los ojos. Hasta que no pudieran sacarle el vendaje no sabrían si había perdido la vista. La Doctora, acostumbrada a dar éste ipo de noticias, se mostró cautelosa, pero sobre todo delicada, tal y como merecía una situación traumática como aquella. En su conversación, destacó la suerte que había tenido al sobrevivir a un accidente de aquella magnitud, obvió decir que su acompañante no había corrido la misma suerte.

Llevaba postrado en aquel catre sucio y pestilente más de cuatro semanas. Le habían sometido a diversas intervenciones para intentar solucionar los diferentes traumas. Pero existía uno que era imposible de solucionar. Algo que nunca podría recuperar. Le solicitó a una simpática enfermera a quien le daba lástima aquel enfermo, le buscara la agenda de teléfonos en su móvil, para comunicarle a alguien su situación. Desde su ingreso no había recibido ninguna visita, pues no había sabido a quien avisar ni nadie había preguntado por él,

es decir, nadie le había echado en falta. Recordaba, un día y otro a Rosa, puede que Rosa, en realidad no hiciese tan mal olor. Cada día que pasaba en aquella cama pensaba en ella e imaginaba como lo habría tratado, como se hubiera ocupado de él en todo momento, como lo habría animado con sus elocuentes palabras que la mayoría de las veces no comprendía, como le habría hecho sentir que valía la pena luchar para continuar viviendo, pues quizás fuese ella misma un motivo para hacerlo. Pero si ella no estaba, para que quería vivir. Solamente aquella amable enfermera que lo atendía en todo momento, le hacía resistirse a abandonarse.

Con tantas horas de ocio como disponía, se puso a revisar su pasado, rememorando las personas de su entorno, era curioso, ahora a tanta distancia, cuando se los imaginaba no percibía aquel mal olor, aquella peste de otros tiempos. En cambio, le extrañaba, pues esa olor insoportable la tenía todo el día metida en la nariz, como si se resistiese a desaparecer. La olía por todas partes en aquel hospital, algo sorprendente. Lo más curioso era, que hacía ya unos días, que también la notaba cuando estaba solo en su habitación. Se extrañó, en especial aquel día, pues la única persona que había era él y además hacía horas que nadie había entrado en la habitación, por tanto nadie podía haber dejado aquel rastro tan penetrante y duradero. Hizo un esfuerzo para aproximarse a su propio cuerpo, para olerse a si mismo. Se quedó anonadado, aquel olor, esa peste tan penetrante..., aquellas emanaciones en otros tiempos insoportables, venían de su cuerpo, eran efluvios de su interior. No se lo podía creer, era él quienapestaba. Se concentró un poco más para asegurarse. Ciertamente, no había lugar a la duda, era él.

Transcurrían los días y cada nuevo día pensaba en ella y en su perfume. No tenía posibilidad de decirle lo que le había ocurrido, no tenía modo de localizarla. Nunca podría sincerarse con ella y decirle que en realidad su olor le gustaba, que no podía vivir sin percibir su aroma, su maravilloso perfume. La amargura le embargaba al pensar que nunca podría

Rosas

voler a oler aquel perfume de Rosas, pues el aroma de Rosas en su piel era el más intenso que nunca hubiera olido.

Sólo le quedaba un consuelo. Cada nuevo día que superaba podía percibir aquel mismo perfume, pero esta vez fluía de su piel.

ROSA nº22

Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado. Un esfuerzo total es una victoria completa.

Mahatma Gandhi

CONSTANCIA

Cada vez pensaba más sobre como solucionar el problema que se le venía encima.

Le daba vueltas todos los días, sin parar, sin saber que dirección tomar. Las dos opciones eran atractivas. Cada una de ellas tenía sus cosas buenas y sus cosas malas. Aunque había una que le atraía algo más, pero triar aquella opción le suponía hacer un gran sacrificio. Decidió analizar la situación con mucha calma y detenimiento, la precipitación sería su fracaso. Abrió la puerta de la vitrina donde guardaba con cuidado la antigua balanza de alta precisión, situada sobre un precioso pedestal de mármol que absorbía cualquier vibración, de esta manera el peso obtenido, se podía considerar exacto. Cogió uno de los sobres donde había escrito todas y cada una de las cosas negativas de elegir el camino, al que identificaría como A, y lo colocó sobre el platerillo de la izquierda. Hizo lo mismo con el sobre donde había escrito todas y cada una de las cosas negativas del camino identificado como B y esperó el resultado. Para su sorpresa el camino B, que era el que le parecía más atractivo, fue el de más peso con mucha diferencia. Lo que se entendía como el más negativo de las dos opciones.

Rosas

Aquel resultado no la satisfizo. Anotó la operación para intentar entenderla:

Sobre A - Sobre B

Primera pesada: A < B

Se metió en la cama, hacía frío y fuera llovía a cántaros, de tanto en tanto la habitación se iluminaba por la claridad de los relámpagos, poco después llegaba el estruendo. Se pasó toda la noche dándole vueltas. No entendía como la opción B era peor que la A, si los argumentos negativos que había anotado eran muchos menos. En cambio el papel que contenía la opción A estaba cumplimentado hasta el margen inferior de la página.

Estaba a punto de levantarse un nuevo día cuando finalmente se quedó profundamente dormida. Solamente consiguió sacarla de su letargia, el sol que se abría paso por entre los últimos nubarrones de tempestad cerca del medio día. Se le había ocurrido una idea. Volvería a proceder sopesando las opciones, pero esta vez, en lugar de especificar los aspectos negativos, sopesaría los positivos. Rellenó los dos folios, con mucho cuidado de no dejarse nada. Esta vez sería la definitiva. Elegiría aquello que la balanza profetizara. Colocó el sobre A en el platerillo de la izquierda y el sobre B en el platerillo de la derecha, dejó ir el tope que los travaba y esperó a ver que pasaba esta vez. A los pocos segundos obtuvo el resultado. Otra vez no lo entendía. Aunque en la opción A había anotado menos aspectos positivos, era la de más peso. Cogió la libreta de apuntes y anotó:

Sobre A - Sobre B

Primera pesada: A < B

Segona pesada: A > B

Parecía como si aquel procedimiento no fuese capaz de aclarar le nada, aunque era el sistema más fiable que conocía. Volvió a revisar los documentos, tanto los que contenían las cosas positivas como los que contenían las negativas. Por más vueltas que le daba, no podía eliminar ninguna anotación en ninguno de los papeles. De lo que se deducía que todo era correcto. No pudo concentrarse en ninguna otra cosa, tenía que dejar cerrado el tema. Hacer una elección aquel mismo día, no podía dejar pasar el tiempo ni un minuto más. De repente, tuvo una inspiración. Cogió los cuatro papeles, juntó los dos folios identificados con A y los introdujo en el mismo sobre. Hizo lo mismo con los folios identificados con B. Colocó los sobres y con una gran incertidumbre, esperó por tercera vez el resultado. Alucinada, fue como se quedó al observar como los platerillos de la balanza se mantuvieron en absoluto equilibrio todo el tiempo.

Parecía no existir forma de encontrar una solución, o bien la balanza no era fiable o bien ella no utilizaba correctamente el procedimiento. Tomó nota de la tercera pesada, deduciendo que un resultado equilibrado era un resultado positivo:

| | Sobre A | - | Sobre B |
|-----------------|---------|---|---------|
| Primera pesada: | A | < | B |
| Segunda pesada: | A | > | B |
| Tercera pesada: | A | = | B |

Pensó largo rato meditando sobre las anotaciones realizadas. Si lo leía en términos matemáticos, tenía sentido, más por más era más y menos por menos también era más. La única conclusión clara que sacaba era que el peso de los argumentos no se medía por la cantidad, si no por su importancia, es decir, por su calidad. En definitiva, lo único que había conseguido después de tantas vueltas, era quedarse en el mismo punto en el que había

Rosas

comenzado. Llevaba más de doce horas batallando con aquel dilema, no le quedaban más que otras doce horas y no tenía aún idea de lo que hacer.

Harta de aquel encabezonamiento, decidió salir de casa a dar una vuelta, con la finalidad de abrir y despejar la mente. Se calzó un cómodo zapato e inició su paseo. Caminaba decidida por un tranquilo lugar rodeado de naturaleza por todas partes. El día había quedado limpio y claro después de aquella noche de lluvia, relámpagos y truenos. Pensó que la mejor forma de abrir su intuición sería relajándose y disfrutando de aquel agradable paseo. Llegó hasta un gran parque situado en el centro mismo de la ciudad. Era magnífico observar como las pequeñas ardillas se mezclaban con la gente, acostumbradas a aquel lugar como si estuviesen en pleno bosque. Se detuvo un largo rato a observar con detenimiento aquellos animalitos. Le llamó mucho la atención sus movimientos. El parque, lleno de árboles y arbustos de diferentes clases, alimentaba con sus frutos a las pequeñas ardillas que subían y bajaban por los troncos con una facilidad increíble, como si aquel camino se lo supiesen de memoria, como si tuviesen muy claro por donde debían ir para encontrar su alimento. Se imaginó que ocurriría si a aquellas inocentes ardillas les quitasen de su hábitat todos los árboles del parque, que pasaría si supuestamente se talase toda la vegetación. Se imaginó la situación. Se imaginó a aquellas pobres bestias perdidas ante una gran extensión sin caminos, sin caminos por los que subir y bajar, por los que correr los kilómetros necesarios para recoger los frutos que les sirven de alimento. Sin camino... no hay alimento. Se detuvo ante esta deducción. Quiso ponerse en el lugar de las ardillas. ¿Qué haría ella si fuese uno de aquellos animales que se habían quedado sin alimento? Obtuvo una fácil respuesta. Si ella fuese una ardilla, se trasladaría a un nuevo lugar donde hubiesen nuevos caminos donde conseguir alimento.

El problema de la ardilla sería pues el alimento, no el camino... Tanto daba un árbol u otro, lo importante era que condujeran al alimento que las mantenía con vida. Sonrió. Aquellas graciosas ardillitas le habían dado la pista.

Retomó el paseo con mucha más confianza de como lo había comenzado. No tenía que obsecarse en elegir entre un camino u otro, tanto daba el camino si ambos conducían al alimento. Ahora solamente le restaba por averiguar cuál era su alimento, aquello que la mantenía viva, aquello que le daba fuerzas para continuar, aquello que le daba la razón de ser y de existir. Estaba muy claro, sólo habría una cosa en la vida que la enriquecería por dentro y por fuera, que le aportaría todo lo que necesitaba para disfrutar de cada momento y de cada instante. Su alimento era la Rosa. Caminaría por aquellos caminos que se le aparecieran, buscando su alimento. No tenía ninguna intención de detenerse. Disponía de toda una existencia por delante.

Rosas

Síntesis

Un día soñé que mi casa estaba en ruinas, que todo estaba lleno de polvo y suciedad, algo que no me gustó. Me desperté muy preocupada por aquel sueño. Esa misma mañana una excelente persona a quién se lo confié, me dijo que en los sueños, nuestra casa somos nosotros mismos. Aquello me dio que pensar, mirarme por dentro e investigar el porqué de aquella suciedad y precariedad. Fue justo antes de comenzar a escribir Rosas, cuando tomé la determinación de poner mi casa en orden, restaurarla y limpiarla. He crecido interiormente al mismo ritmo que lo han ido haciendo mis Rosas. Ahora mi casa, ya no tiene polvo, aunque continua en obras. No pienso dejar nunca de hacer obras en mi hogar, para irlo mejorando cada día un poco.

Busco, como todo el mundo busca su Rosa, pues tengo muy claro cual es mi alimento. No pienso detenerme nunca en mi evolución y es por este motivo por el que debo alimentarme de conocimiento.

Cada vez... fue el inicio de una nueva ROSA. **Cada vez...** fue aquel impulso que me encendía y ponía en marcha mi capacidad e inspiración. **Cada vez...** te echaré en falta, pues **Cada vez...** el sentimiento es más fuerte.

Espero que esta recopilación de episodios, sirva para abrir vuestros corazones al amor, aquel al que se le conoce como puro y verdadero. Para que dejéis volar el sentimiento más maravilloso que nos ha sido otorgado y disfrutéis de Él en toda su expansión, en toda su amplitud, pues quiero que sepáis que es este un sentimiento inagotable. Que no existe nada en el Universo capaz de ocultarlo. Que es imposible herirlo de muerte. Que es impensable obviarlo, porque es eterno en sí mismo.

Porqué el UNIVERSO es AMOR y por tanto AMOR es el propio UNIVERSO.

A LA ROSA

**PERFUME DE ROSA, OLOR DE PASIÓN,
COLORES DIVERSOS, UNO PARA CADA OCASIÓN.
SENTIMIENTOS DE VIDA, SENSACIONES Y DOLOR,
ANHELOS, DESEOS, AROMAS Y FRESCOR.
BELLEZA FEMENINA, ENCANTO E ILUSIÓN,
ALMA LLENA, DE ALEGRIA Y DE AMOR.**

Joanna Escuder

Barcelona, Abril de 2005

GRACIAS "JORDI"